

Lecciones de Octubre¹

León Trotsky

Debemos estudiar la Revolución de Octubre

Aunque nos ha acompañado la suerte en la Revolución de Octubre, no la ha tenido ésta en nuestra literatura. Todavía no poseemos una sola obra que ofrezca un cuadro general de tal revolución y que haga resaltar sus momentos más culminantes desde el punto de vista político y organizativo. Incluso, hasta el presente no se han editado los materiales que caracterizan las diferentes fases preparatorias de la revolución y la revolución misma. Publicamos muchos documentos y materiales sobre la historia de la Revolución y del Partido antes y después de Octubre, pero se presta mucha menos atención al propio Octubre. Llevada a cabo la insurrección, parece que hemos decidido no tener que repetirla ya. Diríase que del estudio de Octubre, de las condiciones de su preparación inmediata, de su realización y de las primeras semanas de su consolidación no esperamos una utilidad directa para las tareas urgentes de la organización ulterior.

No obstante, una apreciación así, aun siendo inconsciente en parte, es profundamente errónea y denota, además, cierto carácter de estrechez nacionalista. Que no tengamos que repetir la experiencia de la Revolución de Octubre no significa que no deba servirnos de enseñanza. *Constituimos una fracción de la Internacional, mientras el proletariado de los demás países ha de resolver aún su problema de Octubre.* Y a lo largo del pasado año hemos tenido pruebas hartamente convincentes de que los partidos comunistas más avanzados de Occidente no sólo no han sabido asimilar nuestra experiencia, sino que ni siquiera la conocen desde el punto de vista de los hechos.

Claro está que cabe la observación de que es imposible estudiar Octubre e incluso editar los materiales referentes al caso sin volver a poner sobre el tapete las antiguas divergencias, pero resultaría demasiado mísera semejante manera de abordar la cuestión. Evidentemente, los desacuerdos de 1917 eran muy profundos y estaban muy lejos de ser fortuitos, pero resultaría demasiado mezquino tratar de convertirlos ahora en un arma de combate contra los que se equivocaron entonces. Con todo, resultaría aún más inadmisibles que, por consideraciones de orden personal, calláramos acerca de los problemas capitales de la Revolución de Octubre, que revisten importancia internacional.

El año pasado sufrimos dos penosas derrotas en Bulgaria². Primero, por fatalistas consideraciones doctrinales, el partido comunista búlgaro desperdició el momento excepcionalmente propicio para una acción revolucionaria (el levantamiento de los campesinos después del golpe de fuerza de junio de Zankof). Luego,

intentando reparar su error, se lanzó a la insurrección de septiembre sin haber preparado las premisas políticas y organizativas. La revolución búlgara tenía que servir de introducción a la revolución alemana. Por desgracia, al deplorable prólogo búlgaro le ha seguido un desarrollo todavía peor en la propia Alemania. Durante el segundo semestre del año observamos en este país una demostración clásica de la manera en que puede desaprovecharse una situación revolucionaria excepcional y de importancia histórica mundial. Tampoco han sido objeto de una apreciación lo bastante completa y concreta las experiencias búlgara y alemana. El autor de estas líneas dio el mismo año un esquema del desarrollo de los acontecimientos alemanes (véase en el opúsculo *Oriente y Occidente* los capítulos titulados *En un viraje y La etapa que atravesamos*). Los sucesos posteriores han confirmado enteramente dicho esquema. Nadie, al menos, ha tratado de dar otra explicación. Pero no basta con un esquema; necesitamos un cuadro completo del desarrollo de los acontecimientos del año en Alemania, con apoyo de todos los hechos, un cuadro que esclarezca las causas de esta penosa derrota.

Es difícil, no obstante, pensar en un análisis de los acontecimientos de Bulgaria y Alemania cuando aún no hemos trazado un cuadro político de la Revolución de Octubre. Todavía no nos hemos dado exacta cuenta de lo que hemos hecho y de cómo lo hemos hecho. Después de Octubre, parecía que los acontecimientos se desarrollarían en Europa por sí solos y con tal rapidez que no nos dejarían siquiera el tiempo de asimilar teóricamente las lecciones de entonces. Pero ha quedado demostrado que la revolución proletaria se torna imposible sin un partido capaz de dirigirla. El proletariado no puede apoderarse del poder a través de una insurrección espontánea. Incluso en un país tan culto y tan desarrollado desde el punto de vista industrial como Alemania, la insurrección espontánea de los trabajadores en noviembre de 1918 no hizo sino transmitir el poder a manos de la burguesía. Una clase explotadora se encuentra capacitada para arrebátárselo a otra clase explotadora apoyándose en sus riquezas, en su “cultura”, en sus innumerables concomitancias con el viejo aparato estatal. Sin embargo, cuando se trata del proletariado, no hay nada capaz de reemplazar al partido. *El verdadero período de organización de los partidos comunistas empezó a mediados de 1921 (“lucha por las masas”, “frente único”, etc.)*³. Entonces quedan relegadas a segundo plano las tareas de Octubre, así como su estudio. El año pasado ha vuelto a enfrentarnos con los trabajos de la revolución proletaria. Ya es hora de reunir todos los documentos, de editar todos los materiales y de proceder a su estudio.

Sabemos con certeza que cualquier pueblo, cualquier clase y hasta cualquier partido aprende principalmente a través de su propia experiencia, pero esto no significa en modo alguno que la experiencia de los demás países, clases y partidos sea de poca monta. Sin el estudio de la gran Revolución Francesa, de la revolución de 1848

y de la Comuna de París, jamás hubiéramos llevado a cabo la Revolución de Octubre, aun mediando la experiencia de 1905⁴. En efecto, acometimos 1905 apoyándonos en las enseñanzas de las revoluciones anteriores y continuando su línea histórica, y todo el período de reacción que le siguió se invirtió en el estudio de sus lecciones. Pero para el estudio de la victoriosa revolución de 1917 no hemos realizado la décima parte del trabajo que realizamos para el de aquella. Y eso que ni vivimos en un período de reacción ni en la emigración. Muy al contrario, las fuerzas y los medios de que disponemos en la actualidad no se pueden comparar con los de aquellos penosos años. Hay que poner en el orden del día, en el partido y en toda la Internacional, el estudio de la Revolución de Octubre. Es preciso que todo nuestro partido, y en particular las juventudes, estudien minuciosamente tal experiencia, que ha corroborado de manera incontestable nuestro pasado y abierto un espacioso horizonte al porvenir. La lección alemana del año pasado no sólo es un serio llamamiento, sino también una amenazadora advertencia.

Se puede, en verdad, decir que un conocimiento más concienzudo del desarrollo de la Revolución de Octubre no hubiera implicado garantía de triunfo para nuestro partido alemán. Ciertamente el estudio aislado de la Revolución de Octubre es insuficiente para darnos la victoria en los demás países, pero a veces existen situaciones con todas las premisas de la revolución, salvo una dirección resuelta y clarividente del partido, basada en la comprensión de las leyes y métodos de la revolución misma. Tal era, precisamente, la situación en Alemania el año pasado, y puede repetirse en otros países.

Ahora bien; para el estudio de las leyes y métodos de la revolución proletaria, no hay hasta hoy ninguna fuente más importante que nuestra experiencia de Octubre. Los dirigentes de los partidos comunistas europeos que no hagan un estudio crítico, con todos sus pormenores, de la historia de aquella revolución, se asemejarían al caudillo que, conforme se prepara para a nuevas guerras, no estudiara la experiencia estratégica, táctica y técnica de la última guerra imperialista*. Un caudillo así condenaría a la derrota a sus ejércitos.

El partido es el instrumento esencial de la revolución proletaria. Nuestra experiencia de un año (febrero de 1917-febrero de 1918) y las complementarias de Finlandia, Hungría, Bulgaria, Italia y Alemania, casi nos permiten enunciar como ley inevitable la crisis dentro del partido cuando se pasa del trabajo de preparación revolucionaria a la lucha directa por el poder.

En general, las crisis dentro del partido surgen como preludeo o a consecuencia de cada viraje importante. La razón estriba en que cada período del desarrollo del partido tiene sus características especiales y reclama determinados hábitos y méto-

* La Primera Guerra Mundial (Nota de la Editorial).

dos, dimanando de ahí el origen directo de choques y crisis. “Sucede harto a menudo” —escribía Lenin en julio de 1917— “que, ante un viraje brusco de la Historia, los mismos partidos avanzados no puedan, por un tiempo más o menos largo, adaptarse a la nueva situación, y repitan consignas eficaces ayer que carecen hoy de sentido, tanto más ‘súbitamente’ cuanto más súbito haya sido el viraje histórico”. De donde se deduce un peligro: si el viraje ha sido demasiado brusco o inesperado, y si el período anterior ha acumulado con exceso elementos de inercia y de conservadurismo en los órganos dirigentes del partido, éste se muestra incapaz de ejercer la dirección en el momento más grave, para el cual se había preparado durante varios años o decenios. Lo corroe la crisis y el movimiento se efectúa sin finalidad, predestinado a la derrota.

Un partido revolucionario está sometido a la presión de diferentes fuerzas políticas. En cada período de su desarrollo elabora los medios de resistirlas y rechazarlas. En los virajes tácticos que comportan reagrupamientos políticos y roces internos disminuye su fuerza de resistencia. De ahí la posibilidad constante de que los agrupamientos internos engendrados por la necesidad del viraje táctico se desarrollen considerablemente y lleguen a ser la base de diferentes tendencias de clase. En resumen, un partido desvinculado de las tareas históricas de su clase se convierte, o corre el riesgo de convertirse, en instrumento indirecto de las demás.

Si la observación que acabamos de hacer es justa respecto a cada viraje táctico importante, con mayor razón lo será respecto a los grandes virajes estratégicos. Entendemos por táctica en política —por analogía con la ciencia bélica— el arte de conducir las operaciones aisladas; por estrategia, el arte de vencer, es decir, de apoderarse del mando. Antes de la guerra, en la época de la II Internacional, no hacíamos estos distingos; nos limitábamos al concepto de la táctica socialdemócrata. Y no obedece al azar nuestra actitud. La socialdemocracia tenía una táctica parlamentaria, sindical, municipal, cooperativa, etc. En la época de la II Internacional no se planteaba la cuestión de la combinación de todas las fuerzas y recursos, de todas las armas, para obtener la victoria sobre el enemigo, porque aquélla no se asignaba la misión de luchar por el poder. La revolución de 1905, después de un largo intervalo, renovó las cuestiones esenciales, las cuestiones estratégicas de la lucha proletaria. De este modo aseguró inmensas ventajas a los revolucionarios socialdemócratas rusos, es decir, a los bolcheviques.

La gran época de la estrategia revolucionaria comienza en 1917, primero en Rusia y después en toda Europa. Es evidente que la estrategia no impide la táctica. Las cuestiones del movimiento sindical, de la actividad parlamentaria, etcétera, no desaparecen de nuestro campo visual, sino que adquieren una nueva importancia como métodos subordinados de la lucha combinada por el poder. La táctica se subordina a la estrategia⁵.

Si los virajes tácticos engendran habitualmente en el partido roces internos, con mayor razón los estratégicos deben de provocar trastornos mucho más profundos. Y el viraje más brusco es aquél en que el partido del proletariado pasa de la preparación, de la propaganda, de la organización y de la agitación a la lucha directa por el poder, a la insurrección armada contra la burguesía. Todo lo que dentro del partido hay de irresuelto, de escéptico, de conciliador, de capitulador, se yergue contra la insurrección, busca la oposición de fórmulas teóricas y las encuentra prontas en sus adversarios de ayer, los oportunistas. Más adelante observaremos varias veces este fenómeno.

En el período de Febrero a Octubre, al efectuar un largo trabajo de agitación y de organización entre las masas, el partido hizo un examen último, una selección final de sus armas, antes de la batalla decisiva. En octubre y después se comprobó la importancia de tales armas en una operación de vasta envergadura. Ocuparse ahora de apreciar los diferentes puntos de vista sobre la revolución en general y sobre la Revolución Rusa en particular, pasando por alto la experiencia de 1917, supondría entregarse a una escolástica estéril en vez de emprender un análisis marxista de la política. Sería actuar al igual que individuos que discutieran las ventajas de los diversos estilos de natación, negándose obstinadamente a mirar el río donde los nadadores los aplican. No hay mejor prueba de los puntos de vista revolucionarios que la aplicación de ellos durante la revolución, así como el estilo de natación se comprueba mejor cuando el nadador se arroja al agua.

‘La dictadura democrática del proletariado y del campesinado’ en Febrero y en Octubre

Con su desarrollo y su resultado, la Revolución de Octubre asestó un golpe formidable a la parodia escolástica del marxismo que se había extendido considerablemente en los medios socialdemócratas rusos, comenzando por el Grupo de Emancipación del Trabajo⁶, y que había encontrado su más completa expresión en los mencheviques. Este pseudomarxismo consistía esencialmente en transformar el pensamiento condicional y limitado de Marx (“los países adelantados muestran a los atrasados la imagen de su desarrollo futuro”) en una ley absoluta, suprahistórica, sobre la cual se esforzaba por cimentar la táctica del partido de la clase obrera. Con esa teoría se descartaba naturalmente la cuestión de la lucha del proletariado ruso por el poder, mientras los países más desarrollados económicamente no hubieran dado el ejemplo y creado de algún modo un “precedente”.

No cabe duda de que todo país atrasado encuentra *algunos* rasgos de su porvenir en la historia de los países adelantados, pero ni por asomo procedería una repetición general del desarrollo de los sucesos. Por el contrario, cuanto mayor carácter mun-

dial revista la economía capitalista, mayor carácter especial adquirirá la evolución de los países atrasados, donde los elementos atrasados se combinan con los elementos más modernos del capitalismo⁷.

En el prefacio de *La guerra campesina* escribió Engels: “En determinada etapa —que no llega necesariamente en todas partes al mismo tiempo o en un grado idéntico de desarrollo— la burguesía empieza a notar que su compañero, el proletariado, la supera”. La evolución histórica obligó a la burguesía rusa a hacer esta comprobación más pronto y de un modo más completo que a cualquier otra. Ya a principios de 1905 había expresado Lenin el carácter especial de la Revolución Rusa en la fórmula “dictadura democrática del proletariado y del campesinado”. Por sí misma, y así lo demostró el curso ulterior de los sucesos, esta fórmula no podía tener importancia sino como etapa hacia la dictadura socialista del proletariado con el apoyo de los campesinos.

Enteramente revolucionario y profundamente dinámico, el planteamiento de la cuestión por Lenin era radicalmente opuesto al esquema menchevique, según el cual Rusia sólo podía pretender repetir la historia de los pueblos avanzados, con la burguesía en el poder y la socialdemocracia en la oposición. No obstante, en la fórmula de Lenin ciertos círculos de nuestro partido no acentuaban la palabra “dictadura”, sino la palabra “democrática”, para oponerla a “socialista”. Eso significaba que en Rusia, país atrasado, sólo se podía concebir la revolución democrática. La revolución socialista debía comenzar en Occidente y sólo podíamos encauzarnos en la corriente del socialismo siguiendo a Inglaterra, Francia y Alemania. Pero este punto de vista derivaba de modo inevitable hacia el menchevismo, y esto fue lo que apareció claramente en 1917 cuando las tareas de la revolución se plantearon, no como cuestiones de pronóstico, sino como cuestiones de acción.

En las condiciones de la Revolución, querer realizar la democracia total “contra” el socialismo —considerado prematuro— equivalía, políticamente, a derivar de la posición proletaria a la posición de la pequeña burguesía, a convertirse en el ala izquierda de la revolución nacional.

Considerada la Revolución de Febrero en sí misma como esencialmente burguesa, había llegado demasiado tarde y no poseía por sí ningún elemento de estabilidad. Desgarrada por contradicciones que se manifestaron desde un principio en el doble poder⁸, debía, o bien transformarse en introducción directa a la revolución proletaria —que fue lo que ocurrió—, o bien reducir a Rusia, bajo un régimen de oligarquía burguesa, a un estado semicolonial.

Por consiguiente, el período que siguió a la Revolución de Febrero podía estimarse como de consolidación burguesa o como preparatorio de la revolución proletaria. Adoptaban el primer punto de vista, además de los mencheviques⁹ y los eseristas¹⁰, cierto número de dirigentes bolcheviques, que sin embargo se distinguían de

aquéllos por el empeño que ponían en arrojar a Rusia a la izquierda de la revolución democrática. Sin embargo, el fundamento de su método era el mismo: “ejercer presión” sobre la burguesía dominante sin salirse del molde del régimen democrático burgués. Si hubiera triunfado esta política, el desarrollo de la revolución se habría efectuado fuera de nuestro partido, y a la postre hubiéramos tenido una insurrección de las masas obreras y campesinas no dirigidas por el partido, o sea, unas *Jornadas de Julio* a gran escala; como si dijéramos, una verdadera catástrofe. Es evidente que la consecuencia inmediata de esta catástrofe hubiera sido la destrucción del partido. Ello demuestra lo profundo de las divergencias que existían entonces.

La influencia de los mencheviques y eseristas durante el primer período de la revolución no era, por supuesto, fortuita: representaba la fuerte proporción de la pequeña burguesía y ante todo de las masas campesinas en la población rusa, amén de la falta de madurez de la revolución. Precisamente este estado prematuro, en las condiciones especiales creadas por la guerra, dejó a los revolucionarios de la pequeña burguesía —defensores de los derechos históricos de ésta en el poder— la posibilidad de dirigir al pueblo, al menos en apariencia. Pero ello no significa que la Revolución Rusa debiera haber seguido el derrotero que en realidad siguió de Febrero a Octubre de 1917. Éste no derivó sólo de relaciones de clase, sino también de condiciones temporales creadas por la guerra. Gracias a ella, los campesinos fueron organizados y equipados en un ejército de millones de hombres. Antes de que el proletariado tuviera tiempo de ordenarse bajo su bandera para arrastrar tras de sí a las masas rurales, los revolucionarios de la pequeña burguesía habían encontrado un apoyo natural en el ejército campesino sublevado contra la guerra. Con el peso de este ejército innumerable, del cual dependía directamente todo, gravitaron sobre el proletariado, y en el primer período se lo llevaron consigo.

La marcha de la revolución hubiera podido ser diferente sobre las mismas bases de clase, según demuestran mejor que nada los acontecimientos que precedieron a la guerra. En julio de 1914, Petrogrado fue sacudido por huelgas revolucionarias que suscitaron inclusive combates en la calle. Es incontestable que la dirección de este movimiento pertenecía a la organización clandestina y a la prensa legal de nuestro partido. El bolchevismo consolidaba su influencia en la lucha directa contra los liquidadores y los partidos de la pequeña burguesía en general. El desarrollo del movimiento hubiera motivado en primer lugar el crecimiento del Partido Bolchevique: si se hubieran instituido los sóviets de diputados obreros en 1914, verosímilmente habrían sido bolcheviques desde el principio. Dirigidos por los bolcheviques, los sóviets urbanos hubieran despertado al campo. No quiere ello decir necesariamente que los eseristas hubieran perdido en absoluto y de inmediato la influencia que en él tenían. Según todas las probabilidades, se habría franqueado la primera etapa de la revolución proletaria bajo la bandera de los *narodniki*¹¹. Con todo, éstos se habrían

visto forzados a situar su ala izquierda en la vanguardia, para estar en contacto con los sóviets bolcheviques de las ciudades. Asimismo en tal caso el resultado directo de la insurrección hubiera dependido ante todo del estado de ánimo y de la conducta del ejército, que estaba ligado a los campesinos.

Es imposible, y además inútil, tratar de adivinar ahora si el movimiento de 1914-15 habría acarreado la victoria en caso de que no hubiera estallado la guerra. Pero hay muchos indicios para suponer que si la revolución victoriosa se hubiera desarrollado en el sentido en que se iniciaron los sucesos de julio de 1914, el derrocamiento del zarismo habría ocasionado el advenimiento al poder de los sóviets obreros revolucionarios, quienes, al principio a través de los *narodniki* de izquierda, hubieran atraído a su órbita a las masas campesinas.

La guerra interrumpió el movimiento revolucionario que había empezado a desarrollarse, lo aplazó antes de acelerarlo. Pero creó, en la forma de un ejército de varios millones de hombres, una base excepcional, tanto política como organizativa, para los partidos de la pequeña burguesía. De hecho, resulta difícil convertir en tal base al campesinado. Los partidos de la pequeña burguesía se imponían al proletariado y le oprimían en las redes del *defensismo*¹², apoyándose en la organización del ejército.

He aquí por qué desde un principio Lenin combatió encarnizadamente la vieja consigna de “dictadura democrática del proletariado y del campesinado”, que, dadas las nuevas condiciones, significaba la transformación del Partido Bolchevique en el ala izquierda del bloque *defensista*. Para Lenin, la tarea principal estribaba en sacar de la ciénaga defensista a la vanguardia proletaria. Sólo con esta condición, en la etapa siguiente, podría el proletariado llegar a ser el centro de enlace de las masas trabajadoras del campo.

Pero, ¿qué actitud era menester adoptar frente a la revolución democrática, o, dicho con más exactitud, frente a la “dictadura democrática del proletariado y del campesinado”? Lenin increpa vigorosamente a los “viejos bolcheviques” que han desempeñado ya varias veces —dice— un triste papel en la historia de nuestro partido repitiendo sin inteligencia una fórmula “aprendida”, en vez de “estudiar” las particularidades de la nueva situación real:

“Hay que saber adaptar los esquemas a la vida, y no repetir palabras, que han perdido todo sentido, acerca de la ‘dictadura del proletariado y el campesinado’ *en general*. (...). ¿Es abarcada la realidad por la vieja fórmula bolchevique del camarada Kamenev¹³: ‘la revolución democrático-burguesa no ha llegado a su fin’? No, la fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Es una fórmula muerta. Serán vanos los esfuerzos hechos para resucitarla”.

Es verdad que Lenin señaló ocasionalmente que los sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos, en el primer período de la Revolución de Febrero, encarna-

ron “hasta cierto punto” la dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos. Así fue en la medida en que tales sóviets ejercieron el poder. Pero, según ha replicado el propio Lenin en muchas ocasiones, los sóviets del período de Febrero ejercían sólo un “semipoder”: sostenían el poder de la burguesía, aunque también la mantenían a raya con cierta oposición. Precisamente era esta situación equívoca la que les permitía no salirse del marco de la coalición democrática de obreros, campesinos y soldados.

Aunque muy distante todavía de la dictadura, esta coalición propendía a ella dado que se apoyaba, antes que en relaciones estatales regularizadas, en la fuerza armada y en la alianza revolucionaria. La inestabilidad de los sóviets conciliadores residía en el carácter democrático de tal coalición de obreros, campesinos y soldados, que ejercían un semipoder. Les quedaba la alternativa de ver disminuir su papel hasta la extinción o asumir el poder de veras. Pero no podían asumirlo como coalición de obreros y campesinos representados por diferentes partidos, sino como dictadura del proletariado dirigida por un partido único que atrajera a las masas campesinas, empezando por los elementos semiproletarios.

En otros términos, la coalición democrática de obreros y campesinos sólo podía considerarse una forma preliminar del ascenso al poder, una tendencia, pero no un hecho. La conquista del poder debía romper la envoltura democrática, imponer a la mayoría de los campesinos la necesidad de seguir a los obreros, permitir que el proletariado realizara su dictadura de clase, y, por razón idéntica, poner a la orden del día, paralela a la democratización radical de las relaciones sociales, la injerencia socialista del Estado obrero en los derechos de la sociedad capitalista. Continuar en estas condiciones ateniéndose a la fórmula de la “dictadura democrática” equivalía, en realidad, a renunciar al poder y a arrinconar la revolución en un callejón sin salida.

La principal cuestión en litigio, a cuyo derredor giraban las demás, era la de si se debía luchar por el poder y asumirlo, o no. Eso basta para demostrar que no estábamos en presencia de aparentes divergencias episódicas, sino al frente de dos tendencias de principio. Una de ellas era proletaria, y conducía a la revolución mundial; la otra era democrática, de la pequeña burguesía, y comportaba en último término la subordinación de la política proletaria a las necesidades de la sociedad burguesa en su proceso de reforma. Estas dos tendencias chocaron violentamente en todas las cuestiones del año 1917, por poco importantes que fuesen. La época revolucionaria, es decir, el momento de poner en actividad el caudal acumulado por el partido, debía motivar inevitablemente algunos desacuerdos del mismo género. En mayor o menor escala ambas tendencias se manifestarán aún muchas veces en todos los países, durante los períodos revolucionarios, con las diferencias motivadas por cada situación. Si se conceptúa “bolchevismo” como una educación, un temple, una

organización de la vanguardia proletaria capaz de tomar el poder por la fuerza; si se conceptúa “socialdemocracia” como reformismo y oposición dentro del marco de la sociedad burguesa, así como adaptación a la legalidad de ésta, o sea, la educación de las masas en la idea de la inamovilidad del Estado burgués, claro está que la lucha entre las tendencias socialdemócratas y el bolchevismo, incluso en un partido comunista que no surge armado de la forja de la historia, debe manifestarse de la manera más perentoria y franca cuando se plantea directamente la cuestión del poder en un período revolucionario.

Hasta el 4 de abril, es decir, después de que Lenin llegara a Petrogrado, no se planteó ante el partido el problema de la conquista del poder. Pero, incluso a partir de ese momento, la línea del partido no tuvo un carácter continuo, indiscutible para todos. A pesar de las decisiones de la Conferencia de Abril de 1917¹⁴, durante todo el período preparatorio se exteriorizó una resistencia, tan pronto sorda como declarada, hacia la vía revolucionaria.

El estudio del desarrollo de las divergencias entre Febrero y la consolidación de la Revolución de Octubre no sólo ofrece un interés teórico excepcional, sino también una importancia práctica inconmensurable. En 1910 Lenin había calificado de “anticipadores” los desacuerdos que se habían manifestado en el II Congreso de 1905. Conviene seguir estos desacuerdos desde su origen, o sea, después de 1903, y aun desde el *economismo*¹⁵. Pero carecería de sentido este estudio si no fuera completo y no comprendiera asimismo el período en que las divergencias fueron sometidas a la prueba decisiva de Octubre.

En estas páginas no podemos proceder a un examen completo de todas las etapas de dicha lucha. Pero juzgamos necesario colmar parcialmente la inadmisibile laguna que existe en nuestra literatura respecto al período más importante del desarrollo de nuestro partido.

Como hemos dicho ya, el núcleo de las citadas divergencias fue la cuestión del poder. Sobre este extremo se basa el criterio que permite determinar el carácter de un partido revolucionario y de un partido no revolucionario.

En el período que estudiamos se formula y resuelve la cuestión de la guerra en estrecha conexión con la del poder. Examinaremos ambas por orden cronológico: posición del partido y de su prensa en el período inmediato al derrocamiento del zarismo, antes de la llegada de Lenin; lucha en torno a las tesis de Lenin; Conferencia de Abril, consecuencias de las *Jornadas de Julio*, sublevación de Kornilov, Conferencia Democrática y *preparlamento*; insurrección armada y toma del poder (septiembre-octubre); gobierno socialista “homogéneo”.

Creemos que el estudio de estas divergencias nos permitirá deducir conclusiones de considerable importancia para los demás partidos de la Internacional Comunista.

La lucha contra la guerra y el defensismo

En febrero de 1917, el derrocamiento del zarismo constituyó, sin duda, un gigantesco salto adelante. Pero, considerada en sí misma y no como un paso hacia Octubre, la Revolución de Febrero significaba únicamente una aproximación de Rusia al tipo de república burguesa que existe, por ejemplo, en Francia. Claro que los partidos revolucionarios de la pequeña burguesía no la consideraron una revolución burguesa; pero tampoco la estimaron una etapa de la revolución socialista, conceptuándola como una adquisición “democrática” que tenía por sí misma un valor independiente. No defendían la dominación de tal o cual clase, sino la “Revolución” y la “democracia”. Dentro de nuestro partido inclusive, la Revolución de Febrero ocasionó al principio un cambio notable de las perspectivas revolucionarias. En marzo, la *Pravda*¹⁶ se hallaba más cerca del “defensismo revolucionario” que de las posturas de Lenin:

“Cuando un ejército se enfrenta a otro” —escribía Kámenev— “sería la política más necia sugerir a uno de ellos que rindiera sus armas y se volviera a casa. No sería una política de paz, sino una política de esclavitud, que sería rechazada con repugnancia por un pueblo libre. No, el pueblo se mantendrá en su puesto con firmeza y devolverá bala por bala, proyectil por proyectil” (*Ninguna diplomacia secreta*, en *Pravda* n° 9, 15/3/17).

Nótese que aquí no se trata de las clases dominantes u oprimidas, sino del pueblo libre; no son las clases las que luchan por el poder, sino el pueblo libre que está “en su puesto”. Tanto las ideas como la manera de formularlas son puramente *defensistas*. En el mismo artículo leemos: “No es nuestra consigna la desorganización del ejército revolucionario o que se revoluciona, ni la vacua divisa de ‘¡Abajo la guerra!’. Nuestra consigna es: presión (!) sobre el Gobierno Provisional para forzarle a que intente con resolución, ante la democracia del mundo (!), obligar (!) a todos los países beligerantes el comienzo inmediato de negociaciones respecto a la manera de terminar la guerra mundial. Hasta entonces, cada uno (!) permanecerá en su puesto de combate”.

Este programa de presión sobre el Gobierno imperialista para obligarle a seguir un camino de paz era el de Kautsky y Ledebur en Alemania, el de Longuet en Francia, el de Mac Donald en Inglaterra, pero no el del bolchevismo. En su artículo, la redacción no se contenta con aprobar el famoso manifiesto del Sóviet de Petrogrado *A los pueblos de todo el mundo*¹⁷ —manifiesto impregnado del espíritu del defensismo revolucionario—, sino que se solidariza con las resoluciones francamente defensistas adoptadas en dos reuniones de Petrogrado, de las cuales declara: “Si las democracias alemana y austríaca no oyen nuestra voz —es decir, la voz del Gobierno Provisional y del sóviet conciliador (L. T.)—, defenderemos nuestra patria hasta verter la última gota de nuestra sangre”.

El artículo a que aludimos no supone una excepción, sino que expresa con exactitud la posición de *Pravda* hasta que regresó Lenin a Rusia. Así, en otro artículo, *Sobre la guerra (Pravda, n° 19, 16/3/17)*, que contiene, sin embargo, algunas observaciones críticas acerca del manifiesto a los pueblos, encontramos la siguiente declaración: “No se puede menos que aclamar el llamamiento de ayer, con el que el Sóviet de Petrogrado de Diputados Obreros y Soldados invita a los pueblos de todo el mundo a forzar a sus gobiernos para que cese la carnicería”. ¿Cómo hallar una salida a la guerra? El mismo artículo responde: “La salida consiste en una presión sobre el Gobierno Provisional¹⁸ con el fin de hacerle declarar que accede a iniciar inmediatamente negociaciones de paz”.

Podríamos dar buen acopio de citas análogas de carácter defensivo y conciliador más o menos disfrazado. En ese momento, Lenin, que no había conseguido aún salir de Zurich, se pronunciaba con brío, en sus *Cartas desde lejos*¹⁹, contra toda sombra de concesión a defensistas y conciliadores. “Es inadmisibles, absolutamente inadmisibles,” —escribía el 8 de marzo— “disimularse y disimular al pueblo que este gobierno quiere la continuación de la guerra imperialista, que es el agente del capital inglés, que persigue la restauración de la monarquía y la consolidación de la dominación de los terratenientes, así como la de los capitalistas”. El 12 de marzo, insiste: “Pedir que este Gobierno concluya una paz democrática equivale a predicar virtud al proxeneta de un burdel”. Mientras *Pravda* exhorta a ejercer presión sobre el Gobierno Provisional para obligarle a intervenir en pro de la paz ante “la democracia del mundo”, Lenin escribe: “Dirigirse al gobierno Gutchkov-Miliukov para proponerle concluir cuanto antes una paz honrosa, democrática, es actuar como un buen pope de aldea que propusiera a los terratenientes y a los mercaderes vivir según la ley de Dios, amar a su prójimo y brindar la mejilla derecha cuando se les abofetee la izquierda”.

El 7 de abril, unos días después de llegar a Petrogrado²⁰, Lenin se manifestó resueltamente contra la posición de *Pravda* en la cuestión de la guerra y la paz: “Ningún apoyo al Gobierno Provisional; explicar la completa falsedad de todas sus promesas, sobre todo de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a *este* gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de propugnar la inadmisibles e ilusoria ‘exigencia’ de que *deje de ser imperialista*”*

Huelga añadir cómo Lenin califica de “famoso” y “confuso” el llamamiento de los conciliadores del 14 de marzo, acogido de tan favorable modo por *Pravda*. Constituye una hipocresía imponderable invitar a los demás pueblos a romper con sus banqueros y crear simultáneamente un gobierno de coalición con ellos. “Todos

* *Las tareas del proletariado en la presente revolución*, en *Las tesis de abril*, p. 4. Fundación Federico Engels. Madrid, 1998. Subrayado en el original.

los ‘centristas’ juran y perjuran” —dice Lenin en su proyecto de bases— “que ellos son marxistas, internacionalistas, partidarios de la paz, que están dispuestos a ‘presionar’ por todos los medios a los gobiernos, dispuestos a ‘exigir’ de mil maneras su propio gobierno que ‘consulte al pueblo para que éste exprese su voluntad de paz’, propicios a mantener toda suerte de campañas a favor de la paz, de una paz sin anexionamientos, etc., etc., y propicios también a *sellar la paz con los socialchovinistas*”*

¿Pero acaso —podría objetarse desde luego— renuncia un partido revolucionario a ejercer presión sobre la burguesía y su gobierno? Evidentemente, no. La presión sobre el gobierno burgués es el camino de las reformas. Un partido marxista revolucionario no renuncia a ellas, aunque éstas se refieran a cuestiones secundarias y no a cuestiones esenciales. No se puede obtener el poder por medio de reformas ni se puede, por medio de la presión, forzar a la burguesía a cambiar su política en una cuestión de la que dependa su suerte. Precisamente por no haber dado lugar a una presión reformista, la guerra creó una situación revolucionaria. Era necesario seguir a la burguesía hasta el fin o sublevar a las masas contra ella para arrancarle el poder. En el primer caso, podrían obtenerse ciertas concesiones de política interior, a condición de apoyar sin reservas la política exterior del imperialismo. Por eso desde el principio de la guerra el reformismo socialista se transformó abiertamente en socialimperialismo. Por eso se vieron obligados los elementos revolucionarios verdaderos a crear una nueva Internacional.

El punto de vista de *Pravda* no era proletario-revolucionario, sino demócrata-defensista, aunque equívoco en su defensismo. “Hemos derrocado el zarismo” —se decía— “y ejercemos una presión sobre el Gobierno democrático. Éste debe proponer la paz a los pueblos. Si la democracia alemana no puede pesar sobre su Gobierno, defenderemos nuestra ‘patria’ hasta verter la última gota de nuestra sangre”. La realización de la paz no se había planteado como tarea exclusiva de la clase obrera —tarea por llevar a cabo a pesar del Gobierno Provisional burgués—, porque la conquista del poder por el proletariado no se había planteado como tarea revolucionaria práctica. Sin embargo, ambas cosas eran inseparables.

La Conferencia de Abril

Para muchos dirigentes del partido, el discurso de Lenin en la estación de Finlandia sobre el carácter socialista de la Revolución Rusa fue como una bomba. Desde el primer día, hubo polémica entre él y los partidarios del “perfeccionamiento de la revolución democrática”.

* *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, en *Las tesis de abril*, p. 42. Fundación Federico Engels. Madrid, 1998. Subrayado en el original.

La manifestación armada de abril²¹, en la cual resonó la consigna de “¡Abajo el Gobierno Provisional!”, daría ocasión a un conflicto agudo. A ciertos representantes del ala derecha les suministró pretexto para acusar a Lenin de blanquismo²². Decíase que no cabría derribar al Gobierno Provisional, sostenido entonces por la mayoría del sóviet, sino torciendo la voluntad de la mayor parte de los trabajadores. Formalmente, el reproche podía no parecer desprovisto de fundamento. En realidad, en la política de Lenin en abril no había ni sombra de blanquismo. Para él, toda la cuestión se reducía a saber en qué medida continuaban los sóviets reflejando el verdadero estado de ánimo de las masas y a determinar si el partido no se estaba engañando al orientarse por ellos. La manifestación de abril, que había sido más “izquierdista” de lo que convenía, implicaba un reconocimiento destinado a comprobar el estado de ánimo de las masas, así como las relaciones entre éstas y la mayoría del sóviet, y la necesidad de un largo trabajo preparatorio. A principios de mayo, Lenin reprobó en tono severo la conducta de los marineros de Kronstadt, quienes, movidos por su ímpetu, se habían excedido y habían declarado no reconocer al Gobierno Provisional.

De muy distinta manera abordaban la cuestión los adversarios de la lucha por el poder. En la Conferencia, Kámenev expuso sus quejas: “En el número 19 de *Pravda*, unos compañeros* proponían una resolución sobre el derrocamiento del Gobierno Provisional, resolución impresa antes de la última crisis; pero la han rechazado luego como susceptible de introducir la desorganización, y como aventurada. Bien se ve que los compañeros en cuestión se han enterado de algo durante esa crisis. La resolución propuesta* reitera esta falta”.

Semejante manera de plantear la cuestión resulta muy significativa. Una vez efectuado el reconocimiento, Lenin retiró la consigna de un derrocamiento inmediato del Gobierno Provisional; pero la retiró temporalmente, por unas semanas o unos meses, según la mayor o menor rapidez con que creciera la indignación de las masas contra los conciliadores. Por su parte, la oposición consideraba errónea tal consigna. La demora provisional de Lenin no comportaba ninguna modificación de su línea de conducta. Lenin no se basaba en el hecho de que todavía no estuviera terminada la revolución democrática, sino sólo en el de que las masas aún eran incapaces de derribar al Gobierno Provisional y de que se requería cuanto antes hacerles capaces de abatirlo.

Toda la Conferencia de Abril del partido se consagró a la siguiente cuestión esencial: “¿Vamos a la conquista del poder para realizar la revolución socialista, o ayudamos a perfeccionar la revolución democrática?”. Por desgracia, todavía permane-

* Evidentemente se trata de Lenin (Nota del Autor).

* Es decir, la propuesta por Lenin en la Conferencia de Abril (N. del A.).

ce sin publicar la reseña de esa Conferencia. Sin embargo, quizá no haya en la historia de nuestro partido congreso que tuviera una importancia tan grande y tan directa para la suerte de nuestra revolución.

Lucha irreductible contra el defensismo y los defensistas, conquista de la mayoría en los sóviets, derrocamiento del Gobierno Provisional por medio de los sóviets, política revolucionaria de paz, programa de revolución socialista en el interior y de revolución internacional en el exterior; tal fue la postura de Lenin. Conforme se sabe, la oposición propugnaba el perfeccionamiento de la revolución democrática por medio de la presión sobre el Gobierno Provisional, debiendo permanecer los sóviets como órganos de “inspección” cerca del poder burgués. De lo cual se desprende una actitud más conciliadora con respecto al defensismo.

En la Conferencia de Abril uno de los adversarios de Lenin, Kámenev, argumentó: “Hablamos de los sóviets de diputados obreros y soldados como de centros organizadores de nuestras fuerzas y del poder (...). Por sí solo su nombre indica que constituyen un bloque de fuerzas pertenecientes a la pequeña burguesía y al proletariado, para quienes se impone la necesidad de rematar las tareas democráticas burguesas. Si hubiera terminado la revolución democrático-burguesa, no podría existir este bloque... y contra él orientaría el proletariado la lucha revolucionaria (...). Sin perjuicio de lo anterior, reconocemos a esos sóviets la calidad de centros de organización de nuestras fuerzas (...). Así pues, aún no está acabada la revolución burguesa, que no ha dado todo su rendimiento, y debemos reconocer que, si estuviera terminada por completo, pasaría el poder a manos del proletariado”.

Es palmario el desdichado esquematismo de este razonamiento. Porque precisamente la clave de la cuestión está en que para “terminar por completo” era necesario que pasara el poder a otras manos. El autor del discurso citado ignora el eje verdadero de la revolución, no deduce las tareas del partido del agrupamiento real de las fuerzas de clase, sino de una definición formal de la revolución, considerada burguesa o democrático-burguesa. Según él, es menester formar bloque con la pequeña burguesía e inspeccionar el poder burgués en tanto no esté perfeccionada la revolución burguesa. Ello implica un claro esquema menchevique. Al limitar desde el punto de vista doctrinal las tareas de la Revolución con el apelativo de ésta —revolución “burguesa”—, había de llegarse fatalmente a la política de presionar al Gobierno Provisional, a la reivindicación de un programa de paz sin anexiones, etc. ¡Por perfeccionamiento de la revolución democrática se sobreentendía la realización de una serie de reformas por medio de la Asamblea Constituyente²³, donde el Partido Bolchevique desempeñaría el papel de ala izquierda!

Así perdía cualquier significación efectiva la consigna de “Todo el poder a los sóviets”. Esto fue lo que en la Conferencia de Abril declaró Noguín, más lógico que sus compañeros de oposición: “En el curso evolutivo desaparecen las atribuciones

más importantes de los sóviets, y una serie de sus funciones administrativas se transmite a los municipios, a los *zemstvos*, etc. Consideremos el desarrollo ulterior de la organización estatal. No podemos negar que habrá una Asamblea Constituyente, y en consecuencia, un Parlamento. De ahí resulta que, progresivamente, se irá descargando de sus principales funciones a los sóviets; pero no quiere ello decir que terminen de una manera vergonzosa su existencia. Se limitarán a transmitir sus funciones. No será con sóviets del tipo actual con los que llegue a realizarse entre nosotros la república comunal”.

Por último, un tercer opositor abordó la cuestión desde el punto de vista de la madurez de Rusia para el socialismo: “Al enarbolar la consigna de la revolución proletaria, ¿podemos contar con el apoyo de las masas? No, porque Rusia es el país de Europa donde más domina la pequeña burguesía. Si el partido adopta la plataforma de la revolución socialista, se transformará en un círculo de propagandistas. Debe desencadenarse la revolución desde Occidente (...). ¿Dónde saldrá el sol de la revolución socialista? Dado el estado de cosas que reina entre nosotros, dada la preponderancia de la pequeña burguesía, estimo que no nos incumbe tomar la iniciativa de tal revolución. No disponemos de las fuerzas necesarias a este efecto, además de faltarnos las condiciones objetivas. En Occidente se plantea la cuestión de la revolución socialista poco más o menos como acá la del derrocamiento del zarismo”.

No todos los adversarios de Lenin sacaban en la Conferencia de Abril las conclusiones que Noguín; pero todos, por la lógica de las circunstancias, se vieron obligados a aceptarlas unos meses más tarde, en vísperas de Octubre. Dirigir la revolución proletaria o circunscribirse al papel de oposición en el Parlamento burgués era la alternativa a la cual se hallaba reducido nuestro partido. La segunda posición era menchevique, o, dicho más exactamente, era la posición que no tuvieron más remedio que adoptar los mencheviques después de la Revolución de Febrero.

En efecto, durante años, los líderes mencheviques habían afirmado que la revolución burguesa sólo podía llevar a cabo las aspiraciones de la burguesía, que la socialdemocracia no podía asumir las tareas de la democracia burguesa y debería, “sin dejar de impulsar a la burguesía hacia la izquierda”, confinarse a un papel de oposición. En particular, Martínov²⁴ no se había cansado de desarrollar esta tesis. Con la Revolución de Febrero, los mencheviques se encontraron en el Gobierno. De sus “principios” no conservaron más que la tesis relativa a que el proletariado no debía adueñarse del poder. Así pues, aquellos bolcheviques que condenaban el *ministerialismo* menchevique mientras se alzaban contra la toma del poder por el proletariado, se atrincheraban de hecho en las posiciones prerrevolucionarias de los mencheviques.

La revolución provocó desplazamientos políticos en dos sentidos: los reaccionarios se hicieron kadetes y los kadetes, republicanos (desplazamiento hacia la izquier-

da); los eseristas y los mencheviques se hicieron partido burgués dirigente (desplazamiento hacia la derecha). Por procedimientos de este género era como intentaba la sociedad burguesa crear una nueva armazón para su poder estatal, su estabilidad y su orden. Pero, mientras los mencheviques abandonaban su socialismo formal por la democracia vulgar, la derecha de los bolcheviques se pasaba al socialismo formal, o sea, a la posición que ocupaban los mencheviques la víspera.

En la cuestión de la guerra se produjo el mismo reagrupamiento. Con excepción de algunos doctrinarios, la burguesía —que, por cierto, apenas esperaba ya la victoria militar— adoptó la fórmula de “ni anexiones ni indemnizaciones”. Los mencheviques y los eseristas zimmerwaldianos, que habían criticado a los socialistas franceses porque defendían su patria republicana burguesa, se pasaron de la posición internacionalista pasiva al patriotismo activo. Al propio tiempo, la derecha bolchevique se deslizó al internacionalismo pasivo de “presión” sobre el Gobierno Provisional, con miras a una paz democrática “sin anexiones ni indemnizaciones”. De tal suerte, la fórmula de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado se disloca teórica y políticamente en la Conferencia de Abril y suscita dos puntos de vista opuestos: el democrático, enmascarado con restricciones socialistas formales, y el socialista revolucionario, el punto de vista auténticamente bolchevique y leninista.

Las Jornadas de Julio, la sublevación de Kornílov, la Conferencia Democrática y el ‘preparlamento’

Las decisiones de la Conferencia de Abril proporcionaron al partido una base correcta, pero no eliminaron las divergencias que se evidenciaban en el vértice de la dirección. Por el contrario, durante el curso de los acontecimientos, tales divergencias iban a revestir formas todavía más concretas y a alcanzar su máxima agudeza en el momento más grave de la revolución: Octubre.

La tentativa de organizar una manifestación el 10 de junio, sugerida por Lenin, fue condenada por aquellos bolcheviques que habían desaprobado el carácter de la manifestación de abril. No tuvo lugar, pues el Congreso de los Sóviets la prohibió. Pero el 18 de junio el partido se desquitó: la manifestación general de Petrogrado, organizada con arreglo a la iniciativa, bastante imprudente por cierto, de los conciliadores, se efectuó casi en su totalidad siguiendo las consignas bolcheviques. Sin embargo, el gobierno insistió en seguir su camino y emprendió una estúpida ofensiva militar en el frente. El momento era decisivo. Lenin puso al partido en guardia contra las imprudencias, y el 21 de junio, escribió en *Pravda*: “Compañeros, en la hora actual no sería racional una demostración de fuerza. Nos vemos obligados ahora a pasar por una etapa com-

pletamente nueva de nuestra revolución”. Pero vinieron las jornadas que marcaron un momento importante en el camino de la revolución y el desarrollo de las divergencias dentro del partido.

En aquellas jornadas la presión espontánea de las masas de Petrogrado desempeñó un papel decisivo. Es indudable que Lenin entonces se preguntó si no habría llegado el momento, si el estado de ánimo de las masas no habría traspuesto la superestructura soviética y si, hipnotizados por la legalidad soviética, no correríamos el riesgo de retrasarnos frente a las masas y apartarnos de ellas. Muy verosímil es que durante las *Jornadas de Julio* tuvieran lugar ciertas operaciones de puro carácter militar por iniciativa de compañeros sinceramente convencidos de no estar en desacuerdo con la apreciación que de la situación hacía Lenin. Más tarde, el propio Lenin diría: “En julio hicimos bastantes tonterías”. En realidad, también a la sazón el asunto se redujo a un reconocimiento, aunque de mayor envergadura, y a una etapa más avanzada del movimiento.

Tuvimos que batirnos en retirada. Al prepararse para la insurrección y para la toma del poder, Lenin y el partido no vieron en la intervención de julio más que un episodio donde habíamos pagado bastante caro el profundo reconocimiento efectuado entre las fuerzas enemigas, pero que no podría hacer desviar la línea general de nuestra acción. Por el contrario, los compañeros hostiles a la política de tomar el poder verían en el episodio una aventura perjudicial. Los elementos del ala de derecha reforzaron su ofensiva, y su crítica se volvió más categórica. Por consiguiente, cambió el tono de la réplica, y Lenin escribió: “Todas esas lamentaciones, todas esas reflexiones que tienden a probar cómo no habría convenido intervenir, provienen de renegados, si emanan de bolcheviques, o son manifestaciones del pavor y de la confusión peculiares de los pequeño-burgueses”. El calificativo de renegados pronunciado en tal momento proyectaba una luz trágica sobre las divergencias dentro del partido. En lo sucesivo se repetiría con más frecuencia cada vez.

La actitud oportunista en la cuestión del poder y de la guerra predeterminaba, evidentemente, una actitud análoga respecto a la Internacional. Los derechistas intentaron hacer participar al partido en la Conferencia de Estocolmo²⁵ de los socialpatriotas. El 16 de agosto, Lenin escribió: “El discurso de Kámenev en el Consejo Central Ejecutivo el 6 de agosto, con motivo de la Conferencia de Estocolmo, no puede menos que ser reprobado por los bolcheviques fieles al partido y sus principios”. Más adelante, glosando una frase sobre que sobre Estocolmo empezaba a ondear la bandera revolucionaria, Lenin escribió: “Eso implica una declaración hueca en el espíritu de Tchernov y Tsereteli, una mentira indignante. No es la bandera revolucionaria, sino la bandera de las transacciones, de los acuerdos, de la amnistía de los socialimperialistas, de las negociaciones de los banqueros para el reparto de los territorios anexionados la que empieza a ondear sobre Estocolmo”.

El camino a Estocolmo conducía realmente a la II Internacional, lo mismo que la participación en el *preparlamento* llevaba a la república burguesa. Lenin optó por boicotear la Conferencia de Estocolmo, como más tarde optó por el boicot al *preparlamento*. En el mayor encono de la lucha, ni por un instante olvidó la tarea de la creación de una nueva Internacional, de una Internacional comunista.

Ya el 10 de abril pide el cambio de nombre del partido. Véase cómo aprecia las objeciones que se le hacen: “Es un argumento de rutina, de aletargamiento, de inercia”. E insiste: “Ha llegado la hora de quitarse la camisa sucia, ha llegado la hora de ponerse ropa limpia”. Sin embargo, la resistencia en las esferas dirigentes fue tan fuerte, que hubo que aguardar un año para que el partido cambiase de nombre, volviese a las tradiciones de Marx y Engels. He aquí un episodio característico de la actuación de Lenin durante todo el año 1917. En el recodo más brusco de la historia, no cesa de encabezar dentro del partido una lucha encarnizada contra el pasado en nombre del futuro. Y de momento acusa una agudeza extrema la resistencia de ayer, que enarbola el estandarte de la tradición.

Atenuó temporalmente, aunque no hizo desaparecer los desacuerdos, la sublevación de Kornilov²⁶, que produjo una rectificación sensible a nuestro favor. En un momento dado, se manifestó en el ala de derecha una tendencia de aproximación al partido y a la mayoría soviética en el terreno de la defensa de la Revolución y, en cierto modo, de la patria. A primeros de septiembre, Lenin reacciona en su carta al Comité Central: “Abrigo la convicción profunda de que admitir el punto de vista de la defensa nacional o, como hacen algunos bolcheviques, llegar a formar bloque con los eseristas, llegar a sostener al Gobierno Provisional, supone el error más craso, al tiempo que da prueba de una falta absoluta de principios. No nos convertiremos en defensores *hasta después* de la toma del poder por el proletariado”. Más adelante añade: “Ni ahora siquiera debemos apoyar al Gobierno de Kerensky. Sería faltar a los principios. ¿Acaso no hay que combatir a Kornilov?, se nos objetará. Claro que sí; pero entre combatir a Kornilov y apoyar a Kerensky, media una diferencia, existe un límite, y este límite lo franquean algunos bolcheviques cayendo en el *conciliacionismo*, dejándose arrastrar por el torrente de los acontecimientos”.

La Conferencia Democrática²⁷ (14-22 de septiembre) y el *preparlamento* al cual dio origen marcaron una nueva fase en el desarrollo de las divergencias. Mencheviques y eseristas procuraban atar a los bolcheviques con la legalidad soviética y transformar ésta, de manera indolora, en legalidad parlamentaria burguesa. Simpatizaba con semejante táctica la derecha bolchevique. Hemos visto cómo se figuraban los derechistas el desarrollo de la Revolución: los sóviets entregarían progresivamente sus funciones a las instituciones (municipios, *zemstvos*, sindicatos) y al fin vendría la Asamblea Constituyente, lo que anularía a los sóviets. La vía del *preparlamento* debía encaminar el pensamiento político de las masas hacia la Asamblea

Constituyente, culminación de la revolución democrática. Por entonces los bolcheviques tenían mayoría en los sóviets de Petrogrado y Moscú, y aumentaba por días nuestra influencia en el ejército. Ya no se trataba de pronósticos ni de perspectivas, sino de la elección del camino por el cual iba a ser necesario avanzar sin tardanza.

La conducta de los partidos conciliadores en la Conferencia Democrática fue de una bajeza despreciable. Sin embargo, nuestra propuesta de abandonar ostensiblemente la Conferencia, donde corríamos riesgo de hundirnos, se estrellaba contra una resistencia categórica de los elementos derechistas, que aún influían mucho en la dirección de nuestro partido. Las colisiones sobre esta cuestión prolongaron la lucha sobre la cuestión del boicot al *preparlamento*. El 24 de septiembre, o sea, después de la Conferencia Democrática, Lenin escribió: “Los bolcheviques deberían abandonarlo en señal de protesta, a fin de no caer en la celada de la Conferencia, que procura desviar de las cuestiones serias la atención popular”.

A pesar de su ámbito restringido, los debates dentro de la fracción bolchevique en la Conferencia Democrática sobre la cuestión del boicot al *preparlamento* tuvieron excepcional importancia. En realidad, la tendencia más amplia de los derechistas era encauzar el partido por la vía del “perfeccionamiento de la libertad democrática”. Probablemente no se hizo reseña taquigráfica de estos debates (hasta el presente, que yo sepa, no se ha podido encontrar una sola acta). Al redactar esta recopilación, he descubierto entre mis papeles algunos materiales, parcos en extremo, a tal respecto. Kámenev desarrolló el argumento que, más tarde, de una forma más violenta y más clara, se expuso en la carta de él y Zinoviev²⁸ a las organizaciones del partido (11 de octubre). Fue Noguín quien planteó la cuestión con mayor lógica. El boicot del *preparlamento*, decía, constituye, en sustancia, un llamamiento a la insurrección, es decir, a la repetición de las Jornadas de Julio. Nadie osaría entorpecer la institución misma por el único motivo de ostentar el nombre de *preparlamento*.

El concepto esencial de los derechistas era que la revolución llevaba inevitablemente de los sóviets al parlamentarismo burgués, que el *preparlamento* representaba una etapa natural de este camino, que no había razón para negarnos a participar en él desde el momento en que nos disponíamos a sentarnos en los escaños de izquierda del Parlamento. Convenía, a su entender, perfeccionar la revolución democrática. Pero, ¿cómo hacerlo? Por la escuela del parlamentarismo burgués, pues los países avanzados son la imagen del desarrollo futuro de los países retrasados. Se concebía el derrocamiento del zarismo con arreglo a un criterio revolucionario, como se había producido en verdad; pero la conquista del poder por el proletariado se concebía con arreglo a un criterio parlamentario, sobre las bases de la democracia acabada. Entre la revolución burguesa y la revolución proletaria habrían de transcurrir largos años de régimen democrático. La lucha por la participación en el *preparlamento* era una lucha por la “europeización” del movimiento obrero, por su canalización lo más rápi-

da posible en el cauce de la “lucha” democrática “por el poder”, es decir, en el cauce de la socialdemocracia. Nuestra fracción en la Conferencia Democrática tenía más de cien miembros y en nada se distinguía, sobre todo en aquella época, de un congreso del partido. Una mitad larga de esta fracción se pronunció por la participación en el *preparlamento*. Sólo este hecho, ya por sí, era como para suscitar serias inquietudes y, en efecto, a partir de tal momento, no cesó Lenin de dar la voz de alarma.

Por aquel entonces escribió: “Por nuestra parte, implicaría una falta grave, una manifestación de cretinismo parlamentario, comportarnos respecto a la Conferencia Democrática como respecto a un Parlamento. Porque, aun cuando se proclamara al Parlamento soberano de la revolución, no decidiría nada. La decisión reside fuera de ella, en los barrios obreros de Petrogrado y Moscú”. Demuestran la opinión de Lenin sobre la participación en el Parlamento sus numerosas declaraciones y, en particular, su carta del 29 de septiembre al Comité Central, donde habla de “culpas indignantes de los bolcheviques, como la vergonzosa decisión de participar en el *preparlamento*”. Para él, esa decisión suponía la manifestación de las ilusiones democráticas y de los errores de los pequeño-burgueses, contra los que no había cesado de combatir, desarrollando y perfeccionando, en el transcurso de esa lucha, toda su concepción de la revolución proletaria.

No era cierto que debiesen mediar largos años entre la revolución burguesa y la revolución proletaria; no era cierto que la escuela del parlamentarismo constituye la única o la principal escuela preparatoria para la conquista del poder; no era cierto que la vía que llevaba al poder pasara necesariamente por la democracia burguesa. Se trataba de abstracciones inconsistentes, de esquemas doctrinarios, cuyo resultado era encadenar a la vanguardia, hacer de ella, a través del mecanismo estatal “democrático”, la sombra política de la burguesía; se trataba de manifestaciones de la socialdemocracia. Era menester no dirigir la política del proletariado según los esquemas escolásticos, sino siguiendo la corriente real de la lucha de clases. No convenía ir al *preparlamento*, sino organizar la insurrección y arrancar el poder al adversario. Lo demás vendría por añadidura. Lenin incluso propuso convocar un congreso extraordinario del partido para debatir la cuestión del boicot. Desde entonces, todos sus artículos y cartas desarrollan la idea de que no se debía pasar por el *preparlamento* y ponerse a remolque de los conciliadores, sino prepararse para la insurrección y la lucha por el poder.

En vísperas de la insurrección

No hubo necesidad del congreso extraordinario. La presión de Lenin logró el necesario giro a la izquierda del Comité Central, así como de la fracción bolchevique del *preparlamento*, de donde salieron los bolcheviques el 10 de octubre.

En Petrogrado, se promovió el conflicto del Sóviet con el Gobierno por la cuestión del envío al frente de las unidades de la guarnición que simpatizaban con el bolchevismo. El 16 de octubre se creó el Comité Militar Revolucionario, órgano soviético legal de la insurrección. La derecha del partido se esforzaba por frenar el curso de los acontecimientos. La lucha de tendencias dentro del partido, y de clases dentro del país, entraba en una fase decisiva. En la carta *Acerca del momento actual*, firmada por Kámenev y Zinóviev, es donde mejor se esclarece y argumenta la posición de la derecha. Escrita el 11 de octubre, dos semanas antes de la insurrección, y enviada a las principales organizaciones del partido, esta carta se alza categóricamente contra la decisión del Comité Central concerniente a la insurrección armada.

Poniendo en guardia al partido contra la subestimación de las fuerzas del enemigo, estimando —con un criterio monstruoso— exiguas las fuerzas de la revolución y negando hasta la existencia de estado de ánimo combativo entre las masas, los firmantes del documento declararon dos semanas antes del 25 de octubre: “Estamos profundamente convencidos de que proclamar en este momento la insurrección armada no sólo es jugarse la suerte de nuestro partido, sino también la de la revolución rusa e internacional”.

Pero, ¿cuál era la alternativa a la insurrección y la toma del poder? La carta responde con bastante claridad: “Por medio del ejército y por medio de los obreros, tenemos un revólver apoyado contra la sien de la burguesía”, que bajo esta amenaza no podría impedir la convocatoria de la Asamblea Constituyente. “Nuestro partido dispone de las mayores probabilidades en las elecciones de la Asamblea Constituyente (...). Aumenta la influencia del bolchevismo (...). Con una táctica justa, podremos obtener, por lo menos, la tercera parte de los escaños de la Asamblea Constituyente”. Así pues, según esta carta, el partido debía desempeñar el papel de oposición “influyente” en la Asamblea Constituyente burguesa. Este concepto socialdemócrata se hallaba atenuado hasta cierto punto por las consideraciones siguientes: “No podrán abolirse los sóviets, que se han tornado en un elemento constitutivo de nuestra vida (...). Sólo sobre los sóviets podrá apoyarse la Asamblea Constituyente en su faena revolucionaria. La Asamblea Constituyente y los sóviets componen el tipo combinado de instituciones estatales hacia el cual nos orientamos”. Anotemos un hecho curioso que caracteriza bien la línea general de los derechistas. Año y medio más tarde, Rudolf Hilferding²⁹, quien también luchaba contra la toma del poder por el proletariado, adoptó en Alemania la teoría del poder estatal “combinado”, la alianza de la Asamblea Constituyente con los sóviets. No sospechaba entonces el oportunista austro-alemán que cometía un plagio.

La carta *Acerca del momento actual* niega que tuviéramos ya de nuestra parte a la mayoría del pueblo en Rusia, sin tener en cuenta más que la mayoría parlamentaria: “En Rusia tenemos de nuestra parte a la mayoría de los obreros y a una fracción

importante de los soldados, pero es dudoso todo lo demás. Por ejemplo, estamos persuadidos de que, si se efectúan las elecciones a la Asamblea Constituyente, la mayoría de los campesinos votará por los eseristas. ¿Se trata de un fenómeno fortuito?”.

Esta manera de plantear la cuestión comporta un error radical. No se comprende que la masa campesina puede tener intereses revolucionarios poderosos y un deseo intenso de satisfacerlos, pero no puede tener una posición política independiente. En suma, ha de votar por la burguesía al dar sus votos a los eseristas, o ha de alinearse de manera activa con el proletariado. Pues bien: de nuestra política dependía la realización de una u otra eventualidad. Si fuéramos al *preparlamento* para desempeñar el papel de oposición en la Asamblea Constituyente, casi de modo automático dejaríamos a los campesinos en trance de tener que buscar la satisfacción de sus intereses por medio de la Asamblea Constituyente, o sea por medio de la mayoría en la Asamblea, y no de la oposición. En cambio, la toma del poder por el proletariado creaba inmediatamente el marco revolucionario para la lucha de los campesinos contra los terratenientes y los funcionarios.

Para emplear nuestras expresiones corrientes, diré que en tal carta hay al mismo tiempo una “subestimación” y una “sobrestimación” de la masa campesina: subestimación de sus posibilidades revolucionarias (bajo la dirección del proletariado) y sobrestimación de su independencia política. Esta doble falta dimana, a su vez, de una subestimación de la fuerza proletaria y de su partido, o sea, de una concepción socialdemócrata del proletariado. No hay en ello nada que sorprenda. Todos los matices del oportunismo se sustentan a la postre en una apreciación equivocada de las fuerzas revolucionarias y de las posibilidades del proletariado.

Al combatir la idea de la toma del poder, los autores de la carta procuran asustar al partido con las perspectivas de la guerra revolucionaria: “No nos sostiene la masa de soldados por la consigna de la guerra, sino por la consigna de la paz (...). Si, después de tomar el poder, necesitáramos, dada la situación mundial, afrontar una guerra revolucionaria, la masa de soldados se alejaría de nosotros. Claro que con nosotros permanecerían los mejores de los soldados jóvenes, pero la masa nos abandonaría”. Esta argumentación es de lo más instructiva. En ella se hallan las razones fundamentales que militaron más tarde en favor de concertar la paz de Brest-Litovsk³⁰, aunque en aquel momento iban dirigidas contra la toma del poder. No cabe duda de que la posición adoptada en tal carta favorecía singularmente, por cuenta de sus autores y de sus partidarios, la aceptación de la paz de Brest. Nos queda por repetir aquí lo que sobre el particular hemos dicho en otra parte: que no es la capitulación de Brest por sí misma lo que caracteriza el genio político de Lenin, sino la alianza de Octubre y de Brest. Conviene no olvidarlo.

La clase obrera lucha y madura con la conciencia de que su adversario es más fuerte que ella. Así lo observa de continuo en la vida corriente. El adversario tiene

riqueza, poder estatal, todos los medios de presión ideológica y todos los instrumentos de represión. Forma parte integrante de la vida y de la actividad de un partido revolucionario, en época preparatoria, la costumbre de pensar que el enemigo nos aventaja en fuerza. Además, le recuerdan de modo brutal, a cada instante, la fuerza de su enemigo, las consecuencias de los actos imprudentes o prematuros a los cuales pueda dejarse llevar el partido. Pero llega un momento en que este hábito de considerar más poderoso al adversario se convierte en el principal obstáculo para la victoria. Hasta cierto punto, se disimula hoy la debilidad de la burguesía a la sombra de su fuerza de ayer. “¡Subestimáis las fuerzas del enemigo!”. He aquí en lo que coinciden todos los elementos hostiles a la insurrección armada. “Cuanto no quieran simplemente disertar sobre la insurrección”, escribían los derechistas dos semanas antes de la victoria, “deben sopesar con frialdad sus probabilidades. Y nosotros creemos que es un deber decir que, sobre todo en el momento presente, subestimar las fuerzas del adversario y sobrestimar las propias sería de lo más perjudicial. Las del enemigo son mayores de lo que parecen. Petrogrado decidirá el resultado de la lucha. Pero en Petrogrado han acumulado fuerzas considerables los enemigos del partido proletario: cinco mil *junkers* muy bien armados y organizados a la perfección, que saben batirse y lo desean con ardor; amén de ellos, el Estado Mayor, los destacamentos de choque, los cosacos, una fracción importante de la guarnición y, por último, gran parte de la artillería, dispuesta en abanico alrededor de la capital. Además, con la ayuda del Comité Ejecutivo Central* casi de seguro intentarán nuestros adversarios traer tropas del frente” (*Acerca del momento actual*).

En la guerra civil, por supuesto, cuando no se trata sencillamente de contar los batallones, sino de evaluar su grado de conciencia, nunca es posible llegar a una exactitud perfecta. El propio Lenin estimaba que el enemigo tendría fuerzas importantes en Petrogrado, y proponía empezar la insurrección en Moscú, donde, según él, debería realizarse sin derramamiento de sangre. Fallos de este tipo en las previsiones, aun en las condiciones más propicias, son inevitables, y siempre resulta más racional afrontar la hipótesis menos grata. Pero lo que por el momento nos interesa es el hecho de la formidable sobrestimación de las fuerzas del enemigo, la deformación completa de todas las proporciones, cuando el enemigo no disponía, en realidad, de ninguna fuerza armada.

Conforme ha demostrado la experiencia en Alemania, esta cuestión tiene una importancia inmensa. Para los dirigentes del partido comunista alemán la consigna de la insurrección era principalmente, sino exclusivamente, un medio de agitación; no pensaban en las fuerzas armadas del enemigo (ejército, destacamentos fascistas, policía). Se les antojaba que el flujo revolucionario, que crecía sin cesar, resolvería

* Se refiere al CEC de los sóviets, dominado por los conciliadores. (N. de la E.).

por sí solo la cuestión militar. Pero cuando se encontraron cara a cara frente al problema, los mismos compañeros que en cierto modo habían considerado inexistente la fuerza armada del enemigo, cayeron de golpe en el otro extremo: comenzaron a aceptar de buena fe cuantas cifras se les suministraban acerca de las fuerzas armadas de la burguesía, las sumaron con cuidado a las fuerzas del ejército y de la policía, redondearon el total hasta llegar a más de medio millón, y así se encontraron con que ante ellos tenían un ejército compacto, armado hasta los dientes, suficiente para paralizar sus esfuerzos.

Resulta incontestable que las fuerzas de la contrarrevolución alemana eran más considerables, y en cualquier caso estaban mejor organizadas y mejor preparadas que las de nuestros kornilovianos y semikornilovianos, pero también las fuerzas activas de la revolución alemana eran diferentes de las nuestras. El proletariado en Alemania representa la mayoría aplastante de la población. Entre nosotros, al menos en la etapa inicial, decidían la cuestión Petrogrado y Moscú. En Alemania, la insurrección habría tenido al menos diez poderosos hogares proletarios. Si hubieran pensado en esto los dirigentes del partido comunista alemán, las fuerzas armadas del enemigo les habrían parecido mucho menos importantes que en sus evaluaciones estadísticas, infladas hasta la hipérbole. De todos modos, conviene rechazar categóricamente las evaluaciones tendenciosas que se han hecho y continúan haciéndose después del fracaso de octubre en Alemania, con objeto de justificar la política que condujo a él.

A tal respecto, tiene una importancia excepcional nuestro ejemplo ruso. Dos semanas antes de nuestra victoria sin efusión de sangre en Petrogrado —victoria que de igual forma podíamos haber conseguido dos semanas antes—, expertos políticos del partido veían erguirse frente a nosotros una multitud de enemigos: los *junkers* que sabían y deseaban batirse, los batallones de choque, los cosacos, una parte considerable de la guarnición, la artillería dispuesta en abanico alrededor de la capital, las tropas traídas del frente. En realidad no había nada, nada en absoluto. Supongamos ahora por un instante que los adversarios de la insurrección hubieran tenido la supremacía en el partido y el Comité Central. Si Lenin no hubiera apelado al partido contra el Comité Central, lo cual se disponía a hacer y de seguro hubiese hecho con éxito, entonces la Revolución habría estado condenada a la ruina. Pero no todos los partidos tendrán a su disposición un Lenin cuando se encuentren frente a una situación análoga. No es difícil figurarse cómo se habría escrito la historia si hubiera triunfado en el Comité Central la tendencia a eludir la batalla. A no dudar, los historiadores oficiales hubiesen representado la situación de modo que mostrara hasta qué punto habría sido una locura la insurrección de octubre de 1917, sirviendo al lector estadísticas fantásticas sobre el número de *junkers*, cosacos, destacamentos de choque, artillería “dispuesta en abanico” y cuerpos de Ejército procedentes del frente. Sin haberlas comprobado realmente durante la insurrección, esas fuerzas parecerían

mucho más amenazadoras de lo que en realidad eran. ¡He aquí la lección que conviene incrustar a fondo en la conciencia de cada revolucionario!

La presión insistente, continua, incansable, de Lenin sobre el Comité Central, a lo largo de septiembre y octubre, obedeció al temor de que dejáramos pasar el momento. “¡Bah! Así aumentará nuestra influencia”, contestaban los derechistas. ¿Quién tenía razón? ¿Y qué significa dejar pasar el momento? Ahora abordamos la cuestión en que la apreciación bolchevique, activa, estratégica, de las vías y los métodos de la revolución está en más clara pugna con la apreciación socialdemócrata, menchevique, impregnada de fatalismo. ¿Qué significa dejar pasar el momento? Evidentemente, el momento cuando más nos favorece la correlación de fuerzas es también el más favorable para la insurrección. Huelga matizar que se trata de la correlación de fuerzas en el terreno de la conciencia, es decir, de la superestructura política, y no de la base que se puede considerar más o menos constante para toda la época de la revolución. Sobre una sola y misma base económica, con la misma diferenciación de clases de la sociedad, la correlación de fuerzas varía según el estado de ánimo de las masas proletarias, el derrumbe de sus ilusiones, la acumulación de experiencia política, la pérdida de confianza de las clases y grupos intermedios en el poder estatal o el debilitamiento de la confianza que en sí mismo tenga el citado poder. En tiempos de revolución estos procesos se producen con rapidez. Todo el arte de la táctica consiste en aprovechar el momento en que la combinación de condiciones sea más propicia. El intento de golpe de Estado de Kornílov había preparado, en definitiva, tales condiciones. Las masas habían visto con sus propios ojos el peligro de la contrarrevolución y —habiendo perdido la confianza en los partidos mayoritarios en el Sóviet— consideraron que le tocaba el turno a los bolcheviques de buscar una salida a la situación. La disgregación del poder estatal y la afluencia espontánea de confianza impaciente y exigente de las masas a los bolcheviques no durarían mucho. La crisis debía resolverse de una manera u otra.

“¡Ahora o nunca!”, repetía Lenin, a lo que los derechistas replicaban: “Es un profundo error histórico plantear la cuestión del paso del poder a las manos del partido proletario con el dilema de ‘ahora o nunca’. Porque el partido del proletariado aumentará, y su programa se volverá cada vez más claro para masas cada vez más numerosas (...). Tomando la iniciativa de la insurrección en las circunstancias actuales, podría interrumpirse la serie de sus éxitos (...). Os ponemos en guardia contra esta política funesta” (*Acerca del momento actual*).

Este optimismo fatalista exige un estudio atento. No tiene nada de nacional, menos aún de personal. Sin ir más lejos, el año pasado observamos en Alemania la misma tendencia. En el fondo, son la irresolución e incluso la incapacidad de acción las que se disimulan tras este fatalismo expectante; pero se enmascaran con un pronóstico consolador, arguyendo que nos volvemos más influyentes cada vez, que

nuestra fuerza aumenta con el tiempo. Craso error. La fuerza de un partido revolucionario sólo se acrecienta hasta un momento dado, después del cual puede declinar. Ante la pasividad del partido, las esperanzas de las masas dan paso a la desilusión, de la que saca ventaja el enemigo, que entretanto se repone de su pánico. A un tal cambio hemos asistido en Alemania en octubre de 1923. Tampoco en Rusia estuvimos muy lejos de él en el otoño de 1917. Para que se materializase, quizá habrían bastado algunas semanas. Tenía razón Lenin: “¡Ahora o nunca!”.

“Pero”, decían los adversarios de la insurrección, formulando así su último y principal argumento, “la cuestión decisiva está en saber si el estado de ánimo de los obreros y soldados de la capital llega de veras al extremo de que éstos ya no vean más salvación que la batalla callejera, de que la quieran a todo trance. Y no existe tal estado de ánimo (...). La existencia de un estado de ánimo combativo que incitara a echarse a la calle a las masas de la población pobre de la capital sería una garantía de que, si estas masas tomaran la iniciativa de la intervención, arrastrasen consigo organismos más considerables y más importantes (sindicato de ferroviarios, de Correos y Telégrafos, etc.), en los cuales la influencia de nuestro partido es débil. Pero, como ni siquiera existe tal estado de ánimo en las fábricas y los cuarteles, constituiría un engaño utilizarlo de base para edificar planes” (*Acerca del momento actual*).

Estas líneas, escritas el 11 de octubre, adquieren una importancia de excepcional actualidad si se recuerda que, para explicar la retirada sin combate del año pasado, también los compañeros alemanes que dirigían el partido alegaron que las masas no querían batirse. Pero hay que comprender que, en general, la victoria de la insurrección está más asegurada cuando las masas ya son lo bastante expertas como para no lanzarse a tontas y locas a la batalla, y aguardan, exigen, una dirección combativa, resuelta e inteligente. En octubre de 1917, instruidas por la intervención de abril, las *Jornadas de Julio* y la sublevación de Kornílov, las masas obreras, o al menos su vanguardia, comprendían perfectamente que ya no se trataba de protestas espontáneas parciales ni de reconocimientos, sino de la insurrección decisiva para la toma del poder. Por ende, su estado de ánimo se había vuelto más reconcentrado, más crítico, más razonado.

El tránsito de la espontaneidad confiada y llena de ilusiones a una conciencia más crítica engendra inevitablemente una crisis revolucionaria. Esta crisis progresiva en el estado de ánimo de las masas no puede superarse a no ser con una política apropiada del partido, lo cual equivale a decir con su deseo y su capacidad verdadera de dirigir la insurrección del proletariado. Por el contrario, un partido que durante largo tiempo ha conducido una agitación revolucionaria, arrancando poco a poco al proletariado de la influencia de los conciliadores, si comienza a titubear, a buscar subterfugios, a tergiversar y a dar rodeos después de que la confianza de las masas le ha constreñido al camino de los hechos, provoca en éstas la decepción y la desorgani-

zación, pierde la revolución. En cambio, se asegura la posibilidad de alegar, luego del fracaso, la falta de actividad de las masas. Hacia ese camino empujaba a nuestra organización la carta *Acerca del momento actual*. Por fortuna, el partido, bajo la dirección de Lenin, liquidó con una actitud resuelta tal estado de ánimo en los círculos dirigentes, y sólo merced a ello fue capaz de llevar la revolución al triunfo.

Las semanas decisivas de la insurrección

Ahora que hemos caracterizado la esencia de las cuestiones políticas ligadas a la preparación de la Revolución de Octubre y que hemos intentado esclarecer el sentido profundo de las divergencias en nuestro partido, nos resta examinar brevemente los momentos más importantes de la lucha que dentro del mismo se produjo en el transcurso de las últimas semanas, de las semanas decisivas.

El Comité Central aprobó, el 10 de octubre, la decisión de proceder a la insurrección armada. El 11 se envió a las principales organizaciones del partido la carta *Acerca del momento actual*. Una semana antes de la revolución, Kámenev publicó otra carta en *Novaya Zhizn*. “No sólo Zinóviev y yo, sino una porción de compañeros, estimamos que sería un acto inadmisible, funesto para el proletariado y la revolución, tomar la iniciativa de la insurrección armada en el momento presente, con la correlación actual de fuerzas, independientemente del Congreso de los Sóviets y días antes de su convocatoria” (*Novaya Zhizn*, 18/10/17). El 25 de octubre el poder estaba conquistado y el gobierno soviético constituido en San Petersburgo.

El 4 de noviembre, varios militantes eminentes presentaron su dimisión del Comité Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo [gobierno soviético; *N. de la E.*], exigiendo la creación de un gobierno de coalición entre todos los partidos del Sóviet y contra “el mantenimiento de un gobierno puramente bolchevique a través del terror político”. Y añadían en otro documento de la misma fecha: “No podemos asumir la responsabilidad de la funesta política practicada por el Comité Central contra la voluntad de una parte inmensa del proletariado y de los soldados, que desean cese lo más pronto posible la efusión de sangre entre las diferentes fracciones de la democracia. Por eso presentamos nuestra dimisión como miembros del Comité Central, para tener derecho a exponer sinceramente nuestra opinión a la masa de obreros y soldados, y a exhortarlos a suscribir nuestra divisa: ‘¡Viva el gobierno de todos los partidos del Sóviet! ¡Acuerdo inmediato sobre esta base!’” (*Insurrección de Octubre, Archivos de la Revolución*, 1917).

Así pues, quienes habían combatido la insurrección armada y la conquista del poder como una aventura, intervinieron, después de la victoria de la insurrección, para que se le restituyese el poder a aquellos partidos a los que se lo arrebató el proletariado. ¿Por qué razón debiera el Partido Bolchevique victorioso devolver el poder

—ya que de una restitución del poder se trataba— a los mencheviques y a los eseristas? La oposición respondía: “Consideramos necesaria la creación de tal gobierno para prevenir toda ulterior efusión de sangre, el hambre amenazadora, el aplastamiento de la Revolución por los partidarios de Kaledin; para garantizar la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada y la realización efectiva del programa de paz adoptado por el Congreso Panruso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados”. En otras palabras, se trataba de salir por la puerta soviética hacia el camino del parlamentarismo burgués. Después de haberse negado la Revolución a pasar por el *preparlamento* y de haberse afianzado merced a Octubre, se imponía la tarea de salvarla de la dictadura, según la oposición, canalizándola en el régimen burgués con el concurso de los mencheviques y los eseristas. Se trataba, ni más ni menos, que de la liquidación de Octubre. Evidentemente, ni hablar de un acuerdo en tales condiciones.

Al día siguiente, 5 de noviembre, aún apareció otra carta donde se reflejaba la misma tendencia: “No puedo, en nombre de la disciplina de partido, callar cuando, en contra del buen sentido y a despecho de la situación, unos marxistas no quieren tener en cuenta las condiciones efectivas que nos dictan imperiosamente el acuerdo con todos los partidos socialistas (...). No puedo, en nombre de la disciplina de partido, entregarme al culto a la personalidad, hacer depender de la participación anterior de tal o cual persona en el ministerio un acuerdo político con todos los partidos socialistas, acuerdo que consolidaría nuestras reivindicaciones fundamentales, y prolongar así, aunque no sea más que por un instante, la efusión de sangre” (*Rabochaya Gazeta*, 5/11/17). El autor de esta carta, Lozovsky, concluye proclamando la necesidad de luchar por un congreso del partido a fin de decidir “si el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique) seguirá siendo el partido marxista de la clase obrera, o si se adentrará en definitiva por una vía sin nada en común con el marxismo revolucionario”.

En efecto, la situación parecía desesperada. No sólo la burguesía y los propietarios rurales, no sólo la “democracia revolucionaria*”, en cuyas manos se hallaban todavía numerosos organismos (Sóviet Panruso de Ferroviarios, sóviets de soldados, de funcionarios, etc.), sino también los militantes más influyentes de nuestro propio partido, miembros del Comité Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo, condenaban públicamente la tentativa del partido de permanecer en el poder para realizar su programa. En un examen superficial la situación podía parecer desesperada. Aceptar las reivindicaciones de la oposición significaba liquidar Octubre. Pero entonces no valía la pena haber llevado a cabo la Revolución. Sólo había un camino: seguir adelante, contando con la voluntad revolucionaria de las masas.

* Los partidos conciliadores. (N. de la E.).

El 7 de octubre *Pravda* publicó una declaración categórica del Comité Central, escrita por Lenin, que destilaba entusiasmo revolucionario y explicaba fórmulas claras, sencillas, indiscutibles, con destino a la base del partido. Este llamamiento disipó definitivamente todas las dudas sobre la política ulterior del partido y de su Comité Central: “¡Vergüenza para todos los hombres de poca fe, para cuantos dudan, para cuantos se han dejado asustar por la burguesía o por los clamores de sus auxiliares directos o indirectos! No hay ni sombra de vacilación en las masas de obreros y soldados petersburgueses, moscovitas, etc. Como un solo hombre, nuestro partido monta guardia alrededor del poder soviético, vela por los intereses de todos los trabajadores, y, en primer lugar, de los obreros y campesinos pobres” (*Pravda*, 20/11/17).

La crisis más aguda del partido estaba dominada. Sin embargo, las luchas intestinas aún no cejaban y continuaba desarrollándose en la misma línea, pero cada vez con menor importancia política.

Encontramos un testimonio de extremado interés en una memoria presentada por Uritsky a la sesión de nuestro Comité en Petrogrado el 12 de diciembre, respecto a la convocatoria de la Asamblea Constituyente: “No son nuevas las divergencias dentro de nuestro partido. Siguen la misma corriente iniciada con anterioridad en la cuestión de la insurrección. Ahora, ciertos compañeros consideran la Asamblea Constituyente como la culminación de la Revolución. Razonan como pequeño-burgueses, piden que no cometamos faltas de tacto, etc., y no quieren que los bolcheviques de la Asamblea decidan sobre su convocatoria, su relación de fuerzas, etc. Estiman las cosas desde un punto de vista meramente formal; no comprenden que los datos de nuestra inspección nos permiten ver lo que ocurre alrededor de la Constituyente y, en consecuencia, determinar nuestra actitud respecto a ella (...). Luchamos ahora por los intereses del proletariado y de los campesinos pobres; pero algunos compañeros consideran que hacemos una revolución burguesa, que debe ser coronada por la Asamblea Constituyente”. La disolución de ésta marcó el fin de una etapa importante en la historia de Rusia y de nuestro partido. Después de obviar las resistencias internas, el proletariado no sólo se había apoderado del poder, sino que lo conservaba.

La insurrección de Octubre y la ‘legalidad’ soviética

En septiembre, por los días de la Conferencia Democrática, Lenin exigía la insurrección inmediata: “Para tratar la insurrección como marxistas, es decir, como un arte, debemos al propio tiempo, sin perder un minuto, organizar un *Estado Mayor* de los destacamentos insurreccionales, repartir nuestras fuerzas, lanzar los regimientos fieles a los puntos más importantes, cercar el Teatro Alejandra, ocupar la fortaleza de

Pedro y Pablo, detener al Estado Mayor y al Gobierno, enviar contra los cadetes militares y la División Salvaje destacamentos decididos a sacrificarse hasta el último hombre antes que dejar penetrar al enemigo en los sitios céntricos de la ciudad; debemos movilizar a los obreros armados, convocarlos a la batalla suprema, ocupar simultáneamente el telégrafo y el teléfono, instalar nuestro *Estado Mayor Insurrecto* en la estación telefónica central, comunicarlo telefónicamente con todas las fábricas, con todos los regimientos, con todos los puntos donde se desarrolla la lucha armada, etc. Claro que todo ello no es más que aproximativo; pero insisto en probar cómo no se podría en el momento actual permanecer fiel al marxismo y a la revolución sin tratar la insurrección como un arte”.

Esta manera de juzgar las cosas presuponía la preparación y la ejecución del movimiento insurreccional por medio del partido y bajo su dirección, debiendo luego sancionar la victoria el Congreso de los Sóviets. El Comité Central no aceptó tal propuesta. Se ligó la insurrección al II Congreso de los Sóviets. Esta divergencia exige una explicación especial. Naturalmente no es una cuestión de principios, sino una mera cuestión técnica, aunque de gran importancia práctica.

Ya hemos dicho cuánto temía Lenin dejar pasar la oportunidad de la insurrección. Ante los titubeos que se manifestaban por parte de las eminencias del partido, ligar formalmente la insurrección a la convocatoria del II Congreso de Sóviets le parecía un retraso inadmisibles, una concesión a la vacilación y a los vacilantes, una pérdida de tiempo, un verdadero crimen. Desde finales de septiembre reitera muchas veces este pensamiento.

El 29 de septiembre escribe: “Existe en el Comité Central y entre los dirigentes del partido una tendencia, una corriente, a favor de esperar al Congreso de los Sóviets y contra la toma inmediata del poder, contra la insurrección inmediata. Es menester combatir esta tendencia, esta corriente”. A comienzos de octubre, aún escribe: “Esperar es un crimen; aguardar al Congreso de los Sóviets es un formalismo infantil y absurdo, una traición a la revolución”. En sus tesis para la Conferencia de Petrogrado del 8 de octubre aduce: “Hay que luchar contra las ilusiones constitucionales y las esperanzas en el Congreso de los Sóviets; hay que renunciar a la intención de aguardar, cueste lo que cueste, a ese Congreso”. El 24 de octubre, en fin, escribe: “Cualquier retraso en la insurrección equivale ahora a la muerte (...). La Historia no perdonará un retraso a los revolucionarios que pueden vencer hoy (y vencerán, seguro), pero que corren el riesgo de perderlo todo si aguardan a mañana”.

Todas estas cartas, donde cada frase estaba forjada sobre el yunque revolucionario, presentan un interés excepcional para caracterizar a Lenin y apreciar el momento. Las inspira el sentimiento de la indignación contra la actitud fatalista, expectante, socialdemócrata, menchevique, respecto a la Revolución, considerada una especie de película sin fin. Si en general el tiempo es un factor importante en

política, su importancia se centuplica en época de guerra o de revolución. No hay certeza de que mañana sea posible lo que hoy sí lo es. Hoy es posible sublevarse, derribar al enemigo, tomar el poder, y mañana quizá sea imposible. Pero tomar el poder supone modificar el curso de la Historia. ¿Es concebible que tamaño acontecimiento pueda depender de un intervalo de veinticuatro horas? Claro que sí. Cuando se trata de la insurrección armada, no se miden los acontecimientos por el kilómetro de la política, sino por el metro de la guerra. Dejar pasar algunas semanas, algunos días, a veces un solo día sin más, equivale, en ciertas condiciones, a la rendición de la revolución, a la capitulación. Sin las presiones, las críticas y las desconfianzas revolucionarias de Lenin, verosímelmente, no habría enderezado el partido su línea en el momento decisivo, porque la resistencia en altas esferas del mismo era muy fuerte, y en la guerra civil, como en la guerra en general, desempeña siempre un primer papel el Estado Mayor.

Pero, al mismo tiempo, es evidente que, para organizar la insurrección, la preparación del II Congreso de los Sóviets y la consigna de la defensa de dicho congreso nos conferían ventajas inestimables. Desde que los del Sóviet de Petrogrado anulamos la orden de Kerensky para enviar dos tercios de la guarnición al frente, nos hallábamos de hecho en estado de insurrección armada. Lenin, que a la sazón se encontraba fuera de Petrogrado, no apreció esta realidad en toda su trascendencia. Por lo que recuerdo, no habló de ella en sus cartas de entonces. Pero el resultado final de la insurrección del 25 de octubre ya estaba predeterminado, al menos en sus tres cuartas partes, desde el instante en que nos opusimos al alejamiento de la guarnición de Petrogrado, creamos el Comité Militar Revolucionario (7 de octubre) y nombramos comisarios nuestros en todas las unidades e instituciones militares, con lo que aislamos por completo al Estado Mayor de la circunscripción militar de la capital y del Gobierno. En resumen, teníamos una insurrección armada —aunque sin derramamiento de sangre— de los regimientos de Petrogrado contra el Gobierno Provisional, bajo la dirección del Comité Militar Revolucionario y con la consigna de la preparación de la defensa del II Congreso de los Sóviets, que debía resolver la cuestión del poder.

Si Lenin aconsejó que la insurrección comenzara en Moscú, donde, según él, triunfaría sin efusión de sangre, fue porque, desde su refugio, no tenía posibilidades de darse cuenta del cambio radical que se había operado, no sólo en el estado de ánimo, sino también en las relaciones orgánicas, en toda la jerarquía militar, después de la sublevación “pacífica” de la guarnición de la capital a mediados de octubre. Desde que, por orden del Comité Militar Revolucionario, los batallones se negaron a abandonar la ciudad, teníamos en la capital una insurrección victoriosa, apenas velada por los últimos jirones del Estado democrático burgués. La insurrección del 25 de octubre revistió un simple carácter complementario. Por eso fue tan indolora.

En Moscú, al contrario, la lucha fue mucho más larga y sangrienta, aunque ya estuviese instaurado en Petrogrado el poder del Consejo de Comisarios del Pueblo. Se impone la evidencia de que, si la insurrección hubiera comenzado en Moscú antes de Petrogrado, habría sido más larga aún, y su éxito, muy dudoso. Porque su fracaso en Moscú tendría en Petrogrado una grave repercusión. Por supuesto, incluso con el plan de Lenin, la victoria no era imposible, pero resultó mucho más económico, mucho más ventajoso, el curso que siguieron los acontecimientos, y deparó una victoria más completa.

Aprovechamos la coyuntura haciendo coincidir de modo más o menos exacto la toma del poder con el momento del II Congreso de Sóviets, únicamente porque ya era un hecho consumado en sus tres cuartas partes, sino en sus nueve décimas, la insurrección armada *silenciosa*, casi *legal*, en Petrogrado al menos. Era *legal* esta insurrección en el sentido de que surgió de las condiciones *normales* del doble poder. Ya había ocurrido muchas veces que el Sóviet de Petrogrado, hasta cuando estaba en manos de los conciliadores, inspeccionara o modificara las decisiones del Gobierno. Era una manera de corresponder por entero a la constitución del régimen que la historia conocía con el nombre de kerenskismo.

Cuando los bolcheviques obtuvimos la mayoría en el Sóviet de Petrogrado, no hicimos más que continuar y acentuar los métodos del doble poder. Nos encargamos de inspeccionar y revisar la orden del envío de la guarnición al frente. Así cubrimos con las tradiciones y los procedimientos de la dualidad de poderes la insurrección efectiva de la guarnición de Petrogrado. Más aún: uniendo en nuestra agitación la cuestión del poder y la convocatoria del II Congreso de los Sóviets, desarrollamos y profundizamos las tradiciones de ese doble poder y preparamos el terreno de la legalidad soviética para la insurrección bolchevique en toda Rusia.

No arrullábamos a las masas con ilusiones constitucionalistas soviéticas, porque, tras la consigna de la lucha por el II Congreso, ganábamos para nuestra causa y agrupábamos las fuerzas del ejército revolucionario. A la vez conseguimos, en mucha mayor escala de lo que esperábamos, atraer a nuestros enemigos, los conciliadores, a la celada de la legalidad soviética. Políticamente, siempre es peligroso valerse de astucias, sobre todo en época de revolución, pues resulta difícil engañar al enemigo y se corre el riesgo de inducir a error a las masas que os sigan. Si prosperó por completo nuestra *astucia*, fue porque no era una invención artificial de un estratega ingenioso y deseoso de evitar la guerra civil, sino porque se desprendía por sí sola de la descomposición del régimen conciliador y de sus contradicciones flagrantes. El Gobierno Provisional quería desembarazarse de la guarnición. Los soldados no querían ir al frente. A este sentimiento natural le dimos una expresión política, un móvil revolucionario, una apariencia *legal*. Con ello nos aseguramos la unanimidad en el seno de la guarnición y ligamos estrechamente ésta última a los obreros de

Petrogrado. En cambio, dadas su situación desesperada y su pusilanimidad, nuestros enemigos se inclinaban a tomar como artículo de fe tal legalidad. Querían ser engañados, y les suministramos la ocasión con largueza.

Entre nosotros y los conciliadores se daba una lucha por la legalidad soviética. Para las masas, los sóviets eran la fuente del poder. De ellos habían salido Kerensky, Tsereteli, Skobelev. Pero también nosotros estábamos estrechamente ligados a los mismos por nuestra consigna fundamental: “Todo el poder a los sóviets”. La burguesía se identificaba con la Duma del Imperio; los conciliadores, con los sóviets, pero pretendían reducir el papel de éstos a la nada. De ellos procedíamos también nosotros, aunque para transmitirles el poder. Los conciliadores no querían romper con tales lazos, de modo que se apresuraron a tender un puente entre la legalidad soviética y el parlamentarismo. A este efecto convocaron la Conferencia Democrática y crearon el *preparlamento*. La participación de los sóviets en el *preparlamento* sancionaba hasta cierto punto su acción. Los conciliadores trataban de embaucar la revolución con el señuelo de la legalidad soviética, para encauzarla hacia el parlamentarismo burgués.

Pero también nosotros teníamos interés en utilizar la legalidad en cuestión. Al final de la Conferencia Democrática arrancamos a los conciliadores su consentimiento para la convocatoria del II Congreso de los Sóviets. Este Congreso les puso en un apuro extremo porque no podían oponerse a su convocatoria sin romper con la tan invocada legalidad. Por otra parte, se daban cuenta perfectamente de que, en virtud de su composición, nada bueno les prometía. Así pues, apelábamos con mayor insistencia a él como dueño de los destinos del país, y en toda nuestra propaganda invitábamos a apoyarlo y protegerlo contra los ataques inevitables de la contrarrevolución. Si los conciliadores nos atraparon en el terreno de la legalidad soviética con el *preparlamento* procedente de los sóviets, nosotros, a su vez, los atrapamos en el mismo terreno por medio del II Congreso de los Sóviets. Organizar una insurrección armada con la consigna de la conquista del poder por el partido era una cosa, pero prepararla, y luego realizarla, invocando la necesidad de defender los derechos del Congreso de los Sóviets era otra.

De suerte que, al querer que coincidiera la toma del poder con el II Congreso de los Sóviets, ni por asomo abrigábamos la cándida esperanza de que ese Congreso pudiese resolver por sí mismo aquella cuestión. Éramos ajenos en absoluto al fetichismo de la forma soviética. Para apoderarnos del poder, acometíamos activamente los preparativos en el terreno político, organizativo y militar. Pero encubríamos legalmente nuestra faena al remitirnos al próximo Congreso, que debía decidir la cuestión.

Mientras emprendíamos la ofensiva en toda línea, simulábamos defendernos. Por el contrario, si el Gobierno Provisional hubiera querido defenderse en serio habría tenido que prohibir la convocatoria del II Congreso, suministrándonos entonces un

pretexto para la insurrección armada, pretexto que para él era más ventajoso. No sólo colocábamos al Gobierno Provisional en una situación política desventajosa, sino que adormecíamos su desconfianza.

Los ministros creían seriamente que por nuestra parte se trataba del parlamentarismo soviético, de un nuevo congreso donde se adoptaría una nueva resolución acerca del poder, similar a las resoluciones de los sóviets de Petrogrado y Moscú, después de lo cual, remitiéndose al *preparlamento* y a la próxima Asamblea Constituyente, nos dejarían en ridículo. Tal era el pensamiento de los pequeño-burgueses más razonables, y de ello tenemos una prueba incontestable en el testimonio de Kerensky.

Cuenta éste en sus memorias la virulenta discusión que, en la noche del 24 al 25 de octubre, tuvo con Dan y otros respecto a la insurrección que estaba ya en marcha: “Primero me dijo Dan que ellos estaban mucho mejor informados que yo, que exageraba los acontecimientos bajo la influencia de las comunicaciones de mi ‘Estado Mayor reaccionario’. Luego me aseguró que la resolución de la mayoría del Sóviet, resolución desagradable ‘para el amor propio del Gobierno’, contribuiría indiscutiblemente a un cambio favorable del estado de ánimo de las masas; que ya se dejaba sentir su efecto, y que ahora ‘disminuirá con rapidez’ la influencia de la propaganda bolchevique.

“Por otra parte, según él, los bolcheviques, en sus negociaciones con los líderes de la mayoría soviética, se habían declarado dispuestos a ‘someterse a la voluntad de la mayoría de los sóviets’ y a tomar ‘desde mañana’ todas las medidas para sofocar la insurrección, que ‘ha estallado contra su deseo, sin su sanción’. Concluyó Dan insistiendo en que ‘desde mañana’ (¡siempre mañana!) los bolcheviques disolverían su Estado Mayor militar, y me declaró que todas las precauciones adoptadas por mí sólo servían para ‘exasperar’ a las masas, porque, con mi ‘intromisión’, no hacía más que impedir a los representantes de la mayoría de los sóviets triunfar en sus negociaciones con los bolcheviques sobre la liquidación de la insurrección.

“Pues bien; en el momento de hacerme Dan esta notable comunicación, los destacamentos armados de la ‘guardia roja’ ocupaban sucesivamente los edificios gubernamentales. Y casi a raíz de salir del Palacio de Invierno Dan y sus compañeros, fue detenido en la Millionnaya el ministro de Cultos, Kartachev, que regresaba de la sesión del Gobierno Provisional, y conducido al Instituto Smolny, adonde había vuelto Dan para proseguir sus entrevistas con los bolcheviques. Hay que reconocer que éstos obraron entonces con una gran energía y una habilidad consumada. Mientras la insurrección estaba en su apogeo y por toda la ciudad operaban las ‘tropas rojas’, algunos líderes bolcheviques, especialmente afectos a esta tarea, se esforzaban, no sin éxito, en engañar a los representantes de la ‘democracia revolucionaria’. Toda la noche se la pasaron estos redomados discutiendo sin tregua las diferentes fórmulas

que, al decir de ellos, debían servir de base para una reconciliación y para liquidar la insurrección. Con este método de las ‘negociaciones’ ganaron los bolcheviques un tiempo precioso en extremo para su causa. Y no se movilizaron a tiempo las fuerzas combativas de los eseristas y de los mencheviques. Que es lo que se trataba de demostrar” (A. Kerensky, *Desde lejos*).

Esto es lo que se trataba de demostrar, en efecto. Conforme se ve, los conciliadores se dejaron coger por completo en la celada de la legalidad soviética. En cambio, es falsa la suposición de Kerensky según la cual unos bolcheviques especialmente encargados de esta misión inducían a error a mencheviques y eseristas respecto a la liquidación próxima de la insurrección. En realidad, tomaron parte en las negociaciones aquellos bolcheviques que de veras querían liquidar la insurrección y constituir un Gobierno socialista por acuerdo entre los partidos. Pero, objetivamente, esos parlamentarios prestaron a la insurrección un buen servicio alimentando con sus ilusiones las del enemigo. No obstante, pudieron prestar este servicio a la revolución sólo porque el partido, a despecho de sus consejos y advertencias, efectuaba y remataba la insurrección con una energía infatigable.

Para el éxito de esta amplia maniobra envolvente se requería un concurso excepcional de circunstancias grandes y pequeñas. Ante todo, hacía falta un ejército que no quisiera ya batirse. Muy otro hubiera sido el desarrollo total de la revolución, particularmente en el primer período, si no hubiéramos tenido, al llegar el momento oportuno, un ejército campesino de varios millones de hombres vencido y descontento. Sólo en estas condiciones era posible realizar de modo satisfactorio con la guarnición de Petrogrado la experiencia que predeterminó la victoria de Octubre. No convendría erigir en ley tal combinación especial de una insurrección tranquila, casi inadvertida, en la defensa de la legalidad soviética contra los kornilovianos. Por el contrario, puede afirmarse con certeza que nunca se repetirá semejante experiencia en ninguna parte bajo la misma forma. Pero procede estudiarla con cuidado porque su estudio ensanchará el horizonte de cada revolucionario, desvelándole la diversidad de métodos y medios susceptibles de ponerse en práctica, a condición de asignarse un móvil claro, de tener una idea precisa de la situación y el propósito de llevar la lucha hasta el final.

En Moscú la insurrección se prolongó mucho más y causó más víctimas. Lo explica hasta cierto punto el hecho de que la guarnición de la ciudad no hubiera sufrido una preparación revolucionaria, como la guarnición de Petrogrado, con el envío de batallones al frente.

En Petrogrado, repetimos, se efectuó la insurrección armada dos veces: la primera quincena de octubre, cuando los regimientos se negaron a cumplir la orden del comandante en jefe, sometiéndose a la decisión del Sóviet, que respondía por completo a su estado de ánimo; y el 25 de octubre, cuando ya no se requería más que una pequeña insurrección complementaria para abatir al Gobierno de Febrero.

En Moscú se hizo de una sola vez. He aquí, verosíblemente, la razón principal de que se dilatara. Pero había otra: cierta irresolución por parte de la dirección. En varias ocasiones se pasó de las operaciones militares a las negociaciones, para volver luego a la lucha armada. Si por lo general en política resultan perjudiciales los titubeos de la dirección, titubeos que las tropas sienten muy a fondo, durante una insurrección se tornan un peligro mortal. La clase dominante ha perdido ya confianza en sus propias fuerzas, pero aún tiene el aparato gubernamental en sus manos. La clase revolucionaria ha de apoderarse del aparato estatal, pero para eso ha de confiar en sus propias fuerzas. Desde el momento en que el partido empuja a los trabajadores por la vía de la insurrección, debe extraer todas las consecuencias necesarias de su acto. *A la guerre comme à la guerre* (“La guerra es la guerra”). Bajo condiciones de guerra, las vacilaciones y las demoras pueden tolerarse menos que nunca. Todos los plazos son cortos. Al perder tiempo, aunque no sea más que unas horas, se devuelve a las clases dirigentes algo de confianza en sí mismas y se quita a los insurrectos una porción de su seguridad. Esta confianza, esta seguridad, determina la correlación de fuerzas que decide el resultado de la insurrección. Bajo tal aspecto conviene estudiar paso a paso la marcha de las operaciones militares en Moscú, según se combinaban con la dirección política.

De la máxima importancia sería también señalar algunos puntos en que la guerra civil se desarrolló en condiciones especiales: por ejemplo, cuando se complicaba con la cuestión nacional. La naturaleza de un estudio así, basado en un examen minucioso de los hechos, enriquecería de manera considerable nuestro concepto del mecanismo de la guerra civil y, por ende, facilitaría la elaboración de ciertos métodos, reglas y procedimientos con un carácter lo suficientemente general como para que pudiera ser incluidos en una especie de manual de la guerra civil.

El resultado de la Revolución en provincias estuvo predeterminado en una buena medida por su resultado en Petrogrado, aunque se dilatara en Moscú. La Revolución de Febrero perjudicó notablemente el antiguo aparato estatal, y el Gobierno Provisional, que lo heredó, fue incapaz de renovarlo y consolidarlo. Así pues, entre febrero y octubre sólo funcionó por inercia burocrática. Las provincias estaban habituadas a seguir a Petrogrado: lo habían hecho en febrero y de nuevo lo hicieron en octubre. Nuestra mayor ventaja era que preparábamos el derrocamiento de un régimen que aún no había tenido tiempo de formarse. La extrema inestabilidad y la falta de confianza en sí mismo del aparato estatal de Febrero facilitaron de modo singular nuestra tarea, manteniendo la firmeza de las masas revolucionarias y del propio partido.

En Alemania y Austria hubo una situación análoga después del 9 de noviembre de 1918. Pero allí la socialdemocracia selló las brechas del aparato estatal y contribuyó al establecimiento del régimen burgués republicano que, aunque ni ahora puede considerarse un modelo de estabilidad, ya va para siete años a pesar de todo. Por lo

que atañe a los demás países capitalistas, no tendrán esta ventaja, es decir, esta proximidad entre la revolución burguesa y la revolución proletaria. Hace mucho tiempo que llevaron a cabo su Revolución de Febrero. Claro que en Inglaterra todavía quedan bastantes reminiscencias feudales, pero no hay probabilidades de una revolución burguesa allí. En cuanto el proletariado inglés tome el poder, del primer escobazo limpiará al país de monarquía, aristócratas, etc. La revolución proletaria en Occidente tendrá que vérselas con un Estado burgués enteramente formado, aunque esto no significa que sea estable, porque la posibilidad misma de la insurrección proletaria presupone una descomposición bastante importante del Estado capitalista. Si entre nosotros la Revolución de Octubre fue una lucha contra un aparato estatal que aún no había tenido tiempo de formarse desde Febrero, en otros países la insurrección tendrá contra ella un aparato estatal en trance de dislocarse progresivamente.

Por regla general, como hemos dicho en el IV Congreso de la Internacional Comunista, hay muchas razones para que en la Europa central y occidental al proletariado le cueste más tomar el poder. Cabe suponer que la resistencia de la burguesía sea mucho más fuerte que la que nosotros nos encontramos. Pero una vez que el proletariado obtenga la victoria y se haga con el poder, tendrá las manos mucho más libres que nosotros, la situación será mucho más firme, mucho más estable que la nuestra. La guerra civil no se desarrolló de veras entre nosotros hasta después de la toma del poder por el proletariado en los principales centros urbanos e industriales, y duró los tres primeros años de existencia del poder soviético.

Evidentemente, estas conjeturas tienen forzosamente un carácter condicional. El desenlace de los acontecimientos dependerá en gran medida del orden en que se produzca la revolución en los diferentes países de Europa, de las posibilidades de intervención militar, de la fuerza económica y militar de la Unión Soviética en ese momento. De cualquier modo, la eventualidad muy verosímil de que en Europa y América la conquista del poder tropiece con una resistencia mucho más seria, mucho más encarnizada y reflexiva de las clases dominantes que la que nos opusieron a nosotros nos obliga a considerar la insurrección armada y la guerra civil en general como un arte.

Nuevamente sobre los sóviets y el partido en la revolución proletaria

En nuestro país, tanto en 1905 como en 1917, los sóviets de diputados obreros surgieron del propio movimiento, como su forma de organización natural en un cierto estadio de la lucha. Pero los jóvenes partidos europeos que han aceptado más o menos los sóviets como *doctrina*, como *principio*, estarán siempre expuestos al peligro de hacer un fetiche de los mismos, en el sentido de factores autónomos de la revolución.

Porque, a pesar de la inmensa ventaja que ofrecen como organismos de la lucha por el poder, es perfectamente posible que la insurrección se desarrolle en otra forma orgánica (comités de fábrica, sindicatos) y que los sóviets como órgano del poder no surjan hasta el momento de la insurrección o incluso después de la victoria.

Desde este punto de vista, resulta muy instructiva la lucha que emprendió Lenin contra el fetichismo soviético después de las *Jornadas de Julio*. Dado que en julio los sóviets, dirigidos por eseristas y mencheviques, se convirtieron en organismos que impulsaban francamente a los soldados a la ofensiva y perseguían a los bolcheviques, se podía y debía buscar otros caminos para el movimiento revolucionario de las masas obreras. Lenin señalaba los comités de fábrica como organismos de la lucha por el poder (ver, por ejemplo, las memorias de Ordzhonikidze). Es muy probable que el movimiento hubiera tomado esta forma de no ser por la sublevación de Kornílov, que obligó a los sóviets conciliadores a defenderse y permitió a los bolcheviques insuflarles de nuevo el espíritu revolucionario, ligándolos estrechamente a las masas por medio de su izquierda, o sea, del bolchevismo.

Tal cuestión tiene una gran importancia internacional, según ha demostrado la reciente experiencia de Alemania. En este país se crearon varias veces sóviets como órganos de la insurrección, del poder... sin poder. En 1923 el movimiento de las masas proletarias y semiproletarias comenzó a agruparse alrededor de los comités de fábrica, que en el fondo cumplían las mismas funciones que las de nuestros sóviets en el período anterior a la lucha directa por el poder. Sin embargo, en agosto y septiembre, algunos compañeros propusieron proceder inmediatamente a la creación de sóviets en Alemania. Tras largos y ardientes debates la propuesta fue rechazada, y con razón. Como los comités de fábrica ya se habían convertido en puntos efectivos de concentración de las masas revolucionarias, los sóviets habrían desempeñado en el período preparatorio un papel paralelo al de estos comités y no serían sino una forma sin contenido. Así pues, no habrían hecho más que desviar la atención de las tareas materiales de la insurrección (ejército, ferrocarriles, etc.) para volver a fijarlo en una forma de organización autónoma.

Por otra parte, la creación de sóviets como tales antes de la insurrección implicaría una especie de proclamación de guerra sin efecto. El Gobierno, que estaba obligado a tolerar los comités de fábrica porque agrupaban masas considerables, se ensañaría contra los primeros sóviets por ser órganos que abiertamente intentarían apoderarse del poder. Los comunistas se habrían visto obligados a defenderlos. Entonces la lucha decisiva no tendría por móvil la conquista o la defensa de posiciones materiales, ni se desarrollaría en el momento escogido por nosotros, cuando la insurrección se desprendiera necesariamente del movimiento de las masas, sino que estallaría, a causa de una forma orgánica, a causa de los sóviets, en el momento escogido por el enemigo.

Ahora bien, es evidente que todo el trabajo preparatorio de la insurrección podía subordinarse con pleno éxito a la forma orgánica de los comités de fábrica, que ya habían tenido tiempo de convertirse en organismos de masas, que continuaban aumentando y fortaleciéndose a la vez que dejaban al partido en libertad para fijar la fecha de la insurrección. No cabe duda de que los sóviets debieran surgir en cierta etapa; pero sí es dudoso que, dadas las condiciones que acabamos de indicar, hubieran surgido en el fragor de la lucha como órganos directos de la insurrección, pues ahí se podría derivar en el momento crítico una doble dirección revolucionaria. Dice un proverbio inglés que no conviene cambiar de caballo cuando se cruza un río. Es posible que después de la victoria en las principales ciudades hubieran empezado a aparecer sóviets en todos los puntos del país. De cualquier modo, la insurrección victoriosa provocaría necesariamente su creación como órganos del poder. Conviene no olvidar que entre nosotros ya habían surgido durante la etapa *democrática* de la revolución, que entonces habían sido legalizados hasta cierto punto, que los habíamos heredado luego nosotros, y que los habíamos utilizado. No ocurrirá lo mismo en las revoluciones proletarias de Occidente. Allí, en la mayoría de los casos, se crearán sóviets a instancia de los comunistas, y por consiguiente serán órganos directos de la insurrección proletaria. Claro que es posible que se acentúe la desorganización del aparato estatal burgués antes de que el proletariado pueda apoderarse del poder, lo cual permitiría crear sóviets como órganos declarados de preparación de la insurrección. Pero hay pocas posibilidades de que esta eventualidad constituya la regla general. En el caso más frecuente, no se llegará a crearlos sino en los últimos días, como órganos directos de las masas decididas a sublevarse. Asimismo es muy posible que surjan después del momento crítico de la insurrección e incluso después de su victoria, como órganos del nuevo poder. Importa tener siempre presente todas estas eventualidades, para no caer en el fetichismo organizativo ni transformar los sóviets, con forma flexible, en *principio* de organización, introduciéndolo desde fuera en el movimiento y entorpeciendo su desarrollo regular.

Hace poco se ha escrito en nuestra prensa que no sabíamos por qué puerta entraría la revolución proletaria en Inglaterra, si por el partido comunista o por los sindicatos, considerando imposible decidirlo. Esta manera de plantear la cuestión, con miras de envergadura histórica, es radicalmente falsa y muy peligrosa, porque enturbia la principal lección de los últimos años. Si no ha existido allí una revolución victoriosa al final de la guerra es porque faltaba un partido, evidencia que se aplica a Europa entera. Podría comprobarse su justeza siguiendo paso a paso el movimiento revolucionario en diferentes países.

Por lo que atañe a Alemania, si las masas hubieran estado dirigidas por el partido como conviene claro está que habría podido triunfar la revolución en 1918 y en 1919. El ejemplo de Finlandia en 1917 nos mostró cómo se desarrollaba allí el movi-

miento revolucionario en condiciones excepcionalmente favorables, con la ayuda militar directa de la Rusia revolucionaria. Pero la mayoría dirigente del partido finés era socialdemócrata, e hizo fracasar la revolución. Igualmente de la experiencia de Hungría se desprende con claridad una lección idéntica. En este país, los comunistas, aliados con los socialdemócratas de izquierda, no conquistaron el poder, sino que lo recibieron de manos de una burguesía espantada. Victoriosa sin batalla y sin victoria, la revolución húngara se encontró privada de una dirección combativa. El partido comunista se fusionó con el socialdemócrata, demostrando así que no era realmente comunista y que, por tanto, a pesar de la combatividad de la clase obrera húngara, era incapaz de conservar el poder que tan fácilmente había obtenido. La revolución proletaria no puede triunfar sin el partido, fuera del partido o con un sucedáneo del partido. Tal es la principal enseñanza de los diez últimos años.

Los sindicatos ingleses pueden, en verdad, convertirse en una palanca poderosa de la revolución proletaria y, por ejemplo en ciertas condiciones y durante cierto período, suplir a los propios sóviets obreros. Pero no lo conseguirán sin el apoyo de un partido comunista, ni mucho menos contra él, y estarán imposibilitados de desempeñar esta misión hasta que en su seno la influencia comunista sea mayoritaria. Harto cara, por no aprenderla íntegramente, hemos pagado la lección acerca del papel y la importancia del partido en la revolución proletaria, como para ignorarla a la ligera o menospreciar su significación.

En las revoluciones burguesas la conciencia, la preparación y el método jugaron un papel mucho menor que el que están llamados a desempeñar y desempeñan ya en las revoluciones del proletariado. La fuerza motriz de la revolución burguesa eran también las masas, pero mucho menos conscientes y organizadas que ahora. Su dirección estaba en manos de las diferentes facciones de la burguesía, que disponía de la riqueza, la educación y la organización (municipios, universidades, prensa, etc.). La monarquía burocrática se defendía empíricamente, obraba al azar. La burguesía elegía el momento propicio para echar todo su peso social en el platillo de la balanza y apoderarse del poder, explotando el movimiento de las masas populares.

Pero en la revolución proletaria el proletariado no sólo es la principal fuerza combativa, sino también la fuerza dirigente, a través de su vanguardia. Su partido es el único que puede desempeñar en la revolución proletaria el papel que en la revolución burguesa desempeñaron la potencia de la burguesía, su instrucción, sus municipios y universidades. Este papel resulta tanto más importante cuanto que se ha acrecentado de manera formidable la conciencia de clase del enemigo. A lo largo de los siglos de su dominación, la burguesía ha elaborado una escuela política incomparablemente superior a la de la antigua monarquía burocrática. Si el parlamentarismo ha sido para el proletariado, hasta cierto punto, una escuela preparatoria de la revolución, más ha sido para la burguesía una escuela de estrategia contra-

rrevolucionaria. Basta para demostrarlo el hecho de que con el parlamentarismo la burguesía ha educado a la socialdemocracia, que ahora es el más poderoso baluarte de la propiedad privada. Como han enseñado las primeras experiencias, la época de la revolución social en Europa será una época de batallas implacables, mucho más que las nuestras en 1917.

He aquí el motivo de que debamos abordar de manera completamente distinta a como se hace ahora las cuestiones de la guerra civil y, en particular, de la insurrección. A la zaga de Lenin, repetimos con frecuencia las palabras de Marx: “La insurrección es un arte”. Pero este pensamiento es una frase hueca si no estudiamos los elementos esenciales del arte de la guerra civil a través de la vasta experiencia acumulada durante estos años. Hay que confesar a las claras que nuestra indiferencia por los problemas relativos a la insurrección armada testimonia la fuerza considerable que todavía conserva entre nosotros la tradición socialdemócrata. Fracasarán inevitablemente el partido que considere de modo superficial las cuestiones de la guerra civil, con la esperanza de que se arreglará todo por sí solo en el momento necesario. Se impone estudiar colectivamente y asimilar la experiencia de las batallas proletarias de 1917.

La ya esbozada historia de los agrupamientos políticos en el partido en 1917 representa asimismo una parte esencial de la experiencia de la guerra civil y tiene una importancia directa para la política de la Internacional Comunista. Hemos dicho, y lo repetimos, que en ningún caso el estudio de nuestras divergencias puede ni debe ser considerado un arma dirigida contra los compañeros que entonces practicaron una política errónea. Pero, por otra parte, sería inadmisibles tachar de la historia del partido su capítulo más importante, únicamente porque no todos sus componentes marchaban de acuerdo con la revolución del proletariado. El partido puede y debe conocer *todo* su pasado, para apreciarlo como convenga y puntualizar cada extremo. La tradición de un partido revolucionario no se compone de reticencias, sino de claridad crítica. Al nuestro, la historia le confirió incomparables ventajas revolucionarias. He aquí, en conjunto, lo que le ha dado un temple excepcional, una clarividencia superior, una envergadura revolucionaria: sus tradiciones de lucha heroica contra el zarismo; sus hábitos y procedimientos revolucionarios, ligados a las condiciones de la actividad clandestina; su elaboración teórica de la experiencia revolucionaria de toda la humanidad; su pugna con el menchevismo, con los *narodniki*, con el conciliacionismo; la experiencia de la revolución de 1905; su elaboración teórica de esta experiencia durante los años de la contrarrevolución; su examen de los problemas del movimiento obrero internacional desde el punto de vista de las lecciones de 1905. Y sin embargo, incluso dentro de este partido tan bien preparado, o, mejor dicho, en sus esferas dirigentes, al llegar el momento de la verdad, se formó un grupo de viejos bolcheviques, revolucionarios expertos, que se opuso a la revolución proletaria y

que, durante el período más crítico de la revolución —de febrero de 1917 a febrero de 1918— adoptó en todas las cuestiones esenciales una postura socialdemócrata.

Para preservar de las consecuencias funestas de este estado de cosas al partido y a la revolución, se requirió la influencia excepcional de Lenin. Esto es lo que no puede olvidarse, si queremos que aprendan algo en nuestra escuela los partidos comunistas de los demás países. La cuestión de la selección de los dirigentes reviste una importancia excepcional para los partidos de Europa occidental. Así lo enseña, entre otras, la experiencia del fracaso de octubre de 1923 en Alemania. Pero ha de efectuarse tal selección con arreglo al principio de la acción revolucionaria.

En Alemania hemos tenido bastantes ocasiones de experimentar la valía de los dirigentes del partido en el momento de las luchas directas. Sin esta prueba, no hay elementos de juicio seguros. Durante el transcurso de estos últimos años, Francia ha vivido muchas menos convulsiones revolucionarias. Sin embargo ha habido algunas ligeras explosiones de guerra civil, en que la dirección del partido y los dirigentes sindicales debían reaccionar en cuestiones urgentes e importantes, como el mitin sangriento del 11 de enero de 1924. El estudio atento de episodios de este género nos suministra datos inestimables que permiten apreciar las buenas cualidades de la dirección del partido, la conducta de sus dirigentes y de sus diferentes órganos. Irremisiblemente llevaría a la derrota no tener en cuenta estos datos a la hora de seleccionar a los hombres, porque es imposible la victoria de la revolución proletaria sin una dirección perspicaz, resuelta y valerosa.

Todo partido, incluso el más revolucionario, genera inevitablemente un conservadurismo orgánico. De no hacerlo, carecería de la estabilidad necesaria. Pero a este respecto todo es cuestión de grados. En un partido revolucionario debe combinarse la dosis necesaria de conservadurismo con la ausencia total de rutina, la flexibilidad de orientación y la audacia en la acción. Se comprueban mejor tales cualidades en los virajes históricos. Hemos visto antes cómo decía Lenin que, cuando sobrevenía un cambio brusco de situación —y por tanto de tareas—, los partidos, incluso los más revolucionarios, continuaban a menudo en su postura anterior, y de ahí que se volvieran, o amenazaran volverse, un freno para el desarrollo revolucionario. El conservadurismo del partido, igual que su iniciativa revolucionaria, encuentra su expresión más concentrada en los órganos dirigentes. Pues bien, los partidos comunistas europeos todavía tienen que efectuar su giro más brusco, aquél por el cual pasarán del trabajo preparatorio a la toma del poder. Tal giro es el que exige más cualidades, impone más responsabilidades y resulta más peligroso. Desperdiciar el momento oportuno implica para el partido el mayor desastre que pueda sufrir.

La experiencia de las batallas de los últimos años en Europa, y principalmente en Alemania, nos enseña que hay dos categorías de dirigentes propensos a hacer retroceder al partido en el momento en que le conviene dar el mayor salto adelante. Los

unos tienden a ver más que nada las dificultades, los obstáculos, y a apreciar cada situación con la idea preconcebida, inconsciente a veces, de esquivar la acción. En ellos, el marxismo se vuelve un método que sirve para establecer la imposibilidad de la acción revolucionaria. Los ejemplares más característicos de este tipo de dirigentes eran los mencheviques rusos. Pero no se limita este tipo al menchevismo y, en el momento más crítico, se revela dentro del partido más revolucionario, entre los militantes que ocupan los más altos cargos. Los representantes de la otra categoría son agitadores superficiales. No ven los obstáculos mientras no tropiezan con ellos de frente. Cuando llega el momento de la acción decisiva, transforman inevitablemente en impotencia y pesimismo su costumbre de eludir las dificultades reales haciendo juegos malabares de palabras.

Para el primer tipo, para el revolucionario mezquino que se contenta con ínfimas ganancias, las dificultades de la conquista del poder no constituyen sino la acumulación y la multiplicación de todas las que está habituado a hallar en su camino. Para el segundo tipo, para el optimista superficial, siempre surgen repentinamente las dificultades de la acción revolucionaria. En el período preparatorio estos dos hombres observan conductas diferentes: el uno parece un escéptico con quien es imposible contar firmemente desde el punto de vista revolucionario; por el contrario, el otro puede parecer un revolucionario ardoroso. Pero en el momento decisivo ambos van juntos de la mano para erguirse contra la insurrección. Sin embargo, todo el trabajo preparatorio sólo tiene valor en la medida en que capacita al partido y sobre todo a sus órganos dirigentes para determinar el momento de la insurrección y dirigirla. Porque la tarea del partido comunista consiste en la toma del poder con objeto de proceder a la reconstrucción de la sociedad.

En estos tiempos se ha hablado y escrito con frecuencia respecto a la necesidad de “bolchevizar” la Internacional Comunista. Se trata, en efecto, de una tarea urgente, indispensable, cuya proclamada necesidad se hace sentir todavía de modo más imperioso después de las terribles lecciones que el año pasado nos dio en Bulgaria y Alemania. El bolchevismo no es una doctrina, o no es sólo una doctrina, sino que es un método de educación revolucionaria para llevar a cabo la revolución proletaria. ¿Qué significa bolchevizar los partidos comunistas? Significa educarlos y seleccionar en su seno un equipo dirigente, de modo que no flaqueen llegado el momento de su Revolución de Octubre. “Esto es todo Hegel, la sabiduría de los libros y el significado de toda filosofía...”.

Dos palabras acerca de este ensayo

La primera fase de la revolución *democrática* abarca desde Febrero a la crisis de abril y su solución, el 6 de mayo, con la creación de un Gobierno de coalición en

el cual participaban los mencheviques y los *narodniki*. El autor de la presente obra no tomó parte en los acontecimientos de esta primera fase porque no llegó a Petrogrado hasta el 5 de mayo, víspera de la constitución del Gobierno de coalición. En los artículos escritos desde Norteamérica se arroja luz sobre la revolución y sus perspectivas. Creo que, en lo esencial, concuerdan con el análisis que hizo Lenin en sus *Cartas desde lejos*.

Desde el día de mi llegada a Petrogrado, trabajé de completo acuerdo con el Comité Central de los bolcheviques. Huelga añadir que apoyé de lleno la teoría de Lenin sobre la conquista del poder por el proletariado. En lo que concierne a los campesinos, no me separó la menor disensión de él, quien terminaba entonces la primera etapa de su lucha contra los bolcheviques de derecha, que defendían la consigna de la “dictadura democrática del proletariado y del campesinado”. Hasta mi adhesión formal al partido, tomé parte en la elaboración de una serie de decisiones y documentos del mismo. El único motivo que me indujo a retrasar mi adhesión tres meses fue el deseo de acelerar la fusión de los bolcheviques con los mejores elementos de la organización Interdistritos³¹, y en general, con los internacionalistas revolucionarios. Realicé esta táctica con entero asentimiento de Lenin.

Al redactar esta obra me ha saltado a la vista cierta frase de un artículo mío de entonces en favor de la unificación, frase con la cual señalaba, en materia organizativa, “el estrecho espíritu de círculo” de los bolcheviques. Claro que algunos pensadores tan profundos como Sorin no dejarán de relacionar directamente esta frase con las divergencias acerca del artículo primero de los estatutos. No siento la necesidad de entablar una discusión sobre el particular ahora que de palabra y de hecho he reconocido mis magnas culpas en materia organizativa. Pero el lector menos prevenido se explicará de manera mucho más sencilla y directa, por las condiciones concretas del momento, lo que la expresión tenga de precipitada. Todavía conservaban los obreros de la organización Interdistritos una desconfianza muy grande respecto a la política organizativa del Comité de Petrogrado*. En mi artículo expliqué lo siguiente: “Aún existe el espíritu de círculo, herencia del pasado; pero, para que disminuya, deben los del Interdistritos dejar de llevar una existencia aislada, aparte”.

Mi *propuesta* al I Congreso de los Sóviets, puramente polémica, de formar un Gobierno con una docena de Piechekonov, fue interpretada —creo que por Sujanov— como exteriorización de una inclinación personal, y al mismo tiempo, como una táctica distinta de la de Lenin. Eso es un absurdo, sin duda.

Al exigir nuestro partido que los sóviets dirigidos por los mencheviques y los eseristas tomaran el poder, *exigía* con ello un gobierno compuesto de individuos como Piechekonov. En resumen, no había ninguna diferencia fundamental entre

* Se refiere al Comité de Petrogrado del Partido Bolchevique. (N. de la E.).

Piechekonov, Tchernov y Dan; todos podían servir por igual para facilitar la transmisión del poder de la burguesía al proletariado. Quizá aquél conociera un poco mejor la estadística y diese la impresión de ser un hombre algo más práctico que Tsereteli o Tchernov. Una docena de Piechekonov equivalía a un Gobierno compuesto de representantes ordinarios de la pequeña burguesía democrática en vez del Gobierno de coalición.

Cuando las masas petersburguesas, dirigidas por nuestro partido, adoptaron la consigna “¡Abajo los diez ministros capitalistas!”, exigían de modo tácito que ocupasen el lugar de éstos los mencheviques y los *narodniki*. “Apead a los *kadetes* y tomad el poder, señores demócratas burgueses; poned en el Gobierno a doce Piechekonov, y os prometemos desalojaros de vuestros puestos lo más *pacíficamente* posible en cuanto suene la hora. Y no ha de tardar en sonar”. No cabe hablar entonces de una línea política especial. Mi línea política era la formulada por Lenin en tantas ocasiones.

Considero necesario subrayar la advertencia hecha por el camarada Lentsner, editor de este volumen. Como él mismo señala, la mayoría de los discursos contenidos en este volumen no fueron tomados de versiones taquigráficas, sino de informes suministrados por periodistas de la prensa conciliadora, semiignorantes y semimaliciosos. Un rápido examen de varios documentos de esta clase me hicieron rechazar la decisión de corregirlos y complementarlos. Que permanezcan tal cual están. Son también, a su manera, documentos de la época, aunque emanados *de la otra parte*.

Este volumen no hubiera aparecido sin la competente y cuidadosa labor del camarada Lentsner —que recopiló también las notas— y de sus colaboradores, camaradas Heller, Krijanovsky, Rovensky e I. Rumer.

Aprovecho la oportunidad para expresarles mi gratitud. Como así también para destacar el enorme trabajo de preparación de este volumen, así como de otros libros, realizados por mi más estrecho colaborador, M. S. Glazman*. Terminó estas líneas con el más profundo sentimiento de pesar ante la trágica desaparición de este magnífico camarada, hombre y trabajador.

Kislovodsk, 15 de septiembre de 1924

* M. S. Glazman fue expulsado del Partido Comunista, bajo falsas acusaciones, suicidándose posteriormente (N. de la E.).

NOTAS

1) *Lecciones de Octubre* apareció en octubre de 1924, como prólogo de Trotsky a los dos volúmenes de recopilación de sus escritos del primer año de la revolución, que tenían por título *1917*. Las ideas contenidas en el prólogo habían sido expresadas muchas veces desde 1917, pero en vida de Lenin la firmeza bolchevique de Trotsky jamás fue puesta en duda. La *troika* Stalin-Zinóviev-Kámenev, que se alzó con el control del Partido Bolchevique, tomó como pretexto este prólogo para lanzar a los cuatro vientos el fantasma del “trotskismo”. Cuando Zinóviev rompió con Stalin, admitió que, por exigencias de la lucha por el poder, había sugerido ingeniosamente que se vincularan las diferencias concretas del momento con las discusiones del pasado. Trotsky habría de ser acusado de intentar desfigurar el leninismo. En el transcurso del ataque a *Lecciones de Octubre* (que se conoció con el nombre de “discusión literaria”), Trotsky fue acusado de pesimismo y aventurerismo, de desviación pequeño-burguesa y de subestimar al campesinado. Secretamente, Zinóviev y Kámenev propusieron que Trotsky fuera expulsado del partido. Pero, actuando entonces con suma cautela, Stalin vetó la idea. Todo el aparato del Estado y de la Internacional Comunista, sin embargo, fue puesto en movimiento para aislar a Trotsky y aterrorizar a sus partidarios. La resolución oficial cerrando la “discusión” señalaba que debía realizarse en el partido una sistemática campaña a fin de educarlo contra el carácter “pequeño-burgués” y “antibolchevique” del trotskismo, existente desde 1903.

2) En junio de 1923, el Gobierno búlgaro del dirigente campesino Stambulisky fue derrocado militarmente por fuerzas reaccionarias encabezadas por Zankov, posteriormente jefe del fascismo búlgaro. Caracterizando la situación como una lucha entre camarillas burguesas y olvidando tanto el problema campesino como el nacional (la minoría macedonia), el Partido Comunista se declaró neutral. Una vez triunfante, el régimen de Zankov sometió al partido a una feroz persecución, declarándolo ilegal. Kolarov, representante de los comunistas búlgaros en Moscú, negó, sin embargo, que el partido hubiese sufrido una derrota. En septiembre del mismo año, sin darse cuenta del cambio producido en la situación como resultado de su pasividad en junio, los comunistas trataron de reivindicarse con un *putch* aventurero. Naturalmente, fracasó por completo.

3) El III Congreso de la Internacional Comunista se celebró en junio de 1921. Como resultado de la profunda discusión sobre la *acción de marzo* del Partido Comunista Alemán, el congreso adoptó finalmente la consigna: “Hacia el poder a través de la previa conquista de las masas”, sentando las bases de la política de frente único. Esta posición se adoptó con el apoyo de Lenin y Trotsky, y contra los elementos ultraizquierdistas y *putchistas*. La justificación de la *acción de marzo* de 1921, conocida como *teoría de la ofensiva*, era “electrizar” a las masas pasivas mediante la acción de una minoría insurrecta. Las masas socialdemócratas se mostraron hostiles o indiferentes a la insurrección y ésta fue vencida militarmente.

4) Los acontecimientos de 1905 fueron la inmediata consecuencia de la derrota de Rusia en la guerra con Japón (1904-5), que minó seriamente a la autocracia. En el primer año de guerra sólo hubo 25.000 huelguistas. En 1905, una ola de huelgas políticas y económicas elevó ese número a 2.863.000. Estallaron levantamientos de los campesinos, que se apoderaban de la tierra. Aprovechando el movimiento de las masas, la burguesía liberal exigió que la monarquía concediera un gobierno constitucional. Los trabajadores se organizaron independientemente de la burguesía en los sóviets (consejos), que se transformaron en instrumentos de la huelga general y de la lucha. En cierta etapa de los acontecimientos, los sóviets amenazaron directamente el poder de la monarquía. Cuando los liberales verificaron que el zarismo estaba demasiado débil y que la lucha llevaría a su destrucción, rompieron con las masas, facilitando así a la monarquía la liquidación sangrienta de la revolución.

5) “La concepción de la estrategia revolucionaria tomó forma justo en los años posteriores al comienzo de la guerra, bajo la influencia de la terminología militar. Pero no nació por casualidad de este modo. Antes de la guerra sólo hablábamos de la táctica del partido proletario; dicha concepción se adecuaba suficientemente a los métodos parlamentarios y sindicales, que no trascendían los límites de las tareas y reivindicaciones cotidianas. Por táctica se entendía un sistema de medidas que sirvieran para una tarea aislada o para una cuestión especial de la lucha de clases. La estrategia revolucionaria, por el contrario, comprende un sistema combinado de acciones que por su vinculación, crecimiento y consistencia deben conducir al proletariado a la conquista del poder. Naturalmente, los principios fundamentales de la estrategia revolucionaria fueron formulados en la época en que el marxismo proclamó la tarea de la conquista del poder sobre la base de la lucha de clases” (Trotsky, *Stalin, el gran organizador de derrotas*).

6) El Grupo de Emancipación del Trabajo fue fundado por Plejánov, Axelrod, Vera Zasulich, Deutsch e Ignatov, exilados rusos en Suiza, después de su ruptura con los *narodniki* en 1883. Fue la primera organización socialdemócrata rusa y se disolvió al fundarse el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR).

7) “Las leyes de la historia no tienen nada de común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela en parte alguna con la evidencia y la complejidad con que lo patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de *ley del desarrollo combinado*, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino, a la combinación de las distintas fases y a la amalgama de formas arcaicas y modernas” (Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*).

8) Observaciones de Lenin sobre el doble poder: “La cuestión fundamental en toda revolución es la del poder estatal. Mientras no se comprenda bien esto, nadie puede pretender participar inteligentemente en la revolución y mucho menos dirigirla (...). ¿Qué es la dualidad de poderes? Consiste en el hecho de que al lado del Gobierno Provisional, del gobierno de la burguesía, se ha desarrollado otro, aún débil, embrionario, pero indudablemente un gobierno real y que crece: el Sóviets de Diputados Obreros y Soldados (...). Este poder es del tipo de la Comuna de París, de 1871. Las características fundamentales de este tipo de poder son: 1) su origen no está en las leyes previamente consideradas y aprobadas por el parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas, en la *toma* directa del poder, para usar una expresión popular; 2) en lugar de la policía y del ejército, instituciones separadas del pueblo y opuestas al pueblo, existe el armamento directo del pueblo entero; el orden gubernamental está asegurado así por los propios obreros y campesinos armados, por el propio pueblo armado; 3) la burocracia oficial también es desplazada por el gobierno directo del pueblo, o, al menos, puesta bajo control especial; no solamente se convierten en funcionarios elegidos por el pueblo, sino que están sometidos a la confirmación por el pueblo, son reducidos a la categoría de representantes directos; de capa privilegiada, con suculentos ingresos, se transforman en obreros cualificados que manejan ciertas *herramientas*, recibiendo salarios que no exceden del que perciben los obreros cualificados comunes”. Lenin, *Obras Completas*.

9) Los mencheviques eran la tendencia minoritaria surgida en el Congreso de 1903 del POS DR, en contraposición a la mayoría bolchevique. Vinculados ideológicamente a los dirigentes reformistas de la II Internacional, defendían la inevitabilidad de un largo período de dominio capitalista en Rusia antes de que el proletariado pudiera plantearse la toma del poder. Las contradicciones entre la burguesía y la autocracia zarista llevarían a la realización de una revolución democrático-burguesa clásica, y el papel del partido obrero sería el de ser la oposición de la burguesía. Estas posturas se pusieron en evidencia durante la Revolución Rusa, cuando los capitalistas demostraron su incapacidad para resolver las tareas democráti-

cas, y llevaron a los mencheviques a convertirse en uno de los principales apoyos del Gobierno Provisional. Se opusieron abiertamente a la insurrección de Octubre.

10) También llamados socialrevolucionarios. Miembros del Partido Socialista Revolucionario, que tenía sus antecedentes en los *narodniki*. Su programa llamaba a la “constitución de un Gobierno popular libre, nacionalización de la tierra y nacionalización de todas las grandes industrias”. Su diversidad ideológica interna era un reflejo de la enorme heterogeneidad del campesinado y de su falta de independencia política. El sector de derechas, mayoritario, se convirtió en el perro faldero de la burguesía, participando en el Gobierno Provisional. El ala izquierda se escindió y participó con los bolcheviques en el gobierno soviético surgido de Octubre hasta la firma de la paz de Brest-Litovsk, que los llevó a pasar a la oposición.

11) Los *narodniki* o populistas tuvieron considerable influencia a fines del siglo pasado. Eran intelectuales de la pequeña burguesía que depositaban su esperanza para acabar con el zarismo en el campesinado ruso, por considerarlo la clase revolucionaria. Creían que el *mir* (comunidad campesina) era la forma embrionaria del comunismo. Se esforzaron por difundir sus ideas “yendo al pueblo”, es decir, viajando a las zonas rurales para politizar al campesinado. También lucharon contra el zarismo mediante la “propaganda por los hechos”, o sea, con los métodos del terrorismo individual.

12) El *defensismo revolucionario* era la justificación, con argumentos supuestamente revolucionarios, de la continuación de Rusia en la Primera Guerra Mundial. La burguesía, y con ella los eseristas y mencheviques, argumentaban que era necesario defender las conquistas de la Revolución de Febrero frente a la autocracia militarista alemana, escondiendo así los intereses materiales, de rapiña, que tenían tanto los burgueses rusos como los imperialistas franceses o británicos, unidos a ellos por miles de lazos. Lenin oponía al defensismo la postura del derrotismo revolucionario. Es decir, el carácter de la guerra imperialista no ha cambiado y “la derrota de Rusia es el mal menor” si el triunfo debe lograrse mediante la unión del proletariado con la burguesía. *Pravda*, antes de la llegada de Lenin a Rusia, sostenía que “todo derrotismo ha muerto desde el momento mismo en que apareció el primer regimiento revolucionario en las calles de Petrogrado”.

13) Lev Kámenev (1883-1936). Se unió al POSDR en 1901, siendo estudiante en Moscú. Arrestado durante una manifestación en marzo de 1902, expulsado de la Universidad y puesto bajo vigilancia, huyó a París en el otoño de 1902. Se adhirió a los bolcheviques en 1903. De vuelta en Rusia, participa en la revolución de 1905 en Petrogrado; arrestado nuevamente en 1908, se vuelve a exiliar. Retorna a Rusia en 1914 a instancias del Comité Central para actuar como director de *Pravda* y dirigir la fracción del partido en la Duma. Arrestado con toda la fracción de la Duma ese mismo año, vuelve a exiliarse. Miembro del Comité Central desde la Conferencia de abril de 1917 hasta 1927. Presidente del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets en el II Congreso. Suplente de Lenin en la presidencia del Buró Político bolchevique. Miembro de la delegación a Brest-Litovsk. Presidente del Sóviet de Moscú de 1916 a 1926. Miembro del Consejo de Comisarios del Pueblo (Gobierno soviético) hasta 1922. Embajador en Italia en 1927.

Se separó de Stalin en 1925, luego de haber formado parte de la *troika* con él y con Zinóviev, y se acercó a las posiciones de Trotsky. Expulsado del partido en 1927, capituló poco después y fue readmitido en 1928. Expulsado de nuevo del partido y exiliado en octubre de 1932. Capituló y volvió a Moscú en mayo de 1933. Principal acusado, con Zinóviev, del primer juicio de Moscú (1936), en el que se procesó y condenó a muerte a toda la *vieja guardia* bolchevique.

14) La Conferencia de Abril de los bolcheviques se celebró en Petrogrado del 24 al 29 de dicho mes. El orden del día incluía: la situación política (perspectivas de la revolución rusa), la guerra, la labor preparatoria para la formación de la III Internacional, la cuestión agraria, el programa y la cuestión nacional.

De los debates se tomaron muy pocas notas, pero fue probablemente la conferencia más decisiva en la historia del partido. La línea seguida por Stalin y Kámenev, antes del retorno de Lenin a Rusia, fue decisivamente reemplazada por la estrategia que conducía a la toma del poder. Stalin había considerado la diferencia entre los sóviets y el Gobierno Provisional simplemente como una división del trabajo. Consideraba al Gobierno Provisional, de acuerdo a sus propias palabras, como una entidad que debía “ratificar las conquistas del pueblo revolucionario”. Defendía, además, la reunificación con los mencheviques. “Debemos hacerlo. Es necesario definir nuestra posición como base para una unión; la unión es posible sobre la base de Zimmerwald-Kienthal (...). Dejaremos de lado los pequeños desacuerdos dentro del partido”. Las tesis de Lenin fueron una nota discordante. “Hasta nuestros bolcheviques demuestran cierta confianza en el gobierno. Esto sólo se explica por la intoxicación de la revolución. Es la muerte del socialismo. Compañeros, vosotros tenéis una actitud confiada hacia el gobierno. Si eso es así, nuestros caminos se separan. Prefiero permanecer en minoría”.

15) El economismo fue una variante rusa del sindicalismo. Sostenía que la lucha por reivindicaciones económicas era suficiente para desarrollar espontáneamente el movimiento de masas, su conciencia política y una dirección revolucionaria. Lenin lo atacó en su libro *¿Qué hacer?* porque lo consideró peligroso, por idealizar el atraso de la clase obrera, subestimando las tareas políticas y la necesidad de la creación de un partido revolucionario.

16) *Pravda (Verdad)* era el órgano del Comité Central bolchevique.

17) El 14 de marzo el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets lanzó un manifiesto para una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones. “Ha llegado la hora”, decía, “de que el pueblo tome en sus propias manos la decisión sobre la guerra y la paz”. El manifiesto podía ser aceptado perfectamente por el presidente británico Lloyd George y no difería en nada de la retórica del estadounidense Woodrow Wilson. El verdadero control de la política exterior lo tenía el político burgués Miliukov, que perseguían los antiguos objetivos imperialistas de la Rusia zarista.

18) El zar fue arrestado en febrero de 1917, abdicando en favor del gran duque Miguel, como regente. Este último, sin embargo, prudentemente, prefirió renunciar. El Comité Provisional de la Duma Imperial, con el asentimiento del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado, formó un Gobierno Provisional encabezado por el príncipe Lvov. El líder de la burguesía liberal, Miliukov, tenía la cartera de Relaciones Exteriores. Gutchkov era ministro de Guerra y Kerensky, de Justicia. El Gobierno Provisional continuó la política imperialista del zar. Miliukov se declaró a favor de la anexión de Constantinopla y de llevar la guerra hasta el triunfo final. El resentimiento de las masas se manifestó en las manifestaciones de abril en Petrogrado, exigiendo la renuncia de Miliukov. Pero, dirigidos por los conciliadores mencheviques y eseristas, el Sóviet intentó frenar a las masas. Sintiendo, sin embargo, que el terreno temblaba bajo sus pies, el Gobierno Provisional invitó al Comité Ejecutivo Central de los Sóviets a formar un Gobierno de coalición. Con la oposición de los bolcheviques, el Comité Ejecutivo aceptó. Miliukov y otros renunciaron. El 18 de mayo se formó el segundo Gobierno Provisional (primera coalición), con Kerensky como ministro de Guerra. Viktor Chernov, eserista, fue designado ministro de Agricultura; los mencheviques Skobelev y Tsereteli, de Trabajo y Correos y Telégrafos respectivamente; el populista Riajanov, de Alimentación. El Ejecutivo de los Sóviets justificó la coalición con el argumento de que se llegaría a la paz y se consolidaría la democracia. En realidad, la coalición continuó la guerra y alentó a la reacción. El gobierno no podía representar a la vez los intereses de clases en conflicto. La crisis se recrudecía y la burguesía sabotaba la producción. Cinco ministros *kadetes* (burgueses liberales) dimitieron. La resolución de las cuestiones importantes fue postergada para la Asamblea Constituyente, que a su vez fue aplazada. El 20 de julio, el príncipe Lvov renunció y Kerensky ocupó su puesto de primer ministro, manteniendo la cartera de Guerra.

19) Lenin escribió las *Cartas desde lejos* en Suiza, entre el 2 y el 8 de abril de 1917. Únicamente la primera llegó a Petrogrado, para ser publicada en los números 14 y 15 de *Pravda* (*La primera etapa de la primera revolución*). Las restantes aparecieron por primera vez en 1924, en el segundo volumen de sus obras completas (edición rusa). La quinta carta (*Problemas de la organización proletaria revolucionaria del Estado*), comenzada el 8 de abril, día de la partida de Lenin de Suiza, nunca fue terminada.

20) Lenin llegó a Petrogrado la noche del 3 de abril de 1917. Al día siguiente, Zinóviev informó al Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado sobre las circunstancias del viaje desde Suiza, a través de Alemania, en el famoso *tren blindado*. Treinta y dos emigrados políticos pertenecientes a distintos partidos hicieron el viaje. Fritz Platten, socialista suizo, se encargó de los trámites. Se llegó a un acuerdo por escrito con el embajador alemán en Suiza, cuyos principales puntos fueron los siguientes: 1) Todos los emigrados, cualquiera que fuese su opinión sobre la guerra, tendrían derecho a viajar, 2) El vagón ferroviario ocupado por los emigrados tendría el privilegio de la extraterritorialidad; nadie tendría derecho a entrar en él sin permiso de Platten; no habría ningún control sobre pasaportes o equipajes, 3) Los viajeros se comprometieron a intentar la devolución de un número igual de prisioneros de guerra austro-húngaros y alemanes en Rusia.

21) Manifestación armada espontánea de 25.000 soldados apoyados por obreros, con la consigna: “Dimisión de Miliukov” (responsable de la prolongación de la guerra). El 21 de abril, el Comité de Petrogrado de los bolcheviques llamó a la realización de otra manifestación. Los *kadetes* llamaron por su parte a sus partidarios a “unirse alrededor del Gobierno Provisional y apoyarlo”. Los elementos burgueses patrióticos chocaron con los obreros y se produjeron escaramuzas sangrientas. El Comité Central bolchevique —relató Trotsky— declaró que la prohibición de la manifestación por parte del Sóviet era correcta y debía ser acatada incondicionalmente. Su resolución decía: “La consigna ‘Abajo el Gobierno Provisional’ es en este momento incorrecta porque sin un sólido (es decir, consciente y organizado) apoyo de la mayoría de la población a la revolución proletaria, semejante consigna o es una frase vacía o conduce a tentativas de carácter aventurero”. La resolución también establecía que la tarea del momento consistía en una labor de crítica y de propaganda, así como en ganar la mayoría en los sóviets, como antesala de la toma del poder.

22) Augusto Blanqui (1805-81), revolucionario y representante del comunismo utópico francés, abogaba por la toma del poder mediante un complot. El marxismo considera, al igual que el blanquismo, que la insurrección es un arte, pero difiere de él en las condiciones en que debe realizarse. “Para tener éxito”, escribió Lenin, “la insurrección debe basarse, no en una conspiración, no en un partido, sino en una clase avanzada. Ése es el primer punto. La insurrección debe basarse en el levantamiento revolucionario del pueblo. Ése es el segundo punto. La insurrección debe plantearse en el *momento crucial* e histórico en que la revolución madure, cuando la actividad de la vanguardia del pueblo esté en su culminación, cuando las vacilaciones en las filas del enemigo y en las filas de los amigos débiles, indecisos y confundidos de la revolución estén en su punto más alto. Ése es el tercer punto. En estas tres condiciones de la insurrección es en lo que el marxismo difiere del blanquismo”.

23) “La demanda de la reunión de una Asamblea Constituyente formaba parte en el pasado, con perfecto derecho, del programa de la socialdemocracia revolucionaria, porque en una república burguesa la Asamblea Constituyente constituye la forma más elevada de democracia” escribía Lenin en su *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, el 8 de enero de 1918. Pero mientras insistían en que la Asamblea Constituyente debía reunirse, los bolcheviques señalaban que una república de los sóviets era una forma más elevada de democracia que la república burguesa. Después de que los sóviets consiguieron todo el poder en Octubre, la Asamblea Constituyente perdió su significación. Cuando se reunió el 18 de enero, duró un solo día. Su composición, mayoritariamente de eseristas de derecha, fue un reflejo de la situación

política previa al deslizamiento de las masas hacia las posiciones del bolchevismo. Después de leer una declaración, denunciando como contrarrevolucionaria a la mayoría de la Asamblea, los bolcheviques y los eseristas de izquierda abandonaron la sesión. El mismo día la Asamblea se dispersó y el 19 de enero el gobierno soviético la disolvió oficialmente.

24) Martinov es uno de los elementos típicos y característicos del proceso de burocratización posterior a la muerte de Lenin. Entra en 1880 al partido de los *narodniki* cuando se había iniciado ya su descomposición. Ingresa en la socialdemocracia y lidera el sector de los socialdemócratas que abrazan la posición del economismo. Se incorpora al grupo de *Iskra (La Chispa)* cuando ésta cae en manos de los adversarios de Lenin. Con su libro *Dos dictaduras* proporciona una plataforma ideológica a los mencheviques durante la revolución de 1905. Redactor en las revistas mencheviques en el período de reacción zarista (1906-12). En 1923, después de haberse opuesto encarnizadamente a la Revolución de Octubre y al poder de los sóviets, reaparece escribiendo un artículo en la revista *Krasnaia Nov* de Moscú, y logra afiliarse al Partido Comunista. Comienza entonces a ascender su estrella política en el seno de la burocracia soviética, estrechamente ligado a su papel de especialista antitrotskista. En 1927 es el inspirador de la política de subordinación del proletariado chino al Kuomintang (partido burgués) de Changa Kai-chek. Se convierte en uno de los más destacados *teóricos* de la Internacional Comunista en su primer período de degeneración estalinista, cuando la pistola de la GPU aún no había sustituido a las armas *teóricas* de Stalin.

25) En apoyo de un comité conjunto de los partidos socialistas escandinavos, el director del *Social Demokrat*, Borgbjer, envió una invitación al Comité Ejecutivo de los Sóviets para asistir a una conferencia internacional de la paz, a realizar en Estocolmo. Los mencheviques y eseristas aceptaron acudir, al igual que los socialdemócratas alemanes Hase, Kautsky y Ledebour. Los socialistas franceses y británicos rechazaron la invitación por razones patrióticas. La Conferencia de Abril de los bolcheviques rechazó el proyecto a propuesta de Lenin, porque se trataba de una maniobra política del imperialismo alemán, hecha a través de gobiernos socialistas, para obtener condiciones de paz más ventajosas. Únicamente Kámenev apoyó la participación.

26) Después de la Conferencia de Estado de Moscú el 26 de agosto de 1917, convocada por Kerensky como parte de su política bonapartista de “ampliar la base” del Gobierno Provisional, los elementos más reaccionarios del país prepararon un golpe de Estado contra los sóviets. En su composición, la Conferencia fue profundamente contrarrevolucionaria. Su posición era que el Gobierno Provisional carecía de poder suficiente, implicando por ende que los sóviets tenían demasiado. Las cosas se precipitaron cuando el 2 de septiembre los alemanes desencadenaron su ofensiva en el frente de Dvina y capturaron Riga. Se probó que el frente ruso había sido desguarnecido por Kornilov para crear un ambiente de pánico, favoreciendo la atmósfera necesaria para el golpe militar. El plan consistía en que Kornilov marchara sobre Petrogrado y los cosacos desarmaran a las masas. Pero el Sóviet obligó a Kerensky a que dictara una orden de arresto contra Kornilov. Éste marchó sobre Petrogrado a fin de establecer una dictadura militar. Las masas se movilizaron inmediatamente y Kornilov fue derrotado. El prestigio de los bolcheviques creció y Trotsky fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado.

27) La Conferencia Democrática fue decidida en los días de la sublevación de Kornilov con el objeto de apuntalar la decreciente autoridad de la “democracia”. Fue ideada por Tsereteli como un medio para escindir a los bolcheviques y con la esperanza de que sirviera como contrapeso a los sóviets. En la Conferencia, los bolcheviques estaban en minoría, dado que los representantes fueron cuidadosamente seleccionados en los *zemstvos* y otras instituciones burguesas. Los delegados de los sóviets no tenían ningún peso. En una reunión de estos últimos, Trotsky propuso que se transfiriera todo el poder a los sóviets, pero fue derrotado. Antes de disolverse, la Conferencia designó una permanente constituida por el quince por ciento de los representantes de cada grupo, para formar un Consejo de la República o *pre-*

parlamento, que funcionaría hasta que se reuniese la Asamblea Constituyente. En una reunión de los delegados bolcheviques, Trotsky propuso que boicotearlo porque no representaba la verdadera correlación de fuerzas y era una forma de poner en jaque a los sóviets. No consiguió la mayoría, pero Lenin, que estaba en la clandestinidad, participó de su posición, expresando que el *preparlamento* era una “farsa”. Fue cuando Lenin escribió: “Trotsky está por el boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky!”. En la primera sesión del *preparlamento*, Trotsky declaró que éste estaba en manos de la burguesía y contra la revolución. Finalmente los bolcheviques lo abandonaron, después de leer una declaración, y decidieron convocar el Congreso de los Sóviets.

28) Gregory E. Zinóviev nació en 1883. Se unió a los bolcheviques a los 20 años, inmediatamente después del segundo congreso del POSDR, en 1903. Durante la revolución de 1905 actuó en Petrogrado, exiliándose luego. En el V Congreso del partido (1907) fue elegido miembro del Comité Central. Redactor y miembro del comité de redacción de los periódicos bolcheviques *Proletari y Socialdemócrata*. Durante la guerra de 1914-18 fue un estrecho colaborador de Lenin, participante en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, miembro del secretariado de la izquierda zimmerwaldiana y coautor, con Lenin, de *Contra la corriente*, escribiendo en la misma época otro libro, *El imperialismo*. Regresó a Rusia después de la revolución de Febrero, en el tren blindado. En octubre de 1917, en compañía de Kámenev, se opuso a la toma del poder en su conocida carta *Acerca del momento actual*. Presidente del Sóviet de Petrogrado después de la conquista del poder. Presidente de la Tercera Internacional en la época de Lenin. Después de la muerte de éste, formó parte de la *troika* (triumvirato), con Kámenev y Stalin. Rompió con Stalin en 1925, acercándose a la Oposición de Izquierdas, dirigida por Trotsky. En noviembre de 1927 fue expulsado del partido junto a la Oposición. Capituló ante Stalin en 1928 y fue readmitido. Expulsado nuevamente en 1932, volvió a capitular. En enero de 1935, después del asesinato de Kirov, burócrata de Leningrado, fue sentenciado a 10 años de prisión. Finalmente fue uno de los más destacados acusados en el primero de los tres procesos de Moscú. Fue ejecutado inmediatamente después del proceso.

29) Rudolf Hilferding fue un destacado dirigente de la socialdemocracia alemana y representante característico de la *escuela austro-marxista*. Actuó primero en la socialdemocracia austriaca y en 1906 se adhirió al partido alemán. Su obra principal es *Finanzkapital*. Kautskiano durante la guerra, se unió a los socialistas independientes en 1917 y se opuso a la creación de la Tercera Internacional. Reingresado en el Partido Socialdemócrata, fue ministro de los gabinetes de coalición de Streseman y Müller.

30) La Paz de Brest-Litovsk (1918) puso fin a la guerra entre la Rusia revolucionaria y la Alemania imperialista. Aunque más de la mitad de los delegados al Congreso Panruso de los Sóviets se resistieron a ella, la férrea lógica de Lenin se impuso finalmente y los términos del general alemán Hoffman fueron aceptados. Rusia tuvo que pagar indemnizaciones y abandonar una gran porción de su territorio.

31) En 1910, la Organización Interdistritos de Socialdemócratas Unidos agrupaba a unos 4.000 miembros en Petrogrado y a 1.000 en las organizaciones militares. Entre sus más destacados representantes figuraban, junto a Trotsky, hombres como Lunacharsky, Volodarsky, Uritsky, Joffe, Manuiski, Karajan, Riazánov, Pokrovsky y Uren. Publicaban un órgano ilegal: *Vpériod (Adelante)*. La fusión con los bolcheviques se produjo en el VI Congreso de éstos, celebrado del 8 al 16 de agosto de 1917. Sverdlov informó de que Trotsky ya había sido incorporado al comité de redacción de la *Pravda*, pero que no actuaba como tal miembro por su encarcelamiento.

Apéndice

Las últimas cartas de Lenin

A L. D. Trotsky

Camarada Trotsky: Le envió una carta de Krestinsky¹. Escriba cuanto antes si está de acuerdo; batallaré en el pleno por el monopolio.

¿Y usted?

Suyo, *Lenin*

P. S. Sería mejor responder *pronto*

Escrita el 12 de diciembre de 1922

(*Lenin, Obras Completas*, tomo 54, pág. 365, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano).

A M. I. Frumkin y B. S. Stomonyakov

A los camaradas Frumkin y Stomonyakov. Copia para Trotsky:

En vista del empeoramiento de mi enfermedad, no podré estar presente en el pleno. Soy plenamente consciente de lo complicada, incluso peor que complicada, que es mi conducta en lo que se refiere a usted, pero posiblemente no pueda hablar.

Hoy he recibido la carta adjunta del camarada Trotsky, está de acuerdo en lo esencial, excepto quizá con las últimas líneas sobre la Comisión Estatal de Planificación. Escribiré a Trotsky para decirle que estoy de acuerdo con él y le pediré, en vista de mi enfermedad, que defienda mi posición en el Pleno.

Creo que esta defensa se debería dividir en tres partes.

Primera: Defensa del principio fundamental del monopolio del comercio exterior.

Segunda: Delegar en una comisión especial los detalles de aquellos planes prácticos destinados a poner en práctica el monopolio adelantado por Avanesov. Al menos la mitad de esta comisión debería estar formada por representantes del Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior.

Tercera: Considerar por separado el trabajo de la Comisión Estatal de Planificación. Por cierto, creo con toda probabilidad que no existirán desacuerdos

1.- N. N. Krestinsky, representante de la URSS en Alemania escribió sobre la necesidad del mantenimiento del monopolio del Estado sobre el comercio exterior.

entre Trotsky y yo, limitarse a reclamar que el trabajo de la Comisión Estatal de Planificación continúe bajo la dirección del desarrollo de la industria estatal, tendría repercusiones en todos los aspectos de la actividad del Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior.

Espero escribir de nuevo hoy o mañana y enviarles mi declaración sobre la esencia de este problema al pleno del Comité Central. En cualquier caso, creo que esta cuestión es de una importancia tan fundamental que de no conseguir llegar a un acuerdo en el Pleno, debería incluirse en el Congreso del Partido, y antes de hacerlo, anunciar en el próximo Congreso de los Soviets, la existencia de las discrepancias en la fracción de nuestro partido.

12 de diciembre de 1922. Notas taquigráficas por L. F. [Lydia Fotieva]

A L. D. Trotsky

Al camarada Trotsky. Copia a Frumkin y Stomoniakov

Camarada Trotsky:

He recibido su opinión respecto a la carta de Krestinsky y a los planes de Avanesov. Me parece que usted y yo estamos de acuerdo en grado máximo y creo que la cuestión de la Comisión del Plan del Estado tal como está planteada excluye (o posterga) la disputa acerca de si dicha Comisión necesita tener derechos administrativos.

En todo caso le ruego mucho que se encargue de defender en el próximo pleno nuestro punto de vista común sobre la necesidad absoluta de mantener y afianzar el monopolio del comercio exterior. Como quiera que el pleno anterior adoptó al respecto una resolución enteramente contraria al monopolio del comercio exterior, y puesto que no se puede ceder en este caso, creo, y lo digo en la carta a Frumkin y Stomoniakov, que si sufrimos una derrota en esta cuestión, deberemos someterla al Congreso del Partido. Para ello será necesario exponer en breve nuestras discordias ante el grupo partidista del próximo Congreso de los Soviets. Escribiré esa exposición si no me falta tiempo, y celebraré mucho que usted hiciera lo mismo. La vacilación sobre este particular nos causa un daño inaudito, y los argumentos en contra se reducen enteramente a las acusaciones de imperfección del aparato. Pero nuestro aparato se distingue por su imperfección en todas las partes, y renunciar al monopolio por ser imperfecto el aparato significaría tirar de la bañera al niño con el agua sucia.

13 de diciembre de 1922.

Dictada por teléfono. Se publica según la copia mecanografiada.

(Lenin, *Obras Completas*, tomo 54, pág. 366, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano)

A L. D. Trotsky

Camarada Trotsky:

Supongo que nos hemos puesto de acuerdo enteramente. Le ruego declarar en el pleno nuestra solidaridad. Espero que será aprobada nuestra resolución, ya que una parte de quienes votaron en contra en octubre se pasan ahora, parcial o enteramente, a nuestro lado.

Si contrariamente a lo que esperamos nuestra resolución no es aprobada, nos dirigiremos al grupo del Congreso de los Soviets y anunciaremos la sumisión del asunto al Congreso del Partido.

Aviseme entonces para que envíe mi declaración.

Suyo, *Lenin*

P. S. Si esa cuestión se viera retirada del pleno actual (no lo espero, y usted, claro está, deberá protestar de la manera más enérgica contra ello en nuestro nombre común), creo que también entonces sería necesario dirigirse al grupo del Congreso de los Soviets y exigir la transferencia de la cuestión al Congreso del Partido, porque es absolutamente inadmisibles seguir vacilando.

Todos los materiales que le he enviado pueden quedarse a su disposición hasta después del pleno.

Escrita el 15 de diciembre de 1922

(Lenin, *Obras Completas*, tomo 54, pág. 367-8, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano)

A L.D. Trotsky

Camarada Trotsky:

Le transmito la carta del camarada Frumkin que he recibido hoy. Yo también considero absolutamente necesario acabar una vez para siempre esta cuestión. Si existe el temor a que ella me conmueva e incluso pueda reflejarse en mi estado de salud, creo que es del todo erróneo, pues me conmueve diez mil veces más la dilación que hace completamente inestable nuestra política respecto a uno de los problemas cardinales. Por ello llamo su atención sobre la carta adjunta y ruego mucho pronunciar-

se en apoyo a la discusión inmediata de esta cuestión. Tengo la certidumbre de que si estamos amenazados por un fracaso, fracasar antes del Congreso del Partido, y dirigirnos inmediatamente al grupo del Congreso, será mucho más ventajoso que fracasar después del mismo. Tal vez sea aceptable el siguiente compromiso: ahora aprobamos una resolución que confirme el monopolio, pero plantearemos sin embargo la cuestión en el Congreso del Partido, y lo acordamos ahora mismo. A mi modo de ver, nuestros intereses y los de nuestra causa no nos permiten en ningún caso aceptar otro compromiso, cualquiera que sea.

15 de diciembre de 1922

(Lenin, *Obras Completas*, tomo 54, pág. 368-9, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano)

A L.D. Trotsky

Parece que se ha logrado conquistar la posición sin un solo disparo por medio de una simple maniobra. Propongo no detenernos y llevar adelante la ofensiva aprobando la propuesta de planear en el Congreso del Partido la cuestión del afianzamiento del comercio exterior y de las medidas que puedan mejorar su realización. Dar a conocerlo en el grupo partidista del Congreso de los Soviets. Espero que usted no ponga objeciones ni se niegue a hacer un informe en el grupo.

21 de diciembre de 1922

(Lenin, *Obras Completas*, tomo 54, pág. 370, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano)

A L. D. Trotsky

Rigurosamente secreto

Privado

Estimado camarada Trotsky:

Le rogaría asumir la defensa del asunto georgiano en el CC del Partido. Este asunto es actualmente objeto de “persecución” por parte de Stalin y Dzerzhinski, y no puedo confiar en su imparcialidad. Más bien todo lo contrario. Si usted aceptara encargarse de su defensa, yo podría estar tranquilo. Si no acepta por alguna razón, devuélvame todo el asunto. Lo consideraré como indicio de su denegación.

Con los mejores saludos de camarada, *Lenin*

Dictada por teléfono el 5 de marzo de 1923

(Lenin, *Obras Completas*, tomo 54, pág. 371, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano)

Al camarada Stalin

Rigurosamente secreto

Privado. Copia a los camaradas Kámenev y Zinóvicv

Estimado camarada Stalin:

Usted tuvo la grosería de llamar al teléfono a mi esposa e injuriarla. Aunque ella le dio su conformidad a olvidar lo dicho, se han informado no obstante de este caso, por ella misma, Zinóviev y Kámenev. No estoy dispuesto a olvidar tan fácilmente lo hecho contra mí, y huelga decir que considero lo hecho contra mi esposa como hecho también contra mí. Le ruego, por tanto, piense si acepta retractarse de lo dicho y presentar sus excusas, o si prefiere romper las relaciones entre nosotros.

5 de marzo de 1923

(Lenin, *Obras Completas*, tomo 54, pág. 371-2, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano)

A P. G. Mdivani, F. E. Majaradze y otros

Rigurosamente secreto

A los camaradas Mdivani, Majaradze y otros.

Copia a los camaradas Trotsky y Kámenev

Estimados camaradas:

Sigo con toda el alma su asunto. Estoy indignado por la brutalidad de Ordzhonikidze y las indulgencias de Stalin y Dzerzhinski. Preparo para ustedes notas y un discurso

Respetuosamente, *Lenin*

6 de marzo de 1923

(Lenin, *Obras Completas*, tomo 54, pág. 372, Editorial Progreso, Moscú 1988, edición en castellano)

**Las siguientes cartas están tomadas del libro *V. I. Lenin, Testamento político*.
Ed. Anagrama, colección Cuadernos Anagrama, Barcelona 1975.**

Carta al Congreso

I

Recomiendo con insistencia que se proceda, en este congreso, a una serie de cambios en nuestro régimen político.

Quiero hacerles conocer algunas reflexiones que considero de particular importancia.

En primer lugar, propongo aumentar el número de los miembros del Comité Central a varias decenas, o incluso a un centenar. Me parece que nuestro Comité Central se vería amenazado por graves peligros si el curso de los acontecimientos no nos fuese perfectamente favorable (y no podemos contar con eso), si no llevamos a cabo esa reforma.

Luego pienso proponer al congreso que otorgue un carácter legislativo, en ciertas condiciones, a las decisiones de la Comisión del Plan del Estado, accediendo en este punto a los deseos del camarada Trotsky, en cierta medida y en determinadas condiciones.

En lo que respecta al primer punto, es decir, al aumento del número de miembros del Comité Central, pienso que es necesario tanto para elevar la autoridad del C.C. como para mejorar a fondo nuestro aparato, y también para impedir que los conflictos de pequeños sectores del Comité Central adquieran una importancia demasiado grande para los destinos del partido.

Me parece que nuestro partido puede muy bien pedir para el Comité Central 50 a 100 miembros de la clase obrera, y que ésta los proporcionará sin una tensión excesiva de sus fuerzas.

Semejante reforma aumentaría notablemente la solidez de nuestro partido y le facilitaría la lucha en un ambiente de estados hostiles, lucha que en mi opinión puede y debe agravarse enérgicamente en los años próximos. Me parece que la estabilidad del partido será reforzada en enorme grado por la adopción de esa medida.

Lenin

23 de diciembre de 1922

II

Continuación de las notas

Cuando hablo de estabilidad del Comité me refiero a las medidas que hay que tomar contra la escisión, hasta donde tales medidas pueden ser tomadas *en general*. Porque

es claro que el guardia blanco de *Rúskaia Misl* (creo que era S. F. Oldenburg) tenía razón cuando, en el juego que esa gente desarrollaba contra la Rusia soviética, apostaba, en primer lugar, a una escisión en nuestro partido y cuando, en segundo término, para esa escisión, apostaba a la existencia de graves divergencias dentro del partido.

Nuestro partido se apoya en dos clases, por lo tanto su inestabilidad sería posible, y su caída inevitable, si no pudiera establecerse el acuerdo entre las dos clases. En tal eventualidad, sería vano tomar tales o cuales medidas, o discurrir en general sobre la estabilidad de nuestro C.C. En ese caso, medida ninguna sería capaz de impedir la escisión. Sin embargo, espero que todo eso pertenezca a un futuro demasiado alejado y constituya un acontecimiento demasiado improbable para que haya que hablar de él.

Me refiero a la estabilidad como garantía contra la escisión en un porvenir cercano, y me propongo analizar aquí una serie de consideraciones de orden puramente personal.

Pienso que, en ese sentido, el punto esencial en el problema de la estabilidad son los miembros del Comité Central tales como Stalin y Trotsky. Las relaciones entre ellos constituyen, en mi opinión, lo principal de ese peligro de escisión que se podría evitar, para lo cual, entre otras cosas, serviría, creo yo, el aumento de los miembros del Comité Central llevado a 50 ó 100 personas.

El camarada Stalin, convertido en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder ilimitado, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotsky, como ya lo demostró su lucha contra el Comité Central en el problema del Comisariado del Pueblo para las vías de Comunicación, no se destaca sólo por sus eminentes capacidades. Personalmente tal vez sea el hombre más capaz del actual C.C., pero también es presuntuoso en exceso y se apasiona demasiado por los aspectos puramente administrativos del trabajo.

Estas dos cualidades de dos líderes eminentes del Comité Central actual podrían llevar incidentalmente a una escisión; y si nuestro partido no toma las medidas necesarias para oponerse a ello, la escisión puede producirse de forma inesperada.

No seguiré caracterizando a los otros miembros del C.C. por sus cualidades personales. Me conformaré con recordar que el episodio de octubre, de Zinóviev y Kámenev, no fue por cierto un hecho accidental, pero que no puede serle(s) imputado como un delito personal, lo mismo que el no bolchevismo de Trotsky.

En lo que respecta a los miembros jóvenes del Comité Central, quiero decir unas palabras sobre Bujarin y Piatákov. Son, en mi opinión, los hombres más sobresalientes (entre los más jóvenes) y en relación con ellos no habrá que perder de vista lo siguiente: Bujarin no es sólo el teórico más valioso y destacado del partido, sino que

además es considerado, merecidamente, el preferido de todo el partido; sin embargo, sus conceptos teóricos sólo pueden ser considerados de todo punto de vista marxistas con la mayor reserva porque hay en él algo de escolástico (no ha estudiado nunca y pienso que jamás ha entendido del todo la dialéctica).

24 de diciembre de 1922

A continuación, Piatákov, dotado sin duda alguna de una gran voluntad y de capacidades eminentes, se deja sin embargo arrastrar demasiado por las prácticas de administración y por el aspecto administrativo de las cosas como para que se pueda confiar en él en un problema político serio.

Por cierto que ambas observaciones las hago sólo para el momento presente, en la hipótesis de que estos dos militantes destacados y abnegados encontrarán la ocasión de completar sus conocimientos y de remediar sus insuficiencias.

25 de diciembre de 1922

Agregado a la carta del 24 de diciembre de 1922

Stalin es demasiado grosero, y este defecto, perfectamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros los comunistas, se torna intolerable en las funciones de secretario general. Por lo tanto, propongo a los camaradas que reflexionen sobre el modo de desplazar a Stalin de ese cargo y de nombrar a otra persona que tenga sobre el camarada Stalin una sola ventaja: la de ser más tolerante, más leal, más cortés y más atento para con los camaradas, de un humor menos caprichoso, etc. Estas características podrán parecer un ínfimo detalle. Pero, en mi opinión, para protegernos de la escisión, y teniendo en cuenta lo que escribí más arriba sobre las relaciones entre Stalin y Trotsky, no se trata de un detalle, o bien es un detalle que puede adquirir una importancia decisiva.

Lenin

4 de enero de 1923

III

Continuación de las notas

El aumento del número de miembros del Comité Central, llevado a 50 o incluso a 100 personas, debe tender, a mi criterio, a un doble o incluso triple objetivo: cuantos más miembros haya en el C.C. tantas más personas habrán aprendido su trabajo

y tanto menor llegará a ser el peligro de una escisión debido a una imprudencia. La incorporación de numerosos obreros al Comité Central ayudará a los obreros a mejorar nuestro aparato, que es verdaderamente defectuoso. A decir verdad, lo hemos heredado del antiguo régimen, y era absolutamente imposible modificarlo a tan corto plazo, sobre todo en tiempos de guerra, durante el hambre, etc. Por consiguiente, a los “críticos” que, con su sonrisa de ironía o con malignidad, nos señalan los defectos de nuestro aparato, podemos contestarles con tranquilidad que no entienden en modo alguno las condiciones de la actual revolución. En términos generales, es imposible modificar un aparato, en una medida suficiente, en cinco años, dadas sobre todo las condiciones en que se realizó entre nosotros la revolución. Bástenos con haber creado en cinco años un Estado de nuevo tipo, en el que los obreros marchan, a la cabeza de los campesinos, contra la burguesía, cosa que, en la situación internacional hostil a nosotros es ya una obra gigantesca. Pero ese sentimiento no debe hacernos olvidar de ninguna manera que en resumen hemos tomado el viejo aparato al zar y a la burguesía, y que ahora, con el advenimiento de la paz y con un mínimo de garantía contra el hambre, todos los esfuerzos deben tender a mejorar el aparato.

Veo las cosas de la siguiente manera: algunas decenas de obreros que entran en el Comité Central podrían, mejor que nadie, dedicarse a verificar, mejorar y modificar nuestro aparato. La Inspección Obrera y Campesina, que tenía esa función al principio, ha demostrado ser incapaz de cumplirla; por lo tanto, sólo puede servir, en ciertas condiciones, de “apéndice” o auxiliar de estos miembros del Comité Central. Los obreros que formen parte del Comité Central no deben, en mi opinión, ser reclutados principalmente entre los que han realizado un prolongado trabajo en el seno de los soviets (entre los obreros que designo en este pasaje de mi carta ubico siempre también a los campesinos), porque entre esos obreros se han creado ya ciertas tradiciones y prejuicios, que precisamente es necesario combatir.

Entre los obreros miembros del Comité Central deben figurar con preferencia los ubicados por debajo de la capa que en estos cinco años se ha incorporado a las filas de los funcionarios soviéticos, y que pertenezcan más bien al número de los simples obreros y campesinos, pero que no figuren, ni directa ni indirectamente, en la categoría de los explotadores. Pienso que esos obreros, al asistir a todas las sesiones del Comité Central, pueden formar cuadros de fieles partidarios del régimen soviético, capaces en primer lugar de dotar de estabilidad al propio Comité Central, y después de trabajar con eficacia para la renovación y el mejoramiento del aparato.

Lenin

26 de diciembre de 1922

Atribución de funciones legislativas al Gosplán

Esta idea ha sido formulada desde hace tiempo, creo, por el camarada Trotsky. Yo me pronuncié en contra de ella, porque opinaba que entonces se produciría una discordia fundamental en el sistema de nuestras instituciones legislativas. Pero después de un examen atento compruebo que en el fondo eso contiene una idea sana, a saber: la Comisión del Plan del Estado se mantiene un tanto apartada de nuestras instituciones legislativas, a pesar de que, como conjunto de personas competentes, de expertos, de representantes de la ciencia y de la técnica, posee en realidad los mejores elementos para juzgar con acierto las cosas.

Sin embargo, hasta ahora partíamos del punto de vista de que el Gosplán debe proporcionar al Estado un material analizado con espíritu crítico, en tanto que las instituciones del Estado deben resolver los asuntos estatales. Pienso que en la situación actual, en que los asuntos estatales se han complicado extraordinariamente, en que a cada rato hay que resolver, mezclados, problemas que necesitan de la competencia de los miembros del Gosplán, y otros que no la necesitan; y más aún, resolver asuntos, algunos de cuyos puntos requieren la experiencia del Gosplán, mezclados con puntos que no la requieren, pienso que en el momento actual es preciso dar un paso hacia la extensión de la competencia de la Comisión del Plan del Estado.

Concibo la medida de esta manera: las decisiones del Gosplán no podrán ser anuladas por la vía ordinaria de los soviets, sino que su revisión requerirá un procedimiento especial, por ejemplo la remisión del problema a una sesión del Comité Ejecutivo Central de Rusia, el estudio del problema por reconsiderar según sea una instrucción especial que implique la redacción, sobre la base de reglas especiales, de informes que permitan ponderar si tal decisión tiene que ser anulada; por último, la fijación de un plazo determinado a fin de considerar el problema del Gosplán, etc.

En ese sentido, pienso que se puede y se debe acceder al deseo del camarada Trotsky, pero no en lo que se refiere a que presida la Comisión del Plan del Estado una persona elegida entre nuestros líderes políticos o el presidente del Consejo Superior de la Economía Nacional, etc. Me parece que aquí, en el momento actual, el problema personal se mezcla demasiado estrechamente con el problema de principio. Pienso que los ataques que se manifiestan hoy contra el presidente del Gosplán, el camarada Krzhizhanovski, y su suplente, el camarada Piatákov, ataques que van contra ambos, de modo que por una parte escuchamos acusaciones de excesiva blandura, falta de independencia y de carácter, y por la otra acusaciones de tosquedad, de prepotencia, de insuficiente preparación científica, etc.; pienso que tales ataques traducen dos aspectos del problema, pero exagerándolos al extremo, y que en realidad necesitamos en el Gosplán una hábil combinación

de dos tipos de carácter, uno de los cuales puede ser ejemplificado por Piatákov y el otro por Krzhizhanovski.

Creo que a la cabeza del Gosplán debe encontrarse una persona que tenga una formación científica, especialmente en el dominio técnico o agrónomo, y que posea una gran experiencia adquirida en el curso de varias decenas de años de trabajo práctico, ya sea en el dominio de la técnica, ya sea en el de la agronomía. Opino que esa persona debe poseer, no tanto cualidades de administrador como una amplia experiencia y la capacidad de atraer a la gente.

Lenin

27 de diciembre de 1922

Continuación de la carta sobre el carácter legislativo de las decisiones del Gosplán

He observado en algunos de nuestros camaradas capaces de influir decisivamente sobre la marcha de los asuntos estatales una tendencia a exagerar el aspecto administrativo, que, por supuesto, es necesario en su lugar y momento, pero que no hay que confundir con el aspecto científico, con la capacidad de rodearse de colaboradores, etc.

En toda institución del Estado, y sobre todo en el Gosplán, es imprescindible asociar esas dos cualidades, y cuando el camarada Krzhizhanovski me dijo que ha incorporado a Piatákov y se ha entendido con él para su trabajo en el Gosplán, al dar mi conformidad por una parte tuve ciertas dudas, y por otra, alguna esperanza de ver reunidos ahí a los dos tipos de hombres de Estado. Para saber si esa esperanza se confirma, habrá que esperar y ver en la experiencia un poco más tarde; pero en principio, en mi opinión, no cabe duda alguna de que esa conjunción de caracteres y tipos (de hombres, de cualidades) es absolutamente necesaria para el funcionamiento adecuado de las instituciones del Estado. Estimo que en esa materia un “administrativismo” exagerado es tan pernicioso como toda exageración en general. El dirigente de una institución del Estado debe tener en el más alto grado el don de rodearse de colaboradores y un grado suficiente de sólidos conocimientos científicos y técnicos para controlar su trabajo. Eso es lo fundamental. De lo contrario, el trabajo no puede realizarse en forma debida. Por otra parte, es muy importante que sepa administrar y que se haga secundar por una o varias personas cualificadas. La reunión de esas dos cualidades en una sola persona es poco probable, y no creo que sea necesaria.

Lenin

28 de diciembre de 1922

Continuación de las notas sobre el Gosplán

El Gosplán se desarrolla al parecer en todos sus aspectos hacia una comisión de expertos. A la cabeza de semejante institución sólo puede ubicarse a una persona que posea una rica experiencia y una multifacética formación científica en el plano técnico. La competencia administrativa, en el fondo, debe desempeñar aquí un papel auxiliar. Es obligatoria cierta autonomía e independencia del Gosplán para asegurar la autoridad de dicho organismo científico, y tiene por única condición la buena fe de sus colaboradores y la honesta aspiración de los mismos a realizar nuestro plan de edificación económica y social.

Es evidente que esta última cualidad sólo puede hallarse ahora por excepción, ya que la inmensa mayoría de los científicos que constituyen naturalmente el Gosplán, están contaminados, por fuerza, por las concepciones burguesas y los prejuicios burgueses. Controlarlos en ese sentido debe ser la tarea de varias personas, que pueden formar el presidium del Gosplán, que deben ser los comunistas, y observar, día tras día, a lo largo de todo el trabajo, el grado de fidelidad de los científicos burgueses, así como su renuncia a los prejuicios burgueses y su conversión gradual al punto de vista socialista. Este doble trabajo de verificación científica y de administración pura debería ser el ideal de los dirigentes del Gosplán de nuestra república.

Lenin

29 de diciembre de 1922

¿Es racional dividir las tareas del Gosplán en misiones parciales, o, por el contrario, hay que tender a formar un grupo de especialistas permanentes, controlados sistemáticamente por el presidium del Gosplán, capaces de resolver todo el conjunto de los problemas que dependen de su competencia? Pienso que este último procedimiento sería más racional, y que hay que tender a disminuir la cantidad de las tareas parciales, provisorias y urgentes.

Lenin

29 de diciembre de 1922

Continuación de las notas

(A propósito del aumento del número de miembros del Comité Central)

Al aumentar el número de miembros del Comité Central es necesario, creo, proceder también, y quizá principalmente, a la verificación y al perfeccionamiento de nuestro

aparato, que no vale nada. Para ello tenemos que recurrir a los especialistas altamente cualificados, y la tarea de proveer estos especialistas debe recaer en la Inspección Obrera y Campesina.

¿Cómo asociar a esos especialistas del control, poseedores de conocimientos suficientes, y a esos nuevos miembros del Comité Central?

Ese problema debe ser solucionado en el plano práctico.

Me parece que la Inspección Obrera y Campesina (a raíz de su desarrollo y de nuestro desconcierto provocado por éste) ha dado como resultado lo que observamos ahora, a saber: un estado de transición de un Comisariado del Pueblo especial a una función especial de los miembros del Comité Central; de un organismo que controla todas las cosas a un conjunto numéricamente pequeño, pero de primer orden, de inspectores que deben ser bien remunerados (esto es de particular necesidad en este siglo en el que todo se paga, y cuando los inspectores se encuentran al servicio directo de instituciones que los remuneran mejor).

Si los miembros del Comité Central son aumentados como se debe y siguen de año en año un curso de dirección estatal con la ayuda de especialistas altamente cualificados, y de miembros de la Inspección Obrera y Campesina que gocen de alta autoridad, pienso que resolveremos con éxito esta tarea que durante tanto tiempo no hemos podido solucionar.

Por lo tanto, para resumir: hasta 100 miembros en el Comité Central, con un máximo de 400 a 500 auxiliares, miembros de la Inspección Obrera y Campesina, para controlar según sus indicaciones.

Lenin

29 de diciembre de 1922

Continuación de las notas

El problema de las nacionalidades o de la “autonomía”

Creo que soy muy culpable, ante los obreros de Rusia, por no haber intervenido con suficiente energía y rigor en el famoso problema de la autonomía, llamado oficialmente, a lo que parece, problema de la unión de las repúblicas socialistas soviéticas.

En el verano, en el momento en que surgió este problema, me encontraba enfermo, en otoño deposité excesivas esperanzas en mi curación y en la posibilidad de que las sesiones plenarias de octubre y diciembre me permitirían intervenir en ese problema. Pero no pude asistir a la sesión de octubre (dedicada a este problema) ni a la de diciembre; y así fue que la cuestión fue discutida por entero sin mi participación.

Sólo pude conversar con el camarada Dzerzhinski, quien a su regreso del Cáucaso me hizo saber cómo se planteaba ese problema en Georgia. Pude también cambiar dos palabras con el camarada Zinóviev y hacerle conocer mis temores al respecto. De la comunicación que me hizo el camarada Dzerzhinski, que se encontraba a la cabeza de la comisión enviada por el Comité Central para “investigar” el incidente georgiano, sólo pude extraer los temores más serios. Si las cosas han llegado al punto en que Ordzhonikidze pudo extralimitarse hasta aplicar la violencia física, como me lo dijo el camarada Dzerzhinski, fácil es imaginar en qué fangal hemos caído. Al parecer toda esa empresa de la “autonomía” ha sido fundamentalmente errónea e inoportuna.

Se afirma que era necesaria la unidad del aparato. ¿De dónde emanaban esas afirmaciones? ¿No provenían acaso del mismo aparato de Rusia, que, como ya lo dije en un número anterior de mi diario, tomamos del zarismo, limitándonos a recubrirlo ligeramente con un barniz soviético?

Sin duda alguna, habríamos debido esperar con esa medida hasta el día en que pudiéramos decir que respondemos de nuestro aparato porque es nuestro. Pero ahora, en conciencia, debemos decir lo contrario: que denominamos nuestro a un aparato que, en los hechos, nos es fundamentalmente extraño y que representa una mezcla de supervivencias burguesas y zaristas; que nos fue en absoluto imposible transformarlo en cinco años, ya que no contábamos con la ayuda de otros países y predominaban las “ocupaciones” militares y la lucha contra el hambre.

En tales condiciones es muy natural que “la libertad de salir de la unión”, que nos sirve de justificación, aparezca como una fórmula burocrática incapaz de defender a los miembros de otras nacionalidades de Rusia contra la invasión del hombre auténticamente ruso, del chovinista gran ruso, de ese canalla y ese opresor que es en el fondo el burócrata ruso. No es dudoso que los obreros soviéticos y sovietizados, que se encuentran en proporción ínfima, lleguen a ahogarse en ese océano de la morralla gran rusa chovinista, como una mosca en la leche.

Para apoyar esta medida se dice que se han formado los Comisariados del Pueblo que se ocupan en forma directa de la psicología nacional, de la educación nacional. Pero entonces surge una pregunta: ¿es posible crear efectivamente estos comisariados del pueblo? Segunda pregunta: ¿hemos tomado con suficiente cuidado medidas para defender de veras a los pertenecientes a nacionalidades no rusas contra el típico Derzhimorda* ruso? Pienso que no hemos tomado esas medidas, aunque hubiéramos podido y debido hacerlo.

* *Derzhimorda*, personaje de una de las obras de Gogol, sinónimo de abuso y brutalidad, representado por un policía [Ed.]

Pienso que aquí desempeñó un papel fatal el apresuramiento de Stalin y su pasión administrativa, así como su encono contra el famoso “social-nacionalismo”. Por lo general, el encono desempeña en política un papel de lo más desastroso.

Temo también que el camarada Dzerzhinski, que viajó al Cáucaso para investigar los “crímenes” de esos “social-chovinistas” se haya también distinguido en eso, sólo por un sentimiento auténtico ruso (se sabe que la gente rusificada de otras nacionalidades exagera siempre la nota del sentimiento auténticamente ruso), y que la imparcialidad de toda su comisión se caracterice en alto grado por las “vías de hecho” de Ordzhonikidze. Pienso que ninguna provocación, ni siquiera un ultraje, justifican estas vías de hecho rusas, y que el camarada Dzerzhinski cometió una falta irreparable al considerarlas con demasiada ligereza.

Ordzhonikidze representaba el poder para todos los demás ciudadanos del Cáucaso. No tenía derecho a esa irritabilidad que invocaron él y Dzerzhinski. Por el contrario, Ordzhonikidze estaba obligado a comportarse con mayor ecuanimidad que cualquier ciudadano común, y mucho más que el acusado de un crimen “político”. Porque, en el fondo, los social-nacionalistas eran ciudadanos inculpados de un delito político, y todo el ambiente de que estaba rodeada la acusación no podía calificarlos de otra manera.

Aquí se plantea ya un importante problema de principio: ¿cómo interpretar el internacionalismo?

Lenin

30 de diciembre de 1922

Continuación de las notas

El problema de las nacionalidades o de la “autonomía” (Continuación)

Yo he escrito, en mis obras sobre el problema nacional, que es en todo sentido vano formular en abstracto el problema del nacionalismo en general. Es indispensable distinguir entre el nacionalismo de la nación opresora y el de la nación oprimida, entre el nacionalismo de una gran nación y el de una pequeña.

En relación con el segundo nacionalismo, nosotros, los nacionales de una gran nación nos hacemos casi siempre culpables, a través de la historia, de una infinidad de coerciones, y aun llegamos a cometer una infinidad de violencias y de ultrajes, sin advertirlo. Sólo tengo que evocar mis recuerdos del Volga, sobre la forma en que se maltrata entre nosotros a la gente de otras nacionalidades: al polaco, al tártaro, al ucraniano, al georgiano y a los otros alógenos del Cáucaso sólo se los llama con nombres peyorativos tales como “poliachishka”, “kniaz”, “jojol”, “kapkari cheloviok”.

Por lo tanto, el internacionalismo por parte de la nación opresora, o así llamada “grande” (aunque sólo sea grande por su violencia, grande simplemente como lo es Derzhimorda), debe consistir, no sólo en el respeto a la igualdad formal de las naciones, sino también en una desigualdad que compense, por parte de la nación opresora, de la gran nación, la desigualdad que se manifiesta prácticamente en la vida. Quien no haya entendido esto no ha entendido tampoco la actitud verdaderamente proletaria en relación con el problema nacional: ha quedado, en el fondo, en el punto de vista pequeñoburgués y, por consiguiente, no puede dejar de caer a cada instante en el punto de vista de la burguesía.

¿Qué es lo importante para el proletariado? Es importante, pero también esencial e indispensable, que se le asegure, en la lucha de clase proletaria, el máximo de confianza por parte de los componentes de otras nacionalidades. ¿Qué hace falta para ello? Para eso no sólo hace falta la igualdad formal, sino que también hay que compensar de una u otra manera, por su comportamiento o por las concesiones, la desconfianza, la sospecha, los resentimientos que a lo largo de la historia fueron engendrados en el hombre de otras nacionalidades por el gobierno de la nación “imperialista”.

Pienso que para los bolcheviques, para los comunistas, no es necesario explicar esto en más detalle. Y creo que aquí tenemos, en lo que concierne a la nación georgiana, el ejemplo típico del hecho de que una actitud verdaderamente proletaria exige que redoblemos la prudencia, la previsión y la conciliación. El georgiano que considera con desdén este aspecto del asunto, que lanza despectivas acusaciones de “social-nacionalismo” (cuando él mismo es no sólo un verdadero, un auténtico “nacional-nacionalista”, sino además un brutal Derzhimorda gran ruso), ese georgiano viola en realidad los intereses de la solidaridad proletaria de clase, porque no hay otra cosa que más retrase el desarrollo y la consolidación de esa solidaridad como la injusticia nacional; nada hay que sea más sensible a los nacionales “ofendidos” como el sentimiento de igualdad y la violación de dicha igualdad, aunque sólo sea por negligencia o por broma, por sus camaradas proletarios. He ahí por qué, en el caso considerado, es preferible forzar la nota en el sentido del espíritu de conciliación y de bondad para con las minorías nacionales, y no a la inversa. He ahí por qué, en el caso considerado, el interés fundamental de la solidaridad proletaria, y por lo tanto de la lucha de clase proletaria, exige que no observemos jamás una actitud puramente formal respecto del problema nacional, sino que tengamos siempre en cuenta la diferencia obligatoria en la actitud del proletario de una nación oprimida (o pequeña) hacia la nación opresora (o grande).

Lenin

31 de diciembre de 1922

Continuación de las notas

¿Cuáles son, entonces, las medidas prácticas que hay que tomar en la situación así creada?

En primer lugar, hay que mantener y consolidar la unión de las repúblicas socialistas; no puede existir duda alguna en ese sentido. Esta medida nos es tan necesaria como lo es para el proletariado mundial a fin de combatir contra la burguesía mundial y para defenderse contra las intrigas de ésta.

En segundo término, es preciso mantener la unión de las repúblicas socialistas en lo que concierne al aparato diplomático. De paso, éste es un aparato de excepción dentro del conjunto de nuestro aparato de Estado. No hemos admitido en él a una sola persona un tanto influyente del antiguo aparato zarista. En él, todo el personal de alguna autoridad está compuesto por comunistas. De tal modo, conquistó ya (y bien podemos decirlo) el nombre de aparato comunista probado, infinitamente más depurado de los elementos del antiguo aparato zarista, burgués y pequeño-burgués que los aparatos con que nos vemos obligados a conformarnos en los otros Comisariados del Pueblo.

En tercer lugar, hay que infligir un castigo ejemplar al camarada Ordzhonikidze (lo digo con tanta más pena cuanto que me cuento entre sus amigos personales y que milité con él en el extranjero, en la emigración), y también terminar de investigar o investigar de nuevo todos los materiales de la comisión Dzerzhinski, a fin de corregir la enorme cantidad de irregularidades y de juicios parciales que indudablemente existen allí. Se entiende que Stalin y Dzerzhinski son quienes deben ser hechos políticamente responsables de esa campaña nacionalista, de auténtica característica gran rusa.

En cuarto lugar, es necesario introducir las reglas más rigurosas en cuanto al empleo de los idiomas nacionales en las repúblicas no rusas que forman parte de nuestra Unión, y verificar esas reglas con el máximo cuidado. No es dudoso que, con el pretexto de la unidad de los servicios ferroviarios, con el pretexto de la unidad fiscal, etc., surgirán entre nosotros, con nuestro aparato actual, una infinidad de abusos auténticamente rusos. Para luchar contra dichos abusos hace falta una inventiva muy especial, sin hablar ya de la especial sinceridad de los que emprenden esa lucha. Será necesario un código minucioso, y sólo los nacionales que habitan la república serán capaces de elaborarlo con algún éxito. Por lo demás, de ninguna manera hay que jurar de antemano que después de todo ese trabajo no se opere, en el próximo Congreso de los Soviets, un retroceso debido a que no mantenemos la unión de las repúblicas socialistas soviéticas sólo en el plano militar y diplomático, y a que no restablecemos en todos los demás aspectos la total independencia de los diferentes Comisariados del Pueblo.

No hay que olvidar que la división de los Comisariados del Pueblo y la falta de coordinación de su funcionamiento con Moscú y otros centros pueden ser suficientemente neutralizadas por la autoridad del partido, si ésta se ejerce con bastante cautela e imparcialidad; el perjuicio que puede causar a nuestro Estado la falta de aparatos nacionales unificados con el aparato ruso es infinito, pero bastante menor que el daño que resulta, no sólo para nosotros, sino también para toda la Internacional, para los centenares de millones de hombres de los pueblos de Asia, que aparecerán, después de nosotros, en el porvenir cercano, en el primer plano de la historia. Sería un oportunismo imperdonable el que, en vísperas de esa intervención del Oriente y al comienzo de su despertar, socavásemos entre ellos nuestro prestigio con la menor grosería o injusticia hacia los pueblos de otras nacionalidades que habitan nuestro país. Una cosa es la necesidad de unirse contra los imperialistas de Occidente, defensores del mundo capitalista. Ahí no cabe duda alguna, y resulta superfluo decir que apruebo totalmente estas medidas. Otra cosa es cuando nosotros mismos nos vemos colocados, aunque sólo sea en cuestiones de detalle, en relaciones imperialistas respecto de las nacionalidades oprimidas, sacavando así por completo la sinceridad de nuestros principios, nuestra justificación primordial de la lucha contra el imperialismo. Ahora bien, la jornada de mañana, en la historia mundial, será justamente la del despertar definitivo de los pueblos oprimidos por el imperialismo y la del comienzo de una larga y áspera batalla decisiva por su liberación.

Lenin

31 de diciembre de 1922

BIBLIOGRAFÍA

Actas de Congresos del Partido Bolchevique

Vtoroy S yezd RSDRP, Protokoly, Moscow, 1959.
Tretiy S yezd RSDRP, Protokoly, Moscow, 1959.
Chetvyorty S yezd RSDRP, Protokoly, Moscow, 1959.
Pyaty (Londonskiy) S yezd RSDRP, Protokoly, Moscow, 1963.
Devyaty S yezd RKP(M) Moscow, 1960.
Odinatsadty S yezd RKP(M) Moscow, 1960.

Actas de la Conferencia de abril (1917)

Sed maya (April skaya) Vserossiskaya Konferentsiya RSDRP (Bol shevikov) Petrogradskaya Obshchegorodskaya Konferentsiya RSDRP (Bol shevikov). Pr Moscow, 1958.

Actas de reuniones del ComitØ Central (agosto 1917 - febrero 1918)

Protokoly Tsentral nogo Komiteta, RSDRP (B), 1958.

Autores individuales

Bujarin, N. y Preobrazhenskiy, El ABC del Comunismo Editorial Fontamara, Barcelona.
Campbell, Soviet Foreign Policy and its Consequences London, 1939.
Cannon, J. The Russian Revolution Pioneer, New York, 1944.
Carr, E.H., La Revolución Bolchevique, (3 volømenes), Alianza Editoria The Interregnum Pelican, 1969.
Socialism in One Country Macmillan, London, 1959.
Deutscher, E.L. profeta armado (volumen I)
El profeta desarmado (volumen II)
El profeta desterrado (volumen II), Editorial Era, MØxico.
Stalin, Oxford, 1961.
Djilas, Conversations with Stalin, Penguin, 1967.
Eastman, M. The Real Situation in Russia, New York, 1928.
Gorky, M. Vladimir Il yich Lenin, Leningrad, 1924.
Days with Lenin Lawrence and Wishart, London, 1970.
Grant, E. The Marxist Theory of the World, Atlantic Publication, 1966.
Reply to David James (unpublished), 1948.

- Reply to Cliff (unpublished), 1966.
 France in Crisis, London, 1958.
 World Perspectives, Perspectives Publications, Sussex, 1967.
 Grant, E. and Haston, R. Behind the Tito-Stalin Crisis, 1948.
- Isaacs, H. Tragedy of the Chinese Revolution, Ann Arbor, Michigan.
- Johnstone, M. Trotsky in Exile, No. 5, London, 1968.
 Socialism in One Country, New Left Review, 1968.
- Khrushchev, N. Report of the Programme of the CPSU and Reply to Discussion (22nd Congress), Soviet Booklets, London, 1961.
 Krupskaya, M. Lenin, Moscow, 1959.
- Lenin, V. Obras Completas, Editorial Progreso, Moscú.
 Polnoye Sobranie Sochinenii (Fifth Russian Edition).
 Selected Works (12 vols.), Lawrence and Wishart, 1939.
 Voyennaya Perepiska (Military Correspondence), Moscow, 1966.
- Lockhart, R. Memoirs of a Secret Agent, London-New York, 1932.
 Lunacharsky, A.V., Revolutionary Silhouettes, Hill and Wang, New York,
 Luxemburg, R. Leninism or Marxism? The Russian Revolution, Ann Arbor, Michigan,
 1962.
- Marx, K. and Engels, F. Escogidas Obras, Editorial Progreso, Moscú.
 The German Ideology, Moscow, 1965.
- Morrow, R. Revolución y contrarrevolución en España, Editorial Akal. Madrid.
- Plejanov, S. Selected Philosophical Works 1, Moscow, 1961.
 Pritt, D. Choose Your Future, London, 1941.
- Ransome, A. The Crisis in Russia, London, 1921.
- Reed, J. Los diez días que estremecieron a España, Editorial Akal, Madrid 1998.
 Reid, H. Ultra Leftism in Britain, London, 1969.
- Serge, V. From Lenin to Stalin, Pioneer, New York, 1937.
- Silverman, R. and Grant, R. Bureaucratism or Workers Power, Publications,
 London, 1967.
- Shapiro, J. The USSR and the Future (includes texts of 1919 and 1961 Programme:
 of the Russian Communist Party), Praeger, New York-London, 1963.
- Stalin, J. Problems of Leninism, Moscow, 1953.
 (and others) History of the CPSU (Bolsheviks), Moscow, 1951.

- Trotsky, L. Historia de la Revolución Rusa (3 vol.) Editorial Ruedo Ibérico, París.
- La revolución traicionada Fundación Federico Engels, Madrid 1991.
- La revolución permanente Editorial Júcar, Madrid.
- En defensa del marxismo Editorial Akal, Madrid, 1977.
- Mi vida Editorial Akal, Madrid, 1979.
- Stalin (2 vol.) Editorial Yunque, Buenos Aires.
- La Tercera Internacional después de Lenin Editorial Akal, Madrid, 1977.
- The First Five Years of the Communist Party, Pioneer, 1945 vol. two, New York, 1953.
- 1905, Resultados y Perspectivas Editorial Ruedo Ibérico, París, 1971.
- La revolución desfigurada Editorial Júcar, Madrid.
- Stalin's Frame-up System and the Moscow Trials New York, 1950.
- Entre el imperialismo y la revolución Editorial Roca, Barcelona, 1976.
- La Oposición de Izquierdas en la URSS Editorial Fontamara, Barcelona, 1977.
- El pensamiento vivo de Karl Marx Editorial Losada, Buenos Aires.
- Literatura y revolución Editorial Akal, Madrid.
- El nuevo curso Editorial Pasado y presente, México.
- A Paradise in This World Speech at a workers meeting, 1918, LSSP, Colombia, 1957.
- Su moral y la nuestra Editorial Fontamara, Barcelona.
- On the Suppressed Testament of Lenin Pioneer, New York, 1946.
- Problemas de la vida cotidiana Editorial Pasado y presente, México.
- Through what Stage are we Passing? New Park, London, 1965.
- On the Kirov Assassination Pioneer, New York, 1956.
- Culture and Socialism New Park, 1962.
- Discurso sobre la Revolución Rusa en Copenhague, Revolución de Octubre Editorial Fontamara, Barcelona.
- La naturaleza de clase del Estado, Colección Escritos Editorial Pluma, Bogotá, 1976.
- I Stake My Life LSSP, Colombo, 1950.
- The Struggle for State Power, LSSP, 1966.
- The Age of Permanent Revolution Trotsky Anthology Dell, New York, 1964.
- The Essential Trotsky Includes The Lessons of October Lenin, London, 1963.
- The Case of Leon Trotsky The Dewey Commission of the Moscow Trials, Merit, 1968.

Otros Materiales

- The British Road to Socialism London, 1968.
- Hitler's Secret Agenda, London, 1944.
- Report of Court Proceedings in the Case of the Anti Soviet Bloc of Right



Fundación Federico Engels

Apartado de correos 15.016 • 28080 Madrid

Telf: 91 428 38 70 • Fax: 91 428 38 71

engels@arrakis.es • www.engels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en que la ofensiva ideológica desatada contra las ideas socialistas exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico, y favorecerás el desarrollo de sus actividades y publicaciones. Además recibirás los folletos que publiquemos, nuestra revista de debate político MARXISMO HOY, un descuento del 10% en los libros de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

HAZTE SOCIO DE LA FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

Nombre y apellidos

Dirección

Localidad

Provincia DP

Teléfono E-mail

Se inscribe como socio de la Fundación Federico Engels con una cuota de:

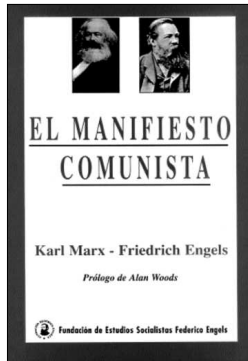
5.000 ptas./año 10.000 ptas./año Otra cantidad _____ ptas./año
(superior a 5.000 ptas./año)

FORMA DE PAGO

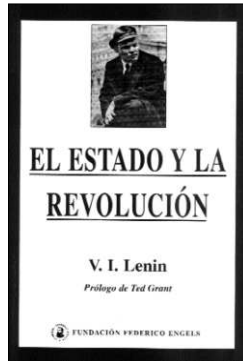
Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels, enviándolo al apartado de correos 15.016, 28080 Madrid.

Transferencia bancaria a la c/c número 6000277153 de la Caja de Madrid (Entidad 2038 / Sucursal 1197 / DC 19)

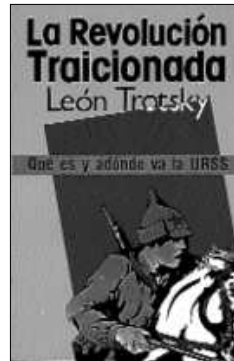
Publicaciones de la Fundación Federico Engels



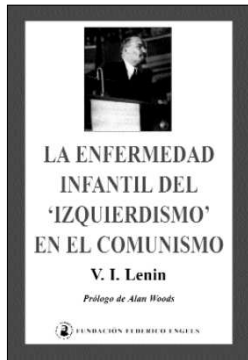
El manifiesto
comunista
PVP 500 ptas.



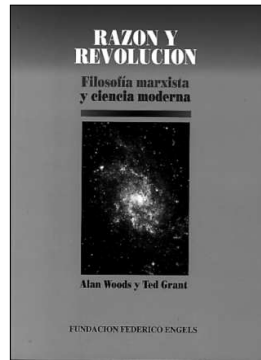
El Estado y la
revolución
PVP 600 ptas.



Las Tesis de abril
PVP 500 ptas.



La enfermedad
infantil del
'izquierdismo' en el
comunismo
PVP 700 ptas.



Razón y revolución.
Filosofía marxista y
ciencia moderna
PVP 900 ptas.

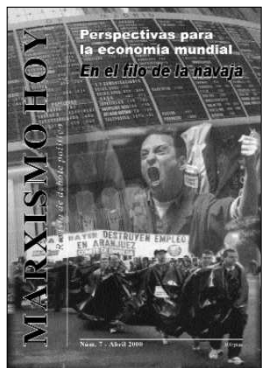


Rusia, de la
revolución a la
contrarrevolución
PVP 2.500 ptas.

La Fundación Federico Engels publica regularmente su catálogo de libros y documentos. En él puedes encontrar más de cien títulos de obras de los clásicos del marxismo, muchas de ellas descatalogadas. Si estás interesado en recibirlo, escríbenos y te lo enviaremos gratuitamente; también puedes consultarlo en www.engels.org

MARXISMO HOY

Revista de debate político



En el filo de la navaja

Perspectivas para la economía mundial

El séptimo número de *Marxismo Hoy* está dedicada a dos extensos trabajos realizados por Alan Woods y Ted Grant, teóricos marxistas británicos. El primero es un análisis profundo de la situación económica mundial con una tesis central: el capitalismo se encamina hacia una dura recesión; el segundo traza un cuadro de las relaciones internacionales en el umbral del siglo XXI: las guerras de Kosovo y Chechenia, las contradicciones entre las potencias imperialistas, la lucha despiadada por cada trozo de mercado...

- Número 1 A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 El nuevo orden mundial del imperialismo

SUSCRÍBETE A MARXISMO HOY

Envíanos tus datos a nuestra dirección, indicando la forma de pago que prefieras.

FORMA DE PAGO

- ☐ Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels.
- ☐ Transferencia bancaria a la c/c número 6000277153 de Caja Madrid (Entidad 2038 / Sucursal 1197 / DC 19) a nombre de la Fundación.

	ESTADO ESPAÑOL	EUROPA	RESTO MUNDO
Dos números	1.200 ptas.	1.700 ptas.	2.000 ptas.
Cuatro números	2.400 ptas.	3.000 ptas.	3.600 ptas.

El Militante
 Voz del Socialismo Marxista y la Juventud

**No al pacto social
 CCOO y UGT deben pasar
 a la ofensiva contra el PP**

Balance del VII Congreso de CCOO
 Aumento de la conflictividad
 laboral en Euzkadi
 LARSA, GARCIA, JUAN, LOPEZ & Urtiza,
 MARTA, MORA, SERRANO

**Carriz, siete meses de lucha
 en defensa de 100 puestos de trabajo**
**MUSERSA: tras la victoria
 para la defensa de 100 puestos de trabajo**
 (septiembre 11, 12 y 13)

**Trotsky
 y la
 Revolución
 de
 Octubre**
 (septiembre 2011)

**Rebelión de masas
 en Bolivia**

**Suscríbete a
 El Militante**



EL MILITANTE es un periódico mensual elaborado por y para los trabajadores que colabora habitualmente con la Fundación Federico Engels en la defensa y difusión de las ideas del marxismo revolucionario. En torno a él se agrupa la corriente que defiende un programa marxista en el seno de las organizaciones de la clase obrera. Conócelo en www.elmilitante.org • elmilit@arrakis.es.

Puedes suscribirte enviando los siguientes datos

Est. español	Normal	Ayuda	Resto	Normal	Ayuda
q 6 núm.	1.500 ptas.	3.000 ptas.	q 6 núm.	3.000 ptas.	5.000 ptas.
q 12 núm.	3.000 ptas.	5.000 ptas.	q 12 núm.	5.000 ptas.	7.000 ptas.

 **Nombre**

Calle

Localidad

Provincia **CP**

Teléfono **E-mail**

q Giro Postal al Apdo. de Correos 35.097 (28080 Madrid)
 q Ingreso a nombre de la A.C. Debate Social, c/c 13.629.704 de Caja Postal

PARA PONERTE EN CONTACTO CON NOSOTROS

- **Álava:** 945 23 12 02
- **Asturias:** 98 555 09 33
- **Barcelona:** 93 329 89 21
- **Madrid:** 91 471 82 13
- **Málaga:** 95 227 65 63
- **Sevilla:** 95 490 86 78
- **Valencia:** 96 360 02 19
- **Vizcaya:** 94 479 03 81
- **E-mail:** elmilit@arrakis.es
- **Ferrol:** apdo. correos 410 · CP 15400
- **Granada:** apdo. de correos 2107 · CP 18014
- **Guadalajara:** apdo. de correos 77 · CP 19080
- **Guipúzcoa:** apdo. de correos 1662 · CP 20080
- **Reus:** apdo. correos 166
- **P. Mallorca:** apdo. correos 694 · CP 07080
- **Santander:** apdo. correos 202 · CP 39080
- **Vendrell:** apdo. correos 423 · CP 43700
- **Web:** www.elmilitante.org